

Selecta

Te juro que
me amarás

Reunión
Jueves 9:00

Fiesta de
Alejandra:
reprogramar.

Almuerzo con
Eva y Lucy

Plamar a la
gullotina
Alcántara :/



Fabiola
Arellano

Selecta

Te juro que
me amarás

Reunión
Jueves 9:00

Fiesta de
Alejandra:
reprogramar.

Almuerzo con
Eva y Lucy

Plamar a la
gullotina
Alcántara :/



Fabiola
Arellano



Selecta

Te juro que me amarás

Fabiola Arellano

megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@megustaleerebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de México, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la lengua española siempre está disponible para consultas.

En tus dedos soy intemporal, erógena, diestra,

flujo de dopamina metalizada, líquida, incandescente.

Dama de las camelias, en tu espejo soy Resurrección.

Roberto Orlando

PRÓLOGO

—¿Te vas?

Abby tapó su desnudez con la sábana y a través del espejo observó al hombre frío y desapegado que abotonaba su camisa con rapidez; en nada se parecía al chico atento y amable que llevaba cuatro meses cortejándola.

—Lo siento, preciosa, no puedo quedarme, mañana tengo mucho trabajo.

—César, no te vayas. Esta ha sido mi primera vez y... creí que tú...

—¿No irás a ponerte sentimental? —interrumpió—. Odio a las mujeres

lloronas —restregó molesto cuando se percató del brillo líquido en los ojos de la chica—. Escucha, Abby —se volvió para mirarla de frente—, quedamos en que

esta sería una relación entre dos adultos que disfrutan del simple hecho de

estar juntos, ¿recuerdas? Sin ataduras y, sobre todo, sin dramas.

—Yo... lo siento.

—Esa es mi chica. Ahora duerme, que mañana te necesito al cien en la oficina.

Capítulo I

—*Abby, ¿tienes un minuto?*

—Claro, Eva, solo déjame terminar de mandar estos correos y enseguida estoy contigo.

Colgó el auricular y se concentró en la pantalla del PC. Le dolía el cuello y la espalda por la tensión acumulada. Llevaba días trabajando como esclavo, todo con el fin de terminar el proyecto que pensaba presentar a la directiva para solicitar el puesto que el señor Urquiza dejaría libre al jubilarse.

Cansada, movió la cabeza e hizo varios estiramientos para aliviar un poco la rigidez, apagó el ordenador, tomó su bolso y se dispuso a ir al encuentro de su amiga.

—Adelante, pasa y, por favor, cierra la puerta —concedió Eva en cuanto la vio

en el umbral.

Abby se extrañó de la actitud de su amiga, parecía tensa y un tanto molesta.

—¿Sucede algo?

—Sí. Es mejor que te sientes.

—¡Vaya! Ahora sí que me preocupaste.

—¿Hace cuánto que sales con César?

—Tres años, ¿por?

—Abby, ¿en qué mundo vives? Todos en esta oficina saben que el tipo solo te está utilizando.

—Eva, lo hemos hablado infinidad de veces y te he repetido hasta el cansancio

que sé lo que hago.

—¿Ah, sí? ¿Entonces qué haces tú aquí trabajando como posesa mientras él tiene una maravillosa cena romántica con Mónica López?

—¿Qué? ¡Eso no es verdad! —Se levantó violenta—. Él me dijo que solo era una cena de trabajo con el señor López y yo le creo.

—No vas a abrir los ojos hasta que ese hombre te destroe, ¿verdad? —Eva la miró con pena.

Desde que entró a trabajar en Luminos Prime , Eva sintió un sincero afecto por la chica de los ojos verdes y la sonrisa amable, por eso mismo, odiaba todo lo que estaba por venir. Había tratado de disuadirla sobre el imbécil que tenía por novio, pero Abby no atendía razones, para ella César era tan perfecto como un

dios.

—Eva, sé que César no es de tu agrado, pero... —tomó una bocanada de aire junto con una decisión—, estoy cansada de que todo el tiempo hables mal de él e

intentos ponerme en su contra. Incluso, comienzo a considerar lo que me dijo respecto a ti.

—¿Qué te dijo el muy...? —optó por no decir la palabrota que pugnaba por salir de su boca.

—Que en el fondo estás enamorada de él y tienes envidia de lo que hay entre nosotros.

Eva soltó una ruidosa carcajada.

—¿Qué? ¿Enamorada de ese imbécil? Esto sí que es cómico.

—No le veo la gracia, Eva. Desde que te conozco no has hecho otra cosa que llenarme la cabeza con advertencias, sospechas, suposiciones. Todo el tiempo has tratado de disuadirme para que lo deje. En verdad, comienzo a creer que César tiene razón; solo buscas hacerme a un lado y tener el camino libre.

—¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto. —Se puso en pie, molesta—. A partir de este momento, dejamos de ser amigas.

—Abby, no sabes cuánto lo siento. —Movi6 la cabeza en negaci6n—. Quise ayudarte, evitar el dolor y la humillaci6n que... —Hizo una pausa, se levant6 y

tom6 la chaqueta y su bolso—. Olv6dalo, eres terca como una mula y, por lo visto, necesitas que la bomba te estalle en el rostro para comprender y empezar a madurar. —Camin6 hacia la puerta—. Cuando ese hombre termine contigo, aqu6

estar6 para ti. —Sali6 sin m6s.

Abby se qued6 rumiando las palabras dichas por su amiga. Adoraba a Eva, pero C6sar era su pareja y ten6a que confiar en 6l. Si ten6a que escoger entre ambos, Eva siempre saldr6a perdiendo.

Sali6 del privado sintiendo sobre s6 el peso del mundo entero. Como aut6mata,

Llegó hasta su auto en el estacionamiento y se marchó a casa.

Una vez en su apartamento, aventó el bolso y las llaves en el sofá, se quitó los zapatos, que estaban matándola, y se dirigió a la diminuta cocina a por una copa de vino. Por más que lo intentó, las palabras de Eva seguían rondando en su cabeza.

Apesadumbrada, sacó el móvil y comenzó a marcar; al instante canceló. «¿Qué demonios estoy haciendo? César es mi novio, llevamos tres años juntos; jamás se atrevería a engañarme. Además, Mónica es la hija de nuestro jefe, está incorporándose a la empresa, no es de extrañar que esté presente en las cenas y reuniones de su padre».

—Ay, Eva, ¿qué me has hecho? —murmuró al tiempo que bebía un sorbo de vino tinto y encendía el televisor.

Ni su programa favorito logró distraerla, la duda impuesta por su amiga encontró cobijo en sus inseguridades y las acrecentó.

No era tonta, sabía que César era un hombre que no pasaba desapercibido, su impecable modo de vestir, aunado a unos ojos ambarinos de mirada hipnótica, pícara sonrisa y una chispeante personalidad eran difíciles de ignorar. Nadie mejor que ella para dar testimonio, ya que había caído rendida a él desde el primer «Hola».

Su novio era un hombre extrovertido, atrevido y muy social, todo lo contrario, a ella.

«Vamos, Abby, deja el asunto por la paz o terminarás loca». Apagó el televisor

y se aventuró por una tercera copa con la esperanza de que el milagroso elixir la envolviera con su mágico efecto relajante y le permitiera dormir sin

problema.

Una vez en su recámara, miró su reflejo en el espejo del tocador. Según decían sus amigas y el propio César, era una chica guapa, pero al pensar en Mónica López se sintió inferior. Esa mujer era el estilo en persona, nunca se salía un pelo

de su peinado, el maquillaje siempre impecable, la ropa de diseño súper *chic*, rica, mimada, segura de sí... Esa joven era un claro ejemplo de la perfección femenina que el dinero podía comprar.

Cansada de pelear consigo misma, decidió creer que las acusaciones de Eva no

podrían estar más fuera de lugar. Mónica podía tener a sus pies al hombre que deseara con tan solo chasquear los dedos, ¿por qué habría de poner sus ojos en

un simple empleado de la compañía, como lo era César, pudiendo pescar un pez

más gordo?

«Es absurdo pensarlo siquiera. Mejor ya duérmete, Abigail, y deja de torturarte

con cosas que no pasarán».

Aun con el brebaje prodigioso corriendo por sus venas, pasó una noche intranquila. La lucha entre mantenerse leal a César y las inseguridades acrecentadas por las palabras de Eva le espantaron el sueño llenándola de incertidumbre.

Por la mañana, en cuanto llegó a la oficina, Abby sintió enrarecido el ambiente; a su paso, los compañeros de piso dejaban de hablar para ponerse a murmurar.

Pensó que quizá se debía a que, después de una mala noche, su aspecto dejaba

mucho que desear. Observó su reflejo en uno de los cristales que dividían los cubículos y, para su sorpresa, descubrió que el maquillaje había hecho un buen trabajo al ocultar las ojeras. Su traje lucía impecable, como siempre, así que optó por descartar que el cuchicheo se debiera a su aspecto, lo que la intrigó aún más.

—¿Es mi imaginación o todos actúan de forma extraña hoy? —preguntó a Lucy, la recepcionista.

—Seguro que comentan sobre la cena de esta noche.

—La cena por fin de año. ¡Lo había olvidado! Ni siquiera me he comprado un vestido.

Eva se acercó en ese instante.

—Deberías tomarte la tarde libre, ir de tiendas, comprar el vestido más *sexy* que te encuentres y unos tacones de vértigo, así como pedir hora en el salón de belleza.

—Te agradezco el consejo, Eva, pero creí que ayer había dejado clara nuestra nueva postura. —Dio media vuelta y se encaminó a su oficina, aun así, alcanzó a

escuchar lo que las chicas comentaron sobre ella mientras se alejaba.

—Pobre Abby, es tan dulce. No tiene ni idea, ¿verdad?

—No.

—Eva, ¿no crees que alguien debería decirle?

—Lucy, a estas alturas, creo que lo mejor es dejar que el destino siga su curso.

—Es una pena.

—Lo sé, Lucy, lo sé.

Inquieta, Abby tomó su bolso y se marchó. Eva tenía razón en una cosa: necesitaba un vestido nuevo.

La cena anual de la compañía se celebraba en el salón principal de uno de los más lujosos hoteles de la ciudad de México. Abby llegó temprano y lo primero que hizo fue sacar el móvil para revisar, por enésima vez, si César la había llamado.

En las últimas semanas, él se había comportado de forma extraña, pero ella prefería achacarlo al exceso de trabajo que su nuevo puesto conllevaba a consecuencia del ascenso. Después de todo, suponía que adaptarse a las responsabilidades contraídas al ser el director de Planeación y Proyectos Especiales, no era cosa fácil.

—¿Dónde estás, amor mío? —murmuró buscando su rostro entre los presentes.

—Aún no llega —aclaró Eva y le ofreció una copa de champaña.

—Creí que...

—Sí, ya sé lo que dijiste y no me importa; soy tu amiga y lo seré hasta el día en que me muera. Por cierto, ¿de dónde sacaste ese vestido? Está de muerte.

—¿Te gusta?

—¡Claro! Te ves guapísima.

—No estaba muy convencida al principio, es muy ajustado y corto, además, el rojo es un color muy llamativo, y en lentejuelas... no sé —vaciló insegura—. La

verdad es que nunca me hubiera atrevido a usarlo, pero la dependienta fue muy persuasiva. ¿Crees que a César...?

—Le encantará —aseguró al tiempo que observaba a detalle la prenda—, estás

hecha toda una muñeca Barbie .

Y no mentía, el vestido corto, encima de la rodilla, manga larga y con un discreto escote redondo al frente, se pegaba a las curvas de la rubia de tal forma que debía estar prohibido. La hizo girar sobre los altos tacones y, al ver el descarado escote en la parte trasera, soltó una risita. La sensual abertura dejaba al descubierto la piel hasta donde la espalda insinúa dos coquetos hoyuelos a los lados de la columna.

—¿Quién te viera, Abigail Santos? —expresó con un deje de envidia—. Si ya de por sí el vestido es un escándalo escarlata, el escote en tu espalda es...

—Ni lo digas, que estoy a punto de correr a cambiarme.

—Sobre mi cadáver, ¿oíste? —amenazó Eva, con una sonrisa maliciosa.

Abby llevaba el cabello suelto, cosa que normalmente no hacía, y un

maquillaje un tanto cargado. La cascada rubia caía sobre sus hombros y espalda

en grandes ondas doradas. A sus ojos la maquillista les había dado un toque de sombra en tono ahumado y a los carnosos labios, un brillo carmín.

Abby era una mujer esbelta y un tanto alta, de finas facciones y exquisitos modales, esto debido a la severa educación que recibió tanto en casa como en los colegios de monjas a los cuales asistió.

—Gracias, Eva. —Sonrió insegura de su imagen. La *fem fatale*, no iba con ella.

—¿Por qué?

—Por ser mi amiga a pesar de que me ponga pesada.

—Aún no agradezcas, espera a que pase la cena y tengas que llorar en mi hombro.

—¿De qué estás hablado?

—De eso. —Señaló la puerta.

En ese momento, el señor López cruzaba el umbral junto con su hija Mónica, pero ella no iba sola; colgada del brazo de un hombre, la mujer sonreía con ese

aire de diva que siempre la había caracterizado.

—¿Qué hace él...?

—Espera unos minutos y lo sabrás —sentenció Eva y sorbió de su copa el líquido dorado.

El señor López se acercó al estrado, tomó el micrófono y comenzó con el discurso que, año tras año, daba en la cena anual de la compañía que pertenecía a la familia desde varias generaciones.

—Para finalizar, quiero hacer un anuncio que me llena de orgullo. Acércate, preciosa —pidió—. Mi querida hija acaba de comprometerse en matrimonio con

el nuevo director de Planeación y Proyectos. Un aplauso para Mónica y César Castilla.

Abby sintió el momento exacto en que su corazón se detuvo; por un instante todo a su alrededor parecía moverse en cámara lenta. Paralizada, observó como

su «novio» subía al estrado tomado de la mano de la hija del dueño de la compañía.

De pronto recordó la extraña conversación que había tenido con él cuando regresó del viaje por Canadá. «Abby, linda, ¿confías en mí?», le había

preguntado».

Ella, tontamente, le había respondido que sí. Entonces él le habló sobre que estaba trabajando en algo que ayudaría a afianzar el futuro económico de los dos para siempre. Que tendrían que pasar duras pruebas, pero que al final podrían estar juntos y felices.

Abby jamás esperó que dicho «trabajo» fuera casarse con la hija de un millonario y dejarla a ella en el plano de la querida o mantenida.

Conmocionada hasta el punto del desmayo, ni siquiera notó que su amiga la tomó del brazo.

—Será mejor que nos vayamos. Nada tenemos que hacer aquí —apuntó Eva al tiempo que luchaba contra el impulso de romper unos cuantos cuellos.

—¡No! —gritó Abby aturdida.

—Abby, déjalo ya. No vale la pena. —La miró con súplica—. No le des el gusto a estos carroñeros de presenciar un espectáculo. —Señaló a los presentes a su alrededor, que la miraban como aves rapaces a la espera de una nueva tanda

de carne a la cual devorar.

—¿Lo sabían? ¿Todos ellos...? —murmuró aturdida.

Las interminables preguntas que se arremolinaban en su cabeza eran como una roca que golpeaba con fuerza a sus apaleadas emociones.

—Supongo que, al menos la mayoría, sí —reconoció Eva con pesar.

—¿Desde cuándo?

—Abby, no creo que este sea el mejor sitio para...

—¿Estás feliz? ¿Ambas lo son? —Señaló con dedo acusador a Eva y después a

Lucy, que recién se acercaba.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Abby, somos tus amigas! —chilló Lucy afectada.

—No puedes negar que intentamos advertirte un millón de veces —se defendió

Eva.

Al borde del colapso, Abby se llevó las manos a la cabeza. Reconoció que sus amigas habían tratado un sinfín de ocasiones de hablarle sobre César y su extraña cercanía con los López, en especial, con Mónica.

Tomó una bocanada de aire para refrenar el impulso de correr hasta él y gritarle hasta lo que no era sensato de pronunciar, de arrancar a puños los mechones peliteñidos en negro azulado de la mujer que sonreía encantada con la atención

que recibía, así como desgarrar el fino vestido de diseñador que la envolvía en

un aire de supremacía.

En un momento dado, las miradas de ambas se cruzaron y, por un breve instante, Abby sintió que Mónica la retaba con burla. Fue un momento tan fugaz

que dudó de su veracidad. La hija del jefe reflejaba un aura de inocente felicidad que era imposible creer que existiera maldad o malas intenciones en esa criatura tan refinada y angelical. Se aferraba a César como si este fuera una tabla de salvación. Lo miraba con tal adoración que Abby no pudo evitar sentir pena por

ella.

«Otra estúpida que se deja embaucar y cae en las fauces de ese tiburón sin escrúpulos», pensó sintiendo asco de sí misma por ser tan ingenua. César había

sido su único novio. El primer hombre en el que confió y al que se entregó sin reserva alguna.

Observó todo a su alrededor y se dio cuenta de que los asistentes se habían dividido en grupos, en los cuales se hacían murmuraciones y cuchicheos.

Algunos eran más disimulados que otros, pero en general todos estaban expectantes de ella.

Descubrir las miradas de lástima en unos, compaginadas con las de burla de otros, fue una puñalada mortal.

Derrotada, se aferró al brazo de sus amigas.

—Sáquenme de aquí, por favor —suplicó tragándose las lágrimas y, con piernas vacilantes, abandonó el recinto.

—Lo siento tanto, Abby. —La abrazó Lucy una vez que estuvieron en la calle.

—Ya no importa. Larguémonos de aquí.

Eva y Lucy intercambiaron miradas cómplices. Después de vivir juntas por cinco años, había entre ellas un entendimiento tal que no necesitaban de palabras para saber lo que la otra quería o deseaba.

Las chicas la llevaron a un bar cercano, pidieron una botella de tequila y se acomodaron en una mesa apartada de la barra y de la pista de baile. En cuanto el mesero se marchó, Abby no pudo detener las lágrimas por más tiempo.

—Soy una estúpida.

—Más que estúpida, yo diría que terca —expresó Eva, y apuró su bebida de un

solo trago.

—¡Eva! —la reprendió Lucy.

—Déjala, es la verdad —aceptó Abby entre sollozos—, trató de advertirme tantas veces y yo nunca quise escucharla. ¿Puedes creer que hasta la acusé de estar secretamente enamorada de ese... de ese...?

—Oh, Abby. —Lucy la abrazó con afecto.

—¿Desde cuándo? —Se apartó un poco para mirar las caras de sus acompañantes.

—Abby, no creo que tenga caso... —comenzó Eva.

—¿¡Desde cuándo!?! —repitió exaltada, mirando a una y a otra.

—Hace un par de meses —masculló Lucy.

—¿Cuántos?

—Abby... —Lucy hizo una mueca.

—¡Tres, quizás más! —soltó Eva exasperada—. ¿Qué más da cuánto tiempo?

El caso es que César es un imbécil y eso nada lo va a cambiar.

—¡Dios! Soy tan patética. —Cubrió su rostro con las manos.

—Eso no es verdad. Solo estabas enamorada —agregó Lucy compungida.

—¡Me lo merezco por idiota! —gritó—. Al día siguiente de que regresó de Canadá, se pasó por la casa para recoger unos trajes que tenía allí —explicó entre hipidos—. Mientras se duchaba para irnos a la oficina, recogí su ropa sucia para ponerla en una bolsa y mandarla más tarde a la lavandería. El caso es que

de su saco cayó un papel, al abrirlo me llevé la sorpresa de mi vida. —
Sollozó

con más fuerza—. Más tonta no se puede ser —aseguró.

—¿Qué era? —Lucy no puedo evitar que la pregunta saliera de sus labios.

—El recibo de un anillo de diamantes. —Se cubrió el rostro con las manos—.

Me gasté una fortuna en este maldito vestido y pagué otro tanto en un salón de

belleza porque pensé que esta noche ese puto anillo estaría en mi dedo —

expresó llena de rabia.

—Abby, lo siento tanto. —Las lágrimas inundaron los ojos castaños de Lucy

—. No tenía ni idea... —Le acarició el cabello—. Se rumoraba en radio pasillo

que andaba de coqueto con la hija del jefe, pero jamás pensé que fuera algo tan

serio como un compromiso.

—La cena de ayer, ¿no es así, Eva? —Abby la miró con súplica—. ¿Era eso lo

que intentaste decirme en tu oficina?

—No sabía que le daría el anillo, pero por Janete me enteré que reservó en el

mejor restaurante una cena romántica para dos y que tu nombre no figuraba en la

lista.

—¿Cómo pudo hacerme esto? Llevábamos tres años juntos, ¡tres! —Hipeó—.

Con razón me dio largas cuando le sugerí que nos mudáramos a vivir juntos cuando él regresara de su viaje por Canadá. Estos últimos días apenas si se pasó por la casa y cuando lo hizo, se marchó enseguida.

—Esa es otra cuestión, ya sé que sabes que en el viaje de «negocios» Mónica estaba incluida; lo que no estás enterada es que fue una escapada a un exclusivo *spa* de parejas.

—¡Lucy! ¡Qué necedad la tuya de echar más leña al fuego! —la reprendió Eva.

—¿Qué? ¿Se fue con ella de paseo romántico y yo ni enterada? ¡Sí que merezco un premio a la estupidez!

—Ya no te tortures, Abby —pidió Lucy arrepentida por su metida de pata.

—Lo peor es que Eva me lo advirtió, ¡Dios!, soy tan estúpida. ¡Estúpida y patética! —Estrelló la frente contra la mesa en varias ocasiones de forma frenética.

—Abby, deja de repetir esa horrible palabra. —Lucy la apartó de la mesa para

evitar que siguiera golpeándose—. No, no llores más por ese... ¡ese poco hombre!

—No, Lucy, al contrario, déjala que saque todo, y qué mejor manera que un buen trago de tequila. —Eva sirvió los respectivos y los repartió.

—Por el club de mujeres engañadas —brindó Abby con amargura.

Varios tragos después, Abby se disculpó y, tambaleándose, se dirigió a los sanitarios para damas.

—Qué horror, Abby; mira nada más cómo estás —reprendió al doble opuesto que el espejo le mostraba.

Después de lavarse la cara y recomponerse el maquillaje, salió con paso zigzagueante. Luchando por mantener el equilibrio, se irguió y chocó contra un muro de músculos envuelto en camisa blanca.

—¿Estás bien?

Abby se quedó embobada ante esa sonrisa de felino en plena caza. Él la tomó por la cintura para evitar que cayera y el tacto de sus manos provocó en ella una serie de estremecimientos que le erizó la piel.

—Yo... lo siento —se disculpó con un coqueto desvío de la mirada.

—No hay problema. ¿Vienes sola?

—Oh, no, estoy con unas amigas —pronunció arrastrando un poco las palabras.

—¿Aceptarías tomar una copa conmigo? —invitó sonriente.

A pesar de la poca iluminación, Abby pensó en que nunca había visto un hombre tan viril y masculino como ese. No pudo evitar compararlo con César; sin margen a dudas, concluyó que este era más atractivo que su ex. «¿Por qué no?», se dijo envalentonada, no sabía si por el alcohol, el despecho o ambos.

—Encantada. —Mostró la más espléndida de sus sonrisas.

Él colocó la mano de forma posesiva en su cintura baja para guiarla hasta la barra y ese gesto le gustó, en demasía, para ser precisos. César nunca la exhibía

con el mismo orgullo de macho con el que ese magnífico ejemplar de Adán lo hacía.

—Por cierto, soy...

—Shh —silenció sus labios al posar un dedo sobre ellos—. Esta noche solo somos una ella y un él.

Lo besó, en un principio, tímida, después, ante la fiera respuesta de él, demandante.

—¿Qué te apetece tomar...?

—A ti —interrumpió atrevida y restregó sus caderas a las de él de forma descarada.

—Eso me agrada. Una chica directa, ¿eh? —Tomó de buena gana lo que ella le ofrecía.

—Sácame de aquí —susurró la joven en su oído.

La inesperada petición de la chica desató en él un maremoto que lo estremeció

hasta lo más recóndito. No acostumbraba irse a la cama con desconocidas, pero

el efecto de esa seductora criatura causó graves estragos en su cuerpo, mandó de paseo al sentido común y alebrestó su libido como ninguna otra lo había conseguido.

—Sus deseos son órdenes, *madame* —concedió enfebrecido.

Capítulo II

—¡Dios! ¡Cómo duele!

—Eso debiste pensarlo antes de fugarte esa noche con un perfecto extraño.

Eva se arrepintió de inmediato por su comentario de mal gusto. Comprendió que ese no era momento para las recriminaciones; ya bastante había tenido su amiga meses atrás cuando se había enterado de que estaba embarazada de un tipo al que ni recordaba.

—Lo siento, Abby. Ya sabes que *imprudencia* es mi segundo nombre.

—No te preocupes, Eva. ¡Auch!

—Tranquila, hermosa. Respira, hazlo como se nos enseñó en las clases

preparatorias. Eso es, buena chica, aspira, expira —ordenó al tiempo que imitaba a la instructora del curso propedéutico—. Ya casi llegamos al hospital, bonita,

¡aguanta!

Era media mañana cuando recibió la llamada de Abby diciéndole que tenía fuertes dolores y muy seguidos. Sin perder tiempo, salió de la oficina y, manejando como loca, se había aparecido en el departamento de su amiga para descubrir que la chica ya había roto fuente.

—Eso díselo al bebé, parece que está empecinado en nacer en el auto.

—Ni se te ocurra, Abigail Santos —sentenció.

Al llegar al nosocomio, subieron a Abby en una silla de ruedas y Eva no volvió

a saber de ella hasta varias horas después cuando la enfermera salió a darle las nuevas.

—¿Es una niña? —repitió incrédula—. La doctora Esparza siempre dijo que era un varón.

—Hay ocasiones en que el cordón umbilical juega malas pasadas. Al parecer, esta es una de ellas —expresó la mujer con una calma que, en contraste con los

nervios de Eva, solo la irritó más.

—¿Qué se supone que vamos a hacer con el azul? Todo, la habitación, su ropita, cualquier cosa que se le ocurra, fue pensado para un niño —recriminó.

—Espero que hayan guardado los comprobantes de compra, porque

necesitarán remodelar a rosa. —La enfermera sonrió y se alejó, lo que dejó a Eva aún más desconcertada.

—¡Niña! ¡Niña! —gritó emocionada cuando al fin pudo asimilarlo.

Encantada, se dirigió a la habitación 512, que era la que le habían asignado a Abby.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó nada más cruzar la puerta.

—Un tanto adolorida, pero el médico dice que todo está bien. —Abby soltó un quejido al intentar incorporarse—. ¿Podrías ayudarme con las almohadas? Gracias.

—¿Para qué son las amigas si no? —ironizó.

—¡Una niña, Eva! ¡Tengo una niña! ¿Ya la viste? —comentó con lágrimas en los ojos.

—Sí, Abby. Esa bebé es la cosa más linda que he visto en mi vida.

—Lo sé. Es hermosa. —Comenzó a llorar desbordada por las emociones.

—No llores, linda, que me vas a hacer llorar a mí también.

Se abrazaron entre hipidos y así fue como las encontró Lucy.

—Siento no haber podido venir antes, la jefa se puso pesada porque Eva se salió sin decir agua va y se desquitó conmigo. ¿Cómo estás, linda? ¿Y

Alejandrito?

—Es Alejandrita. —Sonrió Abby.

—¿Qué? ¿Estás de broma? La doctora dijo...

—Aun en nuestro siglo y con tanta tecnología, la ciencia sigue cometiendo errores —explicó.

En ese momento entró la enfermera con la niña en brazos.

—Es hora de que le dé pecho.

Abby recibió a su hija con adoración. Durante meses se torturó por aquel tropiezo de una noche de exceso que cambió el rumbo de su vida para siempre, pero en cuanto sus ojos hicieron contacto con los de esa criaturilla indefensa, supo que todo lo pasado valió la pena.

Alejandra era suya, carne de su carne. Se preguntó cómo era posible amar tanto

a alguien que se acababa de conocer. Con regocijo miró los tiernos ojitos y esas manitas que buscaban aferrarse a las suyas y, sin poder contenerse, mientras veía cómo su hija se alimentaba de su cuerpo, lloró en silencio.

Sus amigas contemplaban la escena igual de conmovidas. Eva no quería apartarse de ellas, pero Lucy la convenció de ir a casa a dormir.

—Eva —comenzó la retahíla—. Lorena se quedó echando chispas por que te saliste de la empresa sin más. Estoy segura de que mañana te vigilará y torturará sin piedad, así que lo mejor es que estés descansada y al cien. Yo me quedaré con Abby.

—En verdad, chicas, no es necesario que se queden. El médico dijo que estoy bien, nada va a pasarme. Váyanse a casa las dos —ordenó—, mañana las veré en

su hora de descanso para comer. Lo último que deseo es que tengan problemas en el trabajo por mi causa.

No muy convencidas ante los alegatos de la enfermera de que madre e hija estarían a buen resguardo a cargo del personal del hospital, las chicas se marcharon.

Después de amamantar a la bebé y despedir a sus amigas, Abby se dejó conducir hacia un sueño profundo.

A la mañana siguiente, sus amigas pasaron a visitarla antes de ir al trabajo.

—No puedo dejar de admirar esta linda cosita. Me tiene enamorada —expresó

Lucy fascinada con la bebé que sostenía en brazos.

—Es mi turno —alegó Eva, y extendió los brazos para recibirla.

—Por cierto, señorita Santos, la trabajadora social solicitó verla, así que no tardará en pasarse por aquí —informó la enfermera al tiempo que checaba el suministro intravenoso de la joven.

—Dígale que no es necesario, esta preciosura se queda conmigo —afirmó sin vacilación alguna.

—No es tan sencillo, Abby —irrumpió en la habitación la susodicha.

—Es mi hija, por lo tanto, tengo derecho a cambiar de opinión —replicó.

—Es verdad, pero, como ya te dije, no es tan sencillo. El Estado estará vigilándote por un tiempo hasta cerciorarse de que eres la mejor opción para la

niña.

—Eso es injusto —se quejó Eva.

—No, es simple protocolo —argumentó la mujer de mediana edad y vestida con austeridad—. Escucha, Abby, sé que ahora estás muy sensible y es lo más normal del mundo que las madres cambien de opinión en cuanto ven a sus hijos,

eso es, de hecho, lo que nosotros más deseamos, pero el Estado tiene la obligación de velar por el bienestar de sus ciudadanos.

—Entiendo.

—Es solo un requisito, Abby. Podremos con él de sobra, pues esta hermosura no solo tiene una madre, sino tres —aseguró Lucy.

—Me alegra escuchar eso. Eres muy afortunada, Abby, no todas las chicas en tu situación cuentan con el apoyo de alguien.

—Lo sé, mis amigas son lo máximo. Nos cuidamos unas a las otras.

—¿No podemos simplemente dejar el asunto? —preguntó Eva inquieta.

—No. Siempre que se hace una solicitud para entregar a un bebé en adopción y

la madre se retracta, el Estado vigila su desempeño durante un tiempo y si se demuestra que no es competente, entonces un juez revoca la custodia y el infante pasa a una casa de acogida o a un orfanato.

—¡Eso es horrible! —recriminó Eva.

—Por increíble que parezca, hay ocasiones en que la peor opción para el infante es permanecer al lado de su madre. No te preocupes, Abby —sonrió—, algo me dice que serás una madre excelente.

—Eso espero, señora Ramírez. Eso espero. —Besó la frente de su hija y que Eva acababa de entregarle.

—Será mejor que dejemos sola a la señorita Santos para que descanse —aconsejó la enfermera cuando, minutos después, regresó por la bebé.

—Sí, es verdad, tienes que reponerte, linda —acotó Lucy—, además yo tengo que regresar a trabajar. Tengo montones de papeles esperando por mí.

—Gracias por venir.

—No agradezcas, sabes que te adoro; también a esa hermosa cosita linda que acabas de dar a luz. No puedo esperar para comenzar a mimarla.

—Entre ustedes dos la van a malcriar —replicó Abby.

—Para eso están las tías, ¿qué no? Cambiando de tema, ¿pensaste en lo que te propusimos? —preguntó Eva expectante.

—Sí, y la verdad es que no quiero incomodarlas...

—Abby, de sobra sabes que nuestro apartamento es más grande y céntrico que el tuyo —insistió Eva al ver la reticencia de su amiga a mudarse con ellas.

—Tenemos una recámara disponible. Además, no estarás sola, nos haremos compañía unas a las otras —secundó Lucy.

—No quiero causar molestias.

—No lo harás, al contrario, nosotras estaremos más que felices de tenerlas en casa. —Lucy la miró con esa cara de puchero tierno que siempre utilizaba para salirse con la suya.

—¿Y qué se supone que haré con mi departamento?

—Puedes alquilarlo o venderlo —sugirió Eva.

—Lo pensaré, chicas, lo prometo.

—No lo pienses demasiado, sabes que en ningún lugar estarás mejor que con nosotras —argumentó Eva—. Vamos, Lucy, yo también tengo que regresar a la

oficina. Ayer cuando me llamaste, salí corriendo sin decir nada y no creo que a la neuras de mi jefa le parezca bien que haya realizado mi gracioso acto de desaparición.

—Lo siento tanto, Eva, pero no sabía a quién más recurrir.

—Ni se te ocurra disculparte otra vez por eso; hiciste lo correcto, y de doña neuras ni te preocupes, yo me encargo de ella.

—Gracias, no sé qué haría sin ustedes. Las amo, chicas.

—Y nosotras a ti, linda. —Sonrió Lucy.

—Ya váyanse, no quiero que tengan más problemas por mi culpa.

—Regresaremos por la noche —sentenció Eva antes de marcharse.

Abby cerró los ojos al quedarse sola, pensó en la pequeña Alejandra y su corazón se hinchó de amor por ese ser tan pequeñito e indefenso. Estaba por quedarse dormida cuando sintió una presencia.

—¿Qué se les olvidó? ¡Oh! —exclamó al percatarse de que no era ninguna de sus amigas, sino Mónica.

—Nada más quiero que me digas una cosa. —La recién llegada la miró con desprecio—. Esa bastarda que acabas de tener, ¿es de mi marido?

—¿Qué? ¿De César?

—No te hagas la tonta. Sé lo que hubo entre ustedes.

—No niego que teníamos una relación —frunció el ceño—, pero para tu tranquilidad, Alejandra no es hija de ese... —«Patán», pensó, pero finalizó con

—: hombre.

—No te creo.

—Ese es tu problema, no el mío.

—Claro que es tu problema, zorra, porque da la casualidad de que él es un hombre casado.

—¡No voy a permitir que me insultes!

—Entonces, no tendrás ningún inconveniente en realizar una prueba de paternidad, ¿o sí?

—¿Por qué habría de aceptar semejante cosa?

—Los niños no se engendran por obra del Espíritu Santo —rebató la recién llegada.

—Sí, pero insisto en que César nada tuvo que ver en ello. Alejandra es mi hija y no tengo por qué dar explicaciones a nadie.

—Eso dices ahora, pero al casarse conmigo César se convirtió en un hombre poderoso con una posición económica...

—Yo no quiero ni necesito nada de él —interrumpió ofendida.

—Entonces, si tan inocente eres, nada te cuesta demostrarlo.

—¡No tengo que demostrar nada! Ya se lo he dicho a él y te lo repito a ti; Alejandra es mía y de nadie más.

—¿Cómo esperas que te crea si las fechas de cuando estaban juntos y el nacimiento de tu hija cuadran a la perfección? Al comprometernos, él me juró que lo habían dejado, pero luego supe que no. Después resulta que estás embarazada. ¿Qué crees que piensa todo el mundo respecto a tu bastarda?

—Sabías que estaba con las dos al mismo tiempo y, aun así, ¿te casaste con él? ¿De qué estás hecha?

Reconocer que esa mujer no era tan inocente como pensó en un principio la llenó de ira. Mónica López le había arrebatado el novio a conciencia, ¿y todavía tenía el descaro de reclamar?

Aunque Alejandra no era hija de César, existió la posibilidad de que lo fuera y a Mónica no le importó interponerse entre los dos.

La aludida abrió la boca para argumentar, pero al instante volvió a cerrarla.

—No te entiendo, Mónica, eres guapa, exitosa, rica... Podrías tener a cualquiera. —Sacudió la cabeza en negación—. ¿Por qué él? —arremetió furiosa

—. Tú, al menos, sabías a qué atenerme, ¡en cambio, yo tuve que enterarme de la

peor y más humillante manera!

—Yo... lo amo —defendió su postura.

—Eso no te excusa de lo que hiciste. Conocías la naturaleza de nuestra relación y no te importó entrometerte. ¿Entonces? ¿Qué haces aquí pidiendo explicaciones de algo que de antemano sabías? Nunca oculté mi embarazo y asistí a la oficina cada día hasta que comenzó la licencia por maternidad. Cuando ustedes se casaron, yo tenía cinco meses de embarazo, así que, si creías que ese bebé podía ser de él, ¿por qué pronunciaste el «Sí, acepto»? Pudiste haberte negado.

—Está bien, no voy a rogar por la maldita prueba —se irguió digna—. Te advierto que jamás consentiré que mi marido reconozca como hija a tu bastarda.

—No me dan miedo tus amenazas. Ya te lo dije, no necesito nada de ustedes.

—El dinero es un poderoso aliciente y, al casarse conmigo, César cuenta con una posición privilegiada.

—Sí, la del títere oficial de tu padre, pero da la casualidad de que a mí no me importa. Oh, ya entiendo —sonrió burlona—, todo este drama es porque tienes miedo de que César te deje para estar conmigo y con mi hija, ¿no es así?

—Eso no va a pasar, no voy a permitirlo.

—Pobrecilla. Dime, querida, ¿qué se siente saber que tu marido se casó por interés y que, aunque esté contigo, su cuerpo y pasión le pertenecen a otra? —

Abby no era dada a las guerras dialécticas ni poseía la lengua afilada de Eva, pero en esta ocasión no pudo evitar soltar un poco de veneno.

—Eres una...

—¡Nada! Cuando yo estaba con César, creía en él y en sus palabras al asegurarme que era la única y que me amaba. Él mintió, me engañó y, a diferencia tuya, yo sí desconocía su doble cara, así que dime, Mónica, ¿quién es la zorra aquí?

La mujer la fulminó con la mirada y, roja de rabia, se encaminó hacia a la puerta.

—Esto no ha terminado —amenazó antes de marcharse.

Cuando se vio sola, Abby soltó el aire que ni siquiera era consciente de que contenía, se frotó las sienes para disipar la tensión que la discusión con Mónica le provocó.

No pudo evitar recordar el día en que se enteró de que estaba embarazada de un fantasma, un perfecto desconocido del cual apenas si tenía conciencia.

Eva se encontraba de permiso por una afección estomacal, por lo que, sin perder tiempo, Abby, en cuanto salió del consultorio médico, se encaminó al departamento de su amiga. Eva le había abierto la puerta con un bostezo y un tono de piel un tanto ceniciento.

«—¿Te encuentras mejor? —había preguntado en un susurro apenas audible mientras entraba al acogedor apartamento.

—Sí, ya pasó lo peor. —Eva la escaneó con ese par de ojos color arándano que

eran capaces de analizar y desmantelar a una persona en cuestión de segundos —.

¿Qué sucede, Abby? Estás muy pálida».

Abby no le había respondido, solo estiró la mano y le tendió un sobre al tiempo

que se desplomaba sobre el sofá.

Eva lo había tomado consternada por el extraño comportamiento de su amiga.

Con expectación, metió la mano y sacó un objeto parecido a una pluma.

En un principio su cerebro no captó la relación que de dicho objeto pudiera tener con el rostro mortecino de la chica, hasta que el significado de las dos temidas líneas rosas se abrió paso en el mar de ideas locas y descontroladas que poblaban sus pensamientos.

«—¿Qué? ¿Estás...? ¿Esto es...? —impactada, se había dejado caer en el sofá

más cercano. Durante unos minutos, Eva solo abrió la boca para después volver

a cerrarla sin expresar palabra».

Abby, en innumerables ocasiones, había deseado que su amiga mantuviera la boca cerrada. Le pareció irónico que cuando esto sucedió, no disfrutara en absoluto el verla enmudecer por algo.

«—Tienes que decirle al imbécil ese. No puede casarse con Mónica y

simplemente dejarte tirada —enunció Eva cuando al fin fue capaz de hilar una frase congruente.

—¿Qué? No, eso no es posible.

—Vamos, Abby, no seas orgullosa, el bebé no tiene la culpa de nada. Además, con lo que ganas en la compañía, apenas si puedes llegar a fin de mes. —Se puso

en pie—. ¡Ese hijo de su...! —respiró hondo para calmarse—. Él tiene que responder por ti y por la criatura.

—No es orgullo, Eva. El bebé no es de César.

—¿Qué? ¿Cómo que...? ¡Ay, no! —exclamó cuando el entendimiento la alcanzó.

—Sí. El número de semanas no miente. —Sollozó desesperada—. Cuando el bebé fue concebido, César y yo no estábamos juntos.

—¿Estás segura? —La esperanza tiñó su semblante salpicado con deliciosas pecas doradas.

—No sé si para fortuna o por desgracia, pero sí, lo estoy. —Agradecida, tomó el pañuelo que su amiga le ofreció—. ¿Recuerdas el supuesto viaje de negocios

que resultó ser una escapada de placer con Mónica?

—Sí, cómo olvidarlo.

—El caso es que él estuvo fuera dos semanas y desde entonces a la cena anual, él y yo no... tú sabes.

—Sí, no lo digas, entiendo. —En su rostro se habían reflejado las mil ideas y teorías que pasaban por su mente—. ¿Entonces es de...? —Eva no podía creerlo.

—Sí. Este bebé es producto de esa maldita noche».

Abby se había cubierto el rostro con las manos y comenzó a llorar, lo que evidenció lo desbordada que estaba.

«—¿Qué voy a hacer, Eva? Ni siquiera soy capaz de cuidar de mí misma.

¿Cómo podría hacerlo con alguien más?

—Existen formas de...

—¡No lo digas! No soy capaz de asesinar a mi propio hijo.

—Entonces tienes que buscarlo.

—¿A quién?

—Al padre de tu bebé.

—¿Y cómo se supone que haga eso? —Se hundió más en el sofá y miró a Eva con calada agonía—. Ni siquiera sé cómo se llama.

—Por lo pronto, te traeré un té».

Sin perder tiempo, Eva se había encaminado a la cocina y mandó un wasap a Lucy con las letras «SOS».

Abby no dejaba de llorar y lamentarse por su mala situación, tanto económica como emocional. Aún sostenía en sus manos la taza con el té que hacía tiempo se había quedado frío.

«—Eva, ¿qué voy a hacer?».

Esa era la pregunta que no dejaba de repetir.

«—¡Hola, chicas!, vine en cuanto pude zafarme de Julieta, esa bruja... —Lucy se detuvo en seco al ver el semblante de sus amigas—. ¿Por qué esa cara?

¿Quién se murió? —Preocupada, dejó el llavero en el porta llaves, aventó su bolso de mano en el sofá y tomó asiento frente a ellas.

—Abby está embarazada —soltó Eva.

—¿Qué? —Lucy enmudeció y al instante comenzó a boquear como un pez.

—¿Lo ves? No soy la única que ha reaccionado así —ironizó Eva.

—Ese maldito imbécil, poco hombre, hijo de pu... ¡tiene que cumplirte! — explotó Lucy indignada.

—El problema es que no es de César —informó Eva al tiempo que mordisqueaba una galleta.

—¿Qué? —Lucy abrió mucho los ojos—. ¿Acaso es...? —Eva asintió—. ¡Oh, Abby! ¿Qué vas a hacer? —Se dirigió a su amiga y la abrazó.

—No lo sé. —Abby sollozó en su hombro.

—Cualquiera que sea tu decisión, sabes que cuentas con nosotras, ¿verdad? — ofreció mientras la confortaba.

—Tenemos que encontrar el modo de localizar al padre —insistió Eva.

—Abby, tienes que hacer un esfuerzo. —Lucy la apartó un poco para mirarla de frente—. Dinos, ¿qué es lo que recuerdas de él?

—Él... —Hizo una pausa para concentrarse y poder escharbar en las brumas en que su cerebro se empeñaba en enterrar lo sucedido esa noche—. Tiene el miembro más grande que jamás he visto en mi vida.

—¡Por Dios, Abby! —explotó Eva irritada—. No podemos ir por ahí revisando

y midiendo el miembro a todo hombre que nos topemos en el reino, cual príncipe encantador.

—¡Qué gracioso! —Lucy no pudo evitar reír—. Eva, imagínanos cual guardia real tocando puertas, buscando a su Ceniciento, pero en lugar de una zapatilla de cristal, con una regla en mano».

Abby se había sonrojado avergonzada.

«—Lo siento, tienen razón. —Tomó una bocanada de aire—. Recuerdo sus caricias, el tacto de sus manos en mi piel...

—Abby, ¡basta! —la reprendió Eva exasperada.

—Eva tiene razón, necesitamos características físicas, aparte del tamaño de su miembro, que nos permitan dar con él, no un relato erótico de lo que hicieron esa noche —secundó Lucy.

—Está bien, trataré de ser más concisa y menos explicativa. Él tiene... ¡Dios, no lo sé, no puedo acordarme! —Como invocado, a su mente acudió la imagen de ella pasando su lengua por cierta parte del caballero—. ¡Recordé algo! —Sus

amigas la miraron esperanzadas—. Él tiene una cicatriz por la cirugía de apendicitis.

—¡Es por demás, Lucy! Con esta mujer no se puede —se quejó Eva derrotada.

—Lo siento, chicas, estaba muy ebria, apenas si tengo conocimiento de lo que pasó —se disculpó con lágrimas en los ojos—. Solo recuerdo lo que me hizo sentir, lo que provocó en mi cuerpo. Por más que trato, en mi mente él es solo una sombra oscura de rasgos borrosos.

—Qué Dios se apiade de nosotras —expresó Lucy abatida.

—Eso te pasa por ser tan egoísta y ni siquiera haber tenido la atención de arrimarte a la mesa y presentárnoslo —comentó Eva.

—No creo que este sea el mejor momento para las recriminaciones. —Se volvió hacia Abby—. Linda, ¿qué vas a hacer? Hay una clínica...

—¡No! No voy a matar a mi hijo, antes prefiero darlo en adopción».

Aturdida, Abby regresó al presente; se preguntó cómo pudo considerar si quiera

la opción de separarse de su bebé. El rostro de Alejandra apareció en su mente,

era tan pequeña, tan perfecta, que sintió explotar de amor por ella.

En ese momento llegó la enfermera llegó con la charola de la merienda.

—Trate de comérselo todo. Necesita reponer fuerzas —expresó con un tono de voz amable.

—Gracias.

Abby ingirió los alimentos en silencio, charló con la enfermera sobre los cuidados del bebé y, varios minutos después, se quedó en soledad.

—¿Cómo se encuentra la mamá más linda del mundo?

—¿Qué demonios haces aquí? —Miró con desagrado al hombre apostado en el

quicio de la puerta.

Capítulo III

Abby no podía dar crédito a la desfachatez del hombre que se había presentado

a la puerta de su habitación de hospital, así como si nada, como si entre ellos no hubieran pasado tantas cosas desde la noche que ella descubrió su traición.

—¿Qué?, ¿no es obvio? Vine a conocer a mi hijo y me encuentro con la novedad de que es una niña... —dijo con rostro de desencanto.

—César, ya te he dicho hasta el cansancio que no es tu hija.

—¿En verdad esperas que te crea que, inmediatamente después de mí, estuviste

con otro? —Sonrió con socarronería—. No eres de esas, Abigail, te faltan agallas. Reconoce que eres mía, que me amas y que siempre será así. —
Caminó

hacia ella—. Ahora tengo mucho dinero y puedo darles, a la niña y a ti, lo que siempre soñaste.

—¿Qué sabes tú de mis sueños? No tienes ni idea de lo que yo deseo. Además,

perdiste todo derecho sobre mí desde el mismo instante en que te involucraste con Mónica.

—Lo hice por nosotros, linda, para tener una vida mejor.

—¿Por nosotros? —Soltó una carcajada un tanto histérica—. Sé lo suficiente hombre y reconoce que lo hiciste solo por ti, porque eres un maldito cerdo egoísta. ¿Qué pensabas, eh? ¿Qué iba a aceptar feliz y de buena gana el vivir a costa del dinero de tu esposa mientras yo solo soy la otra? Si es así, qué poco me conoces.

—Abby, entra en razón, hemos tenido esta discusión infinidad de veces...

—Por eso creí que ya te había quedado claro que jamás voy a perdonarte.

Entiende de una maldita vez que no voy a regresar contigo ni muerta.

César se pasó la mano por el cabello en un claro gesto de la frustración que lo invadía.

—Si te dejé en paz estos meses, fue porque la última vez que discutimos te pusiste mal y me dio miedo hacer daño a mi hijo, por eso decidí esperar a que dieras a luz para aclarar las cosas.

Abby rodó los ojos con evidente fastidio.

—No vas a dejarme en paz, ¿verdad?

—Tengo derecho.

—¡No tienes derecho a nada! —Apretó los dientes—. Alejandra no es tu hija.

—Deja de decir eso, los dos sabemos que no hay más hombre en tu vida que yo.

—¿Sabes? Mónica estuvo aquí y me pidió que aceptara hacer la prueba de paternidad y me negué, pero ahora estoy considerando que es la mejor opción que existe para deshacerme de ti.

—¿Mónica estuvo aquí?

—Sí. ¿Sabías que ella estaba al tanto de todo y, aun así, decidió casarse contigo?

—¿Qué te puedo decir? Soy irresistible y está loquita por mí. —Alzó la ceja con gesto arrogante—. No te preocupes por ella, sé muy bien cómo manejarla.

—Movi6 la cadera de forma insinuante—. El viejo es un tanto más pesado; aun

así, puedo con él.

—Eres asqueroso.

—Pero así me amas.

—No, ya no.

—Eso, mi linda Abby, es algo que no te crees ni tú misma. Me perteneces y siempre será así.

—Sigue engañándote si eso te hace feliz, pero cuando tengas los resultados de la prueba, te llevarás una gran decepción. Ya no eres el único hombre en mi vida.

—Sé que merezco tu rabia, pero no voy a permitir que sigas haciendo esos comentarios de mal gusto.

—Tienes razón, no tiene caso gastar saliva; dejemos que las evidencias hablen por sí solas.

Con satisfacción, vio cómo César se marchaba de la habitación, enfurruñado y de mal humor.

—Adiós, César. Espero no volver a verte nunca más —murmuró antes de que él se perdiera en el largo pasillo.

Una vez a solas, se preguntó cómo pudo estar tan enamorada de un tipo así. Sí reconocía que su atractivo físico y el cándido carácter que mostraba cuando así

le convenía tenían mucho que ver. Sin embargo, una vez que el cristal había cambiado el enfoque, ante sus ojos solo quedaba un hombre egoísta, falto de escrúpulos y sin valor alguno fuera de un brillo superficial que, una vez pasada la primera impresión, perdía todo encanto.

Un ligero palpitar en sus sienes le vaticinó un claro dolor de cabeza. Las masajeó en un movimiento rítmico formando círculos con los dedos sobre el área

afectada.

Tal como lo prometieron, sus amigas llegaron a recogerla y, como era de esperarse, no la dejaron volver a su viejo apartamento, sino que la instalaron en el de ellas.

Los días de recuperación pasaron con prisa, casi sin sentirlo; la hora de tomar decisiones estaba a la vuelta de la esquina.

—¿Qué es eso? —preguntó Lucy al ver el ceño fruncido de su amiga.

—Es el aviso de que mi permiso por maternidad está por expirar.

—¿Qué vas a hacer? ¿En verdad vas a regresar al infierno? —Lucy la miró con

una ceja alzada y la mirada expectante.

—No lo sé. Por desgracia, mi situación económica no permite darme el lujo de

estar sin cobrar en lo que consigo otro trabajo, y tú sabes que las plazas no se dan en los árboles. Créeme, de ser así habría renunciado desde el día siguiente a la cena anual, pero necesitaba el seguro social para que cubriera los gastos

del parto. Eso sin contar con que ahora tengo a Alejandra.

—Sabes que cuentas con nosotras, ¿verdad? —interrumpió Eva—.

Encontraremos la forma, pero tú a ese nido de víboras no regresas.

—Les agradezco todo lo que hacen por mí y la nena, pero estoy consciente de que no podemos prescindir de mi sueldo.

—Yo tengo unos ahorros... —ofreció Lucy.

—Ni lo digas.

—¿Por qué no? Puedes pagarme cuando consigas un trabajo mejor pagado y donde sí se valore tu talento, puedas ejercer tu carrera y seas algo más que una simple secretaria.

—Creo que eso es soñar demasiado, Lucy.

—Nunca pierdas la fe, bonita. Uno nunca sabe lo que la vida nos depara.

—Al menos promete que pensarás en la propuesta de Lucy —pidió Eva.

—Lo prometo. Todavía tengo seis días antes de tener que presentarme a trabajar.

Durante los siguientes días, Abby estuvo analizando los pros y los contras de regresar a trabajar a la empresa de los López.

Recordó los meses pasados, lo que fue un verdadero infierno. Los primeros días después a la cena anual, sus compañeros cuchicheaban a sus espaldas; al ser evidente su embarazo, cotilleaban con descaro sin importar que ella estuviera cerca y pudiera escuchar, como en una ocasión en el sanitario de damas, que oyó

hablar de ella a dos compañeras que la criticaban sin parar. Una decía que ella era una farsante que fingía inocencia, otra que ni por asomo llegaba a los

talones a la hija del jefe, pero, en general, coincidían en que era una tonta a la que le habían dado su merecido.

A punto de cumplirse la licencia por maternidad, Abby aún no había decidido si debía o no regresar a trabajar a la empresa del señor López. Todavía le dolía en el alma todo lo sucedido a raíz de la cena por fin de año. Lo peor fue cuando César y Mónica se casaron, a partir de ese momento, sus compañeros la relegaban y evitaban como la peste. Si no hubiese sido por sus amigas y la necesidad de la seguridad social, así como la compensación por maternidad, habría salido huyendo.

Por desgracia, decir y hacer eran dos cosas totalmente distintas, ya que los pañales y la leche de su bebé no se podían comprar con dignidad ni orgullo.

«¡Maldito dinero!», pensó una tarde mientras amamantaba a Alejandra. Una vez más, se reprochó el haber sido tan ingenua al creer en un hombre sin escrúpulos y egoísta a más no poder.

—¿Cómo se encuentra la princesa más hermosa del planeta? —preguntó Eva nada más llegar a casa.

—Saciada y dormida. Es lo único que saben hacer los bebés —expresó Abby con una tierna sonrisa.

—Es preciosa. No me canso de admirarla.

—Lo sé. —Miró de frente a su amiga—. Eva, esta mañana recibí una llamada que jamás esperé y creo que tú sabes algo al respecto.

—¿Yo? —Al ver la culpabilidad en el semblante de su amiga, todo cobró sentido.

—Ya decía yo que era muy extraño que mi tía Eugenia se hubiese enterado, así porque sí, del nacimiento de Alejandra.

—Lo siento, Abby, pero ella es tu única pariente viva y creí que quizá...

—No te disculpes, hiciste bien. —La tomó de las manos—. ¿Sabes? Hablamos bastante, un par de horas —reconoció—. Llegamos a la conclusión de que no tenía caso seguir distanciadas a causa de las rencillas que una vez existieron entre mi padre y ella. Incluso me invitó a vivir con ella...

—¿Lo harás? —Eva la miró con una mezcla de asombro y pena.

—No lo sé. Insiste en que no me molestará ni se entrometerá en mi vida. Dice que su casa es muy grande y, a raíz de que enviudó y mis primos se casaron, la convirtió en pequeños apartamentos. Si acepto vivir con ella, tendré mi propio espacio, además... —hizo una pausa—, mi primo Edgar está trabajando en una empresa de marketing y le dijo que la secretaria está por darse de baja por maternidad y ya anunció que no regresará, por lo que existe la posibilidad de que me contraten a mí.

—Eso es magnífico.

—Lo sé, hace un rato hablé con él y ha dicho que no tiene ningún inconveniente en recomendarme. ¿Puedes creer que mi tía se ha ofrecido a cuidar de Alejandra mientras yo esté trabajando?

—Eso es maravilloso. Te han solucionado la vida. Serías una tonta en despreciar semejante oferta.

—Lo sé, pero no quiero dejarlas a Lucy y a ti.

—Abby, oportunidades como esta no se presentan todos los días. Por desgracia, el país atraviesa por una mala racha económica y no es tan fácil hacerse de un buen empleo. Tu familia te ofrece casa, empleo y una niñera de

calidad para cuidar de Alejandra, ¿qué más puedes pedir?

—Tienes razón, es solo que no quiero estar lejos de ustedes.

—Encontraremos el modo. A fin de cuentas, Monterrey no está al otro lado del mundo, solo son unas cuantas horas de viaje.

Al día siguiente, sin perder tiempo, se presentó ante el jefe de Recursos Humanos e hizo efectiva su inminente renuncia.

Al regresar al apartamento, tomó asiento en el sofá con la bebé en brazos, le encantaba contemplarla dormir. Emocionada, tomó el teléfono y Abby aceptó la

oferta de su tía Eugenia.

Le llevó unos días y en cuanto logró dejar sus asuntos en orden; puso a la venta el viejo apartamento de sus padres, saldó deudas y partió con rumbo a su

vida.

En el asiento del avión, y con Alejandra dormida, se reprochó lo ingenua que seguía siendo, pues tontamente llegó a creer que, con la renuncia de su antiguo

trabajo, los desagradables episodios de su vida por fin habían terminado, aunque no habían hecho otra cosa que comenzar.

En días pasados, César se había aparecido por ahí cada vez que le daba la gana

y, no conforme con ello, cuando el señor José Pérez, el conserje, le prohibió la entrada al edificio, él comenzó a hostigarla de tal forma que temía salir a la calle porque, con cada encontronazo, él se portaba más agresivo ante sus rechazos.

Aunque Eva y Lucy trataban de protegerla, el hombre siempre encontraba el

modo de fastidiarla, incluso el día anterior había logrado escabullirse y llegar hasta ella, lo que hizo que se pegara un gran susto. Fue una suerte que el hombre no viera las maletas, no quería ni imaginar que hubiera pasado de haber sido así y si no hubiera aparecido el amable señor José a revisar la calefacción como habían acordado.

El conserje, un hombre de mediana edad, pero aún robusto y fuerte, había amenazado al intruso con una llave de tuercas y con llamar a la policía si volvía a verlo por allí.

Molesto, César había abandonado el apartamento, no sin antes advertirle que eso no se quedaría así.

Más relajada que el día anterior, Abby apartó los recuerdos desagradables de su mente, cerró los ojos y suspiró con alivio; estaba segura de que los kilómetros de distancia lograrían librarla de ese mal hombre y todo lo que representaba.

Una vez instalada en su nueva casa, no le fue difícil adaptarse a la rutina. Su tía Eugenia era una mujer maravillosa y adoraba a Alejandra. La relación entre ellas fue haciéndose cada día más sólida y estable. Solo lamentaban el tiempo que pasaron distanciadas a causa de un absurdo pleito con el padre de Abby.

Alejandro Santos había sido un hombre de carácter difícil, orgulloso y un tanto rencoroso, por lo que no permitió a su esposa e hija llevar cualquier tipo de relación con la tía Eugenia. Cuando dos años atrás los padres de Abby fallecieron en un accidente automovilístico, ella no se sintió con la confianza suficiente para propiciar un acercamiento. Por eso, cuando su tía la había llamado en son de paz, no pudo evitar pensar en todos aquellos veranos que pasó

en su casa, en la amabilidad y cariño de su tía para con ella y en los momentos felices pasados en compañía de sus primos Edgar y Paulina.

El tiempo siguió su curso inexorable y, casi sin sentirlo, había pasado un año

desde que se mudó a Monterrey. Hablaba con Eva y Lucy con frecuencia y se mantenían en contacto por WhatsApp. A causa de su buena disposición e inteligencia, no le fue difícil aprender y escalar en su trabajo.

En ese momento era asistente del director de Proyectos Internacionales. El licenciado Rodríguez era un hombre audaz, con una agilidad mental asombrosa y

una capacidad extraordinaria para expresar con imágenes cualquier cosa. Abby estaba feliz de trabajar con él; era un maestro insuperable y ella estaba convencida de que, bajo su experta tutela, llegaría lejos en el despiadado mundo de la publicidad.

A la primera oportunidad que se presentó, convenció a sus amigas de mudarse a Monterrey, en la empresa se habían desocupado dos plazas ideales para Eva y

Lucy.

Edgar, el primo de Abby, había sido ascendido a director de Recursos

Humanos, por lo que no fue difícil persuadirlo a que diera a las chicas la oportunidad de unirse a las filas de Marketing & Media. Él aceptó, no sin su respectiva advertencia de que, si no estaban a la altura de las exigencias de sus

respectivos puestos, se irían sin más.

—¡Por fin, las tres mosqueteras juntas otra vez! —habían expresado cuando Abby fue a recibirlas a la central de autobuses.

El único inconveniente fue que Edgar y Eva parecieron sufrir un extraño episodio de aversión instantánea. Siempre que estaban juntos las pullas no se hacían esperar y saltaban chispas entre ellos, aunque, por otro lado, era toda una experiencia presenciar sus guerras dialécticas, pues ambos poseían una

capacidad extraordinaria para debatir e insultar, así como una lengua sumamente

afilada y creativa.

—Ahora sí encontraste la horma de tu zapato —dijo con un tanto de mofa, Lucy, en una ocasión, lo que la hizo merecedora de una retahíla de palabrotas y

maldiciones.

Eva fungía como auxiliar contable y Lucy, como recepcionista. Ambas se habían instalado en el apartamento de Abby, ubicado en el ático del edificio estilo victoriano en que se había convertido la casa de la tía Eugenia, quien, por cierto, vivía en la planta baja.

—Ese primo tuyo es un auténtico troglodita —se quejó Eva a la hora del almuerzo.

Las chicas solían reunirse en una fonda que estaba a dos cuadras del cuartel general de Marketing & Media.

—¿Se puede saber ahora qué hizo? —preguntó Abby con un dejo de fastidio que, a Eva, por estar tan inmersa en su enojo, le pasó desapercibido.

—Me regresó dos reportes de las cuotas sindicales solo porque el borde de las

columnas era visible —rezongó—. Ese hombre es un verdadero incordio.

Abby y Lucy intercambiaron miradas cómplices.

—Vaya, si no te conociera, pensaría que tanta pasión desbordada es porque adoras el suelo que pisa —la picó Lucy.

—¿¡Qué!?! —Eva la fulminó con la mirada—. ¿Acaso te has vuelto loca?

—La verdad es que últimamente tu único tema de conversación es él —secundó Abby con malicia.

—¿Están hablando en serio? —Alzando una ceja, Eva no podía creer lo que sus amigas decían.

—¿No dicen que los opuestos se atraen? —insistió Abby.

—No cabe duda que el ambiente regio las ha trastornado —argumentó Eva con verdadera indignación—. Además, por si lo han olvidado, les recuerdo que él es

un hombre casado, y yo jamás me involucro con mercancía ajena. Me gusta la exclusividad.

—Es verdad, pero eso no elimina el hecho de que cuando ustedes dos están cerca, arde Troya —expuso Lucy con el ceño fruncido.

—Lucy tiene razón, Eva. La atracción entre ustedes es tal que se puede palpar y carga el ambiente de electricidad, aún más que la peor de las tormentas.

—Eso es ridículo —refutó al borde del colapso.

—No, no lo es —alegaron al unísono.

—Los vimos ayer en el cuarto de las copiadoras —confesó Abby.

—Por cierto, me debes dos grandes —recordó Lucy con un dejo de altanería.

—Es injusto, ganaste por un pelo de rana calva —se quejó Abby.

—¿Rozaron sus labios? —cuestionó Lucy con una ceja levantada.

—No, pero estoy segura de que sus alientos se mezclaron.

—Abby, la mezcla de alientos no cuenta como beso.

—¿Apostaron a costa mía? —explotó Eva iracunda—. ¿Y se atreven a decir que son mis amigas? —Se puso en pie dispuesta a marcharse.

—Tranquilízate, Eva, es más que obvio que Edgar te hubiera besado y tú lo habrías aceptado de buena gana de no ser por el entrometido de Méndez que los

interrumpió. —Abby la jaló del brazo para que regresara a la silla.

—Es verdad. Ese tipo tiene la cualidad de aparecer cuando no debe —renegó Lucy al tiempo que daba un sorbo a su atole caliente.

—No sé de dónde sacan tantas sandeces.

—¿Sandeces? ¡Ay, ajá! Estaban tan cerca uno del otro y se miraban como si no existiera nadie más en el universo. Si a eso no se le puede llamar química, entonces no sé a qué.

—No sé de qué demonios hablan —inmersa en su pose digna, Eva siguió negando.

A pesar de los meses transcurridos desde su llegada a la empresa, ese hombre seguía trastornando su tranquilidad y lo peor era que, lejos de mejorar, cada vez

era más evidente.

—Amiga... —Lucy la tomó del brazo—. Sé que lo más viable es disfrazar la atracción con antagonismo, pero debes tener cuidado, es muy peligroso jugar con tremendo incendio, podría incinerarte cuando menos lo pienses.

—Lucy tiene razón, lo que menos deseamos es que salgas lastimada, pues como bien dijiste, Edgar está casado.

—¿Acaso creen que no lo sé? Es lo que me digo a mí misma todos los días.

Estos meses han sido un infierno —aceptó por fin, cabizbaja.

—Qué difícil debe ser verlo todos los días y saber que está fuera de tu alcance porque no es libre. —Lucy dejó el tarro vacío sobre la mesa con rostro amargo.

—Yo sé de ello —reconoció Abby.

—Lo siento, linda, no fue mi intención regresarte a los días malos —se disculpó Lucy apenada.

—Esto es una puta pesadilla.

—¡Eva! Modera tu lenguaje.

—Por favor, Lucy, no seas tan mojigata.

—¿Ya se dieron cuenta de que llevamos lo que va del almuerzo hablando de hombres y lo peligrosos que son para la cordura de cualquier mujer? —Como siempre, Abby al rescate de la situación antes de que ese par se enfrascara en una nueva discusión.

—Abby, no es momento para tus melodramas. —Eva rodó los ojos.

—Si no es ahora y con ustedes, que se supone son mis amigas, ¿entonces con quién?

—Tiene razón, Eva, reconócelo.

—Son un par de pesadas —aceptó de mala gana.

—¿Son? —la picó Lucy.

— *Somos*, dijo la otra.

—Chicas, basta. Es hora de regresar a la oficina.

Abby se puso en pie y sacó un billete para cubrir la cuota de lo que había consumido. Las otras dos la siguieron de mala gana.

Eva llegó hasta su despacho con un humor de perros. Reconocer frente a sus amigas la atracción que sentía por Edgar no fue nada como tener que hacerlo para sí misma.

—Eva, ¿tienes un minuto? —Laura, la secretaria de Recursos Humanos, entró con unos papeles en la mano.

—Por supuesto, pasa. —Señaló el asiento frente a su escritorio—. ¿Ahora qué quiere el ogro?

—Lo siento, pero necesita que repitas el reporte de cuotas sindicales — respondió Laura apenada.

—No pasa nada, chica. Déjamelos en la bandeja de pendientes y en cuanto los tenga, te los llevo.

—Es que... —la chica hizo una pausa al tiempo que, nerviosa, mordisqueó su labio inferior— dijo que le urgen.

—Si tanto le urge, ¿por qué no vino él mismo a gritonearme? A final de cuentas, no sería la primera vez. Es su pasatiempo favorito, últimamente, el venir a molestarme.

—Honestamente, no lo sé.

Eva tomó una honda bocanada de aire para calmar esa energía destructiva que pujaba por salir de sus entrañas y estallar con toda su fuerza contra ese rostro de soberbia sonrisa y ojos del color del jade.

—Ahora mismo me pongo a ello, Laura. —Tomó las hojas que la chica le tendió y las colocó en el escritorio, giró en su silla y comenzó a teclear frenéticamente—. Listo, ya está. Espero que ahora *don perfección* quede

conforme, aunque por lo visto ese señor no conoce el significado de esa palabra.

—Gracias, Eva. —La secretaria tomó los reportes y se marchó.

Minutos más tarde, Eva salió de su cubículo para ir a sacar unas copias cuando

se topó en el pasillo con una mujer que apestaba a perfume y despilfarro económico. Cada gesto, prenda o la bolsa a juego con los zapatos, rebuznaba egocentrismo.

—Ey, tú —La llamó—. ¿Sabes si mi marido está en su oficina?

—¿Su marido? No sé... —iba a decir que no tenía ni idea de a quién se refería cuando la mujer la interrumpió con un despectivo tono:

—Típico de Edy contratar secretarias de buen ver, pero tontas a más no poder.

—La miró de arriba hacia abajo con total desaprobación—. Ah, linda, si vas a usar falda recta, al menos asegúrate de que combine bien con el saco y los zapatos.

—¿Qué? —Eva estaba a punto de ceder al impulso de tirar a jirones el cabello negro azabache de esa bruja que le impedía el paso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Edgar de pronto.

—¿Cómo que qué hago? —La mujer hizo un puchero que a Eva le pareció de lo más ridículo—. Vine a pedirte que reconsideres lo que hablamos anoche. —
Le

pasó por el pecho una uña roja perfectamente pintada y arreglada.

—Sara, ya lo hablamos y quedamos en que te di lo correspondiente a este mes

e incluso un poco más.

—¿Quedamos? —rezongó—. Fuiste tú quien decidió, yo nunca estuve de acuerdo. Vamos, Edy —ronroneó—, no seas tacaño...

—Sara, no puedo creer que acabaras ya con tu asignación, apenas estamos a mitad del mes. —La reprendió con fastidio.

—Lo sé, ¿qué quieres que haga? Tenía que tener este vestido antes que la presumida de Ariana...

—Y el bolso, y los zapatos, y más; siempre hay más. El dinero nunca te es suficiente.

—¿Para qué sirve el dinero entonces? ¿Eh? Y no respondas que para tenerlo guardado bajo el colchón. —Subió el tono de voz.

—No, pero tampoco para despilfarrarlo en banalidades.

—¿Banalidades? —preguntó indignada—. No te he oído quejar de estas banalidades. —Se agarró los senos que a leguas se notaba eran falsos—.

Bastante te has beneficiado de ello.

—Por supuesto, dado que yo pagué por ello, me he ganado ese derecho —ladró

a punto de perder la poca paciencia que le quedaba.

—Perdón que interrumpa su linda charla de matrimonio feliz, pero tengo trabajo y les agradecería si me dejaran pasar. —Eva se abrió camino y se alejó,

no sin antes sentir pena por ese hombre.

Se preguntó si Edgar tendría idea del alacrán que se había echado encima. Era

obvio que esa mujer era la típica fachada hermosa con el interior congelado.
En

su camino al cuarto de copiadoras, solo alcanzó a escuchar que la discusión seguía.

Terminó de sacar los juegos de copias que ocupaba y aprovechó para poner la cafetera.

—¡Maldición! Se terminó el agua —refunfuñó en voz alta en tanto recorría la pequeña habitación con la mirada—. Esto será suficiente por ahora —dijo al tomar la última botella desechable.

Sin perder tiempo vació el agua en el aparato, esperó unos minutos y el rico aroma a café impregnó el lugar.

—Excelente, es justo lo que necesito. —Edgar tomó una taza y se sirvió.

—¿Disculpa? Ese café es mío.

—¿Ah, sí? Lo siento, por fortuna, eres lo suficientemente capaz de preparar más. —Tomó un sorbo con gozo.

—Se terminó el agua. —Se cruzó de brazos al tiempo que lo fulminó con la mirada.

—Pide a mantenimiento que traigan más.

—Si tanto te urge, pídelo tú —respondió con altanería cuando le arrebató la taza.

—Eva, no estoy de humor.

—Te comprendo, en verdad, yo tampoco lo estaría teniendo esa arpía por esposa. —Lo miró por encima de la taza cuando sorbió el café.

—No te metas con Sara.

—Ni falta que me hace, ahora que la conocí solo tengo agradecimiento hacia ella. Es mi heroína.

—¿Qué?

—Solo se puede tener respeto y admiración hacia el verdugo que se encarga de

hacerte pagar con creces lo prepotente que eres en la oficina.

Dicho eso, y con una sonrisa burlona, salió del lugar.

El resto de la jornada, Eva se enfrascó en sacar los pendientes para así mantener a raya sus turbadas emociones.

Capítulo IV

—¿Estás lista para ir a sacudir el esqueleto? —preguntó Eva al entrar al despacho de Abby el viernes por la noche.

—Lo siento, Eva; tengo que quedarme para avanzar, de lo contrario, el licenciado Rodríguez no me permitirá ni un respiro la próxima semana.

—Si quieres, puedo quedarme.

—Te lo agradezco, amiga, pero no es necesario.

—¿Qué no es necesario? —preguntó Lucy uniéndose al grupo.

—Abby piensa quedarse a trabajar extras.

—Oh.

—No pongan esas caras, chicas, es viernes y hay que divertirse.

—Deberías aplicar el consejo para ti misma, Abby —replicó Eva.

—¿Estás segura de que no quieres unirme a nosotros en el bar más tarde? —
preguntó Lucy esperanzada.

Varios compañeros solían juntarse todos los viernes en un bar de las
cercanías,

con la idea de pasar un rato agradable y soltar el estrés de toda la semana.

—Sí, estoy segura, además, quiero llegar a casa antes de que Ale se duerma.

—Abby, sé que ya lo hemos discutido hasta el cansancio, pero deberías
prestar

más atención a tu vida personal, salir, conocer gente...

—Ya sé por dónde vas, Eva, y no me interesa. Por el momento, estoy bien así.

Me gusta mi vida tal como es y no quiero que cambie.

—Eso quiere decir que rechazaste a Oscar —no era pregunta—. Abby, sé que

lo que hizo el imbécil de César te cambió, pero me parece absurdo que te
anules

como mujer y deseches la posibilidad de amar solo porque un estúpido te
falló.

—Eva, agradezco tu preocupación, en verdad, pero no necesito a nadie más,
me basta con lo que tengo. Soy feliz así.

—Abby, una mujer tiene sus necesidades...

—Entonces soy un raro espécimen, porque, como ya lo he dicho ininidad de
veces, «estoy bien así».

—Es inútil, Eva, ya sabes lo terca que Abby puede llegar a ser.

—Tienes razón, Lucy, será mejor que nos vayamos. Solo espero que un día, cuando ya seas vieja —apuntó a Abby con dedo acusador—, no te des de topes

en la pared por haber desperdiciado tu juventud encerrada en un despacho. —

Salió de mal humor y Lucy se fue tras ella.

Abby las vio alejarse sin inmutarse. Desde que había comenzado a laborar en la empresa, no le faltaban invitaciones para salir o uno que otro pretendiente, pero ella no estaba interesada en entablar relación alguna y no tenía ni el más mínimo reparo en reconocerlo abiertamente.

Sabía que sus compañeros la tachaban de estirada y mojigata; la realidad era que no le importaba, centraba su vida en Alejandra, la tía Eugenia y sus amigas; lo demás le era un tanto irrelevante.

Eran pasadas las nueve cuando Abby se percató de la hora; maldijo en silencio

por haberse excedido. Su intención era quedarse, cuando muy tarde, hasta las ocho. A esas horas era un hecho que no encontraría despierta a Alejandra; pensó

en pasarse por el bar con sus amigas, pero descartó la idea al instante. Apagó el ordenador, tomó su bolso y se fue directo a casa.

Le extrañó ver el coche de su primo Edgar estacionado fuera, desde que Eva y él habían discutido a muerte dos semanas atrás, él no se había presentado en casa de su mamá.

Bajó del auto expectante y se dirigió a casa de su tía para cenar y recoger a Alejandra. Aunque no tenía intención de quedarse hasta tarde, la sobremesa llena de buena conversación inundada de recuerdos de sus aventuras y travesuras de la

niñez, la mantuvo pegada a la silla hasta pasada la medianoche.

—Será mejor que me vaya, es muy tarde y no le avisé a Sara que venía para acá. —Edgar se levantó, le dio un beso en la mejilla a su madre y otro a Abby.

—Yo también debo irme. —Abby no pudo reprimir un bostezo.

—Te acompaño a tu puerta, sirve que llevo a mi sobrina en brazos, aunque esté dormida. —Edgar adoraba a la niña y no tenía reparo en demostrarlo.

—Primo, ¿te puedo hacer una pregunta indiscreta? —soltó Abby mientras subían al ático.

—Si te digo que no, de todas maneras, te las arreglarás para salirte con la tuya, así que dispara, ¿qué quieres saber?

—¿Por qué no has tenido hijos? Se nota que adoras a tus sobrinos, y no se diga de Alejandra.

Edgar paró en seco y la sonrisa socarrona tan característica en él desapareció.

Abby se sintió apenada, por lo que se apresuró a disculparse.

—No tienes que contestarme. Perdóname, fue imprudente de mi parte...

—No pasa nada, Abby. —Sonrió con tristeza—. Esa pregunta me la hace mi madre cada vez que me ve. —Respiró hondo—. Desde que Paulina y Jorge se mudaron a Estados Unidos, mamá extraña mucho a los niños y había empezado

a presionarme para que supla ese vacío. Aunque, ahora con Alejandra, ha sido menos insistente.

—Edgar, en verdad yo...

—Sara no estaba convencida de querer ser madre —soltó sin más—. Por

desgracia, en el noviazgo nunca hablamos sobre el tema de los hijos de forma seria, así que no es solo su culpa el que no compaginen nuestras formas de pensar y deseos para el futuro. Aunque me ha dicho que está pensando en la posibilidad, al menos eso ya es algo, ¿no? Quizá pronto les dé la noticia de que voy a ser padre.

Abby no supo qué contestar a algo tan personal, por lo que se limitó a meter la llave en la cerradura y abrir la puerta.

—¿Quieres pasar a tomar un café?

—Será mejor que me vaya, pero gracias por el ofrecimiento, prima. —Dejó a Alejandra en su cama-cuna y se marchó.

Al día siguiente, Eva y Lucy sufrían la resaca por una noche de fiesta. Abby aprovechó para salir a hacer la colada y pasear con Alejandra. Por la tarde, sus amigas la llamaron al móvil para reunirse a comer en el área de restaurantes del centro comercial al que solían acudir con regularidad.

Pasaron la tarde entre rica comida, café, libros, tiendas y uno que otro chisme.

Cuando volvían a casa, al auto de Eva se le pinchó un neumático, por lo que tuvieron que hacer un alto y cambiar por la refacción.

—De todos los lugares tenía que ser frente a un cinco letras[1]—dijo Eva, y apuntó con un gesto de la cabeza al local—. Quizá es el destino que está diciéndome que me hace falta acción y portarme muy mal con algún buen caballero. —Se mofó mientras sacaba la llave de cruz del maletero.

Abby estacionó su auto detrás del de Eva y bajó para ver en qué podía ayudar, pero al parecer, su ágil amiga lo tenía todo controlado. Se puso en cuclillas para estar a la par.

—Creo que no ocupas de mí, ¿verdad?

—Es una suerte tener de amiga una chica cuyo padre es dueño de un taller

mecánico —dijo con una sonrisa Lucy que, apoyada sobre un costado del automóvil, mascujaba una barra de amaranto con miel.

Un auto pasó frente a ellas, el conductor se detuvo a pagar en la caseta del motel y, mientras esperaban, la pareja se comía a besos; se notaba el ansia loca por devorarse el uno al otro.

—¡*Wow*, qué forma de besar! Yo quiero un hombre así, que quiera comerme entera —expresó Lucy con envidia.

Eva y Abby se pusieron en pie y, con curiosidad, se volvieron hacia la pareja en cuestión.

—¿Acaso esa no es...? ¡Ay, por Dios, sí es! ¡Esa maldita bruja ahora mismo va

a saber lo que es bueno! —estalló Eva, y comenzó a caminar con la intención de

ir al auto y bajarla de los cabellos.

—Tranquila, Eva. A nosotras no nos corresponde hacer un escándalo. —En cuanto reconoció a la mujer, Abby alcanzó a su amiga y la tomó del brazo para detenerla. Por fortuna, el auto avanzó hacia el interior del lugar.

—¿Qué? ¿Acaso te has vuelto loca, Abigail? —rugió.

—Eva, por favor...

—Por favor, ¿qué? ¿Pretendes que finja que no vi nada? —Señaló con la mano hacia el motel—. ¿Cómo podría ver a Edgar a la cara sabiendo que le oculté algo

tan importante? Además, esa puta no se merece que la solapemos.

—¿Edgar? —Lucy no entendía qué tenía que ver el primo de Abby.

—Esa zorra de allá —apuntó Eva a la mujer que bajó del auto y que, sin perder

tiempo, se colgó del cuello del hombre que, evidentemente, no era su esposo —,

es su esposa.

—Esa de allí, ¿es Sara?

Abby asintió con la cabeza. A causa de que la susodicha no solía acudir a visitar a su suegra con regularidad, Lucy no había tenido oportunidad de conocerla en persona, hasta ese momento.

—Eva tiene razón —dijo cuando salió del aturdimiento que la sorpresa le causó—. Edy tiene derecho a saber lo que está pasando.

—Estoy segura de que debe de haber una explicación —Abby intentó convencerlas.

—Sí, que esa tipa es una ramera.

—¡Eva! —la reprendió escandalizada.

—¿Qué? —gruñó.

—Lucy, dile algo.

—Lo siento, Abby, pero en esta ocasión no pienso reñirla por su forma tan florida de expresarse porque, como bien dijo Juan Gabriel^[2], que en paz descansa: «Lo que se ve, no se pregunta».

—¿Están dispuestas a destruir un matrimonio por algo que no nos consta? — insistió.

—Abby, ¿es en serio? —Eva no cabía en su asombro—. ¿En verdad piensas que ese par rentó una habitación solo para ponerse a jugar al *twister*^[3]?

—Suenan divertido —rió Lucy—, hacer todos esos movimientos y contorsiones estando desnudos...

—Lucinda, ¿puedes concentrarte en lo importante y dejar tus fantasías eróticas de lado?

—Lo siento, Eva. Siendo honesta, no creo que esa mujer merezca tus consideraciones, Abby.

—¿De qué estás hablando, Lucy?

—El otro día los vi en el bar, e igual que ahora, estaban comiéndose a besos como si no hubiera un mañana, por eso fue que llamaron mi atención cuando regresaba del baño de damas, incluso pensé: «Ey, váyanse a un motel». Por lo visto, saben leer el pensamiento y me hicieron caso.

—¿Estás segura?

—Por supuesto, una pareja así de ardiente y esa mujer tan llamativa no son cosas que se puedan olvidar tan fácil.

—¿Por qué demonios no lo dijiste antes? —Eva la sacudió con violencia.

—Porque no sabía de quién se trataba —se defendió—. Recuerda que no la conocía en persona.

—Esa zorra no va a salirse con la suya. —Eva se encaminó hacia el interior del

motel, pero el guardia le impidió el paso.

Echando pestes y maldiciones, Eva regresó a con sus amigas.

—Tengo que hacer algo. Así tenga que rentar una habitación para que ese imbécil me deje pasar.

—Eva, ese imbécil, como acabas de llamarlo, solo está haciendo su trabajo —
apuntó Lucy—. Tenemos que pensar con la cabeza fría. No podemos
simplemente llegar y cacharla en la movida; como dijo Abby, a nosotras no
nos

corresponde. En cambio, si queremos que Edgar abra los ojos respecto a esa
arpía, tiene que verlo por él mismo, la cuestión es cómo traerlo sin decirle:

«Hola, Edy, tienes que venir porque tu esposa se está dando un buen revolcón
con otro hombre en el motel tal» —expuso con semblante serio.

—¡Eres un genio! —exclamó Eva.

—Deja de darle cuerda, ¿no ves cómo está? —la reprendió Abby.

—No, Lucy tiene razón, por mucho que te disguste, Abby. —En su mente, Eva
comenzó a trazar un plan—. Independientemente de lo que yo sienta por Edgar,
no es justo que esa cualquiera este viéndole la cara. Esto es lo que haremos...

Mientras Abby le pedía ayuda al guardia para cambiar el neumático, Eva y
Lucy se escabulleron en el motel para cerciorarse en qué habitación estaba
recluida la pareja de adúlteros.

Alejandra comenzó a llorar; Abby se apresuró a soltarla de su sillita y sacarla
del otro auto. El buen hombre la ayudó a terminar con la labor de cambiar la
llanta y, al cabo de unos minutos, sus amigas estaban de vuelta.

—Gracias, caballero, es usted muy amable —expresó Abby con una cálida
sonrisa.

—No ha sido nada. —El hombre regresó a su puesto en la caseta de
vigilancia.

—¡Dios! ¿Qué hago? —se cuestionó Abby. El monólogo interno era feroz, la lucha entre la lealtad a su primo y la prudencia era atroz—. No quiero lastimarlo.

—Te entendemos, Abby, pero ten en cuenta que esa arpía, tarde o temprano, lo va a destrozar.

—Lucy tiene razón, esta es una oportunidad única porque la zorra de Sara no podrá negar nada si él la descubre infraganti, de lo contrario, podrá seguir manipulándolo, sabrá Dios cuánto tiempo más.

—¿Están seguras de que eso es lo correcto? ¿Y si nos equivocamos? ¿Tal vez ella...?

—No, Abby, lo de ellos no es un ligue de una noche. —Lucy las miró con duda.

—¿Qué no estás diciendo, Lucinda? ¡Suelta ya! —gritó Eva.

—No es la primera vez que los veo en este lugar.

—¿¡Qué!?! Dijiste que solo los viste en el bar. —Eva estaba al borde del colapso.

—Mentí, esa noche no solo los vi en el bar.

—¿Por qué lo ocultaste? —preguntó Abby con calma.

—Por vergüenza. El caso es que... bueno, una también tiene sus necesidades y... —Se sonrojó hasta las uñas de los pies.

—Ya suelta sin pena lo que tengas que decir, somos tus amigas y jamás vamos a juzgarte —apeó Eva impaciente.

—Hace unas semanas, después del bar de los viernes, Alberto de Contabilidad

y yo... pues, conectamos y, luego de unas copas, terminamos aquí. Sí, ya sé, muchas coincidencias, ¿no? Bueno, es cosa del destino, quizá.

—¿Y? —gruñó Eva exasperada.

—Nosotros íbamos entrando y ellos saliendo. Los reconocí por lo que ya les dije; una pareja así de intensa llama la atención —concluyó.

—¡Ay, no! En verdad, chicas, no quiero hacerlo.

—Abby, no queda de otra, esto tiene que terminar.

—No, Eva, por favor, no quiero ser yo quien lastime a mi primo.

—Es mejor que sepa la verdad ahora, antes de que esa mujer termine con él.

—Hazle caso a Lucy. Si no lo llamas tú, lo haré yo —amenazó Eva decidida.

—Está bien, lo haré, pero quiero que se vayan, conozco a Edgar lo suficiente y sé que le avergonzará mucho el que presencien algo tan desagradable, sobre todo

tú, Eva.

—Pero...

—Nada de «peros». Si en verdad quieres ayudarlo, simplemente procura estar para él y listo, de otra forma, se sentirá avergonzado y te rechazará.

—Está bien, nos iremos con la condición de que, si esto se pone violento o se sale de control, nos llamarás, ¿de acuerdo?

—Lo prometo. Rueguen a Dios por que esto no termine mal. —Abby sacó su

móvil y marcó el número de su primo.

— *Hola, linda.*

—Edgar, necesito que vengas por mí, estoy frente al motel Cuatro estaciones.

—¿Estás bien? ¿Qué sucedió?

—Nada grave. Salí del centro comercial e iba rumbo a la casa cuando el auto de pronto se detuvo y no puedo hacerlo andar. Alejandra está un tanto llorosa y eso me pone de los nervios.

— *No te preocupes, linda, voy para allá.*

—Gracias, primo, eres un sol. —Colgó—. Ya está hecho, ¿contentas?

—Por supuesto que no —chilló Eva en tanto manipulaba el motor del auto—.

Solo espero que tu primo tarde el tiempo suficiente en dar con la falla para que cache a esa zorra con las manos en la masa.

Quince minutos después, el auto de Edgar se estacionó tras el de Abby. Luego de revisar todo a conciencia, por fin dio con el problema.

—Aquí está el causante de todo. —Levantó el rostro y apartó la vista del motor

del vehículo con una sonrisa triunfal, la que murió al ver una pareja que se besaba apasionadamente a la salida de una de las habitaciones.

Abby siguió el rumbo de su mirada y cerró los ojos llena de culpa. Las chicas habían colocado el auto de tal forma que se tuviera una perspectiva clara de la habitación donde los infieles disfrutaban de su revolcón.

—¿Qué sucede? —preguntó siguiendo el plan.

Edgar no le contestó, simplemente avanzó a rápidas zancadas hasta que llegó a la pareja y, de un fuerte puñetazo, derribó al sujeto, se le echó encima y lo aporreó con golpes certeros, sin piedad alguna.

Abby, con la niña en brazos, lo siguió mientras le gritaba que soltara al tipo y que tomara las cosas con calma.

—Por favor, Edgar, no vale la pena que te ensucies las manos por gente que no lo merece. Vámonos de aquí —suplicó, pero él la ignoró y siguió machacando el

rostro de su supuesto amigo; ni el vigilante, que intentó separarlos y amenazó con llamar a la policía, pudo contener su furia.

No fue hasta que escuchó el llanto de la niña que se detuvo y salió del trance demoniaco que lo poseía. Arrodillado junto al hombre caído, observó con incredulidad y tristeza el rostro mallugado del que suponía su amigo.

Consternado por el arranque de violencia, cometió el error de centrar su mirada

en Sara, que permanecía pasmada junto al auto que él mismo le había regalado por su cumpleaños.

—¡Tú, maldita zorra! —Se puso en pie con los puños sangrantes—. Tienes media hora para sacar lo que alcances de la casa y largarte si no quieres atenerte a las consecuencias.

—Edgar, esto no es lo...

—¡Se acabó, Sara! —Se pasó la mano por el cabello en un claro gesto de contención.

—Edgar, por favor, permíteme explicarte.

—¿Explicar qué? ¡Maldita sea! —le rugió en el rostro.

—Señor, si no se marchan ahora, me veré obligado a llamar a las autoridades

—informó el vigilante con teléfono en mano.

—No. A la policía no —gritó Abby asustada—. Edgar, vámonos de aquí, por favor. Alejandra está muy inquieta.

—Vete tú, yo aún no termino con esta... fulana.

—No me iré sin ti. —Lo tomó del brazo, decidida a no marcharse sin él—.

Alejandra está muy asustada y honestamente no me siento en condiciones de manejar. —Fue el único pretexto que se le ocurrió para alejarlo de allí.

—Sube al auto, enseguida estoy contigo. —Besó a la niña en la frente.

—Edgar...

—Por última vez, tengo que pedirles que se vayan o llamaré a la policía — insistió el vigilante.

—Tienes media hora para sacar tu asquerosa presencia de mi casa. —Señaló con dedo acusador y caminó hacia Abby y la niña.

La mujer se puso muy erguida y, con el rostro desfigurado por la rabia, gritó:

—¡No puedes correrme así sin más! ¡Necesito más tiempo para sacar mis cosas!

—¿Tus cosas? —se burló él—. Llegaste a mí sin nada y sin nada te vas.

Olvídate del auto, de las joyas y los lujos, se acabó tu pendejo.

—No puedes dejarme sin nada; pediré al menos la mitad de lo que tienes — ladró.

—Se te olvida, querida, que existe un acuerdo prenupcial. Déjame adivinar, estabas tan desesperada por pescarme que no reparaste en lo que firmaste,

¿verdad? —La miró con asco—. Me extraña de una criatura tan fría y

calculadora como tú, ¿o acaso creíste que nunca me daría cuenta de tus tejemanejes y que jamás te pediría el divorcio?

—¡Sí! —aceptó furiosa—. No tenías por qué enterarte de nada, de seguro esta mosca muerta y sus insufribles amigas lo planearon todo para desprestigiarme —

acusó, con mirada de odio, mientras se acercaba.

—Sí, claro. ¿También concertaron la cita con tu amante? —rugió molesto—.

Habiendo tantos hombres, tenías que limitarte a mi grupo de amigos, ¿a quién más te has tirado aparte de Javier?

—Eres un... —intentó abofetearlo, pero el paró la acción en seco—. Solo eso faltaba, que después de esto te hicieras la digna.

—Edgar, deja que te explique. —Javier se había recuperado del aturdimiento y,

tambaleándose, se puso en pie—. No fue algo que quisiera que pasara,

simplemente se dio y me enamoré.

—Pobre idiota —exclamó con lástima—. En el pecado llevarás la penitencia.

Ella —señaló a la mujer— es mi venganza. —Se dio media vuelta con la intención de subirse al auto.

—¿Estás feliz, maldita bruja? —gritó Sara fuera de sí y se abalanzó en contra de Abby, que ya había llegado a la calle y solo acertó a cubrir a su llorosa hija

con el cuerpo.

Edgar reaccionó a tiempo y pudo detenerla antes de que esta lograra su objetivo. Sujetándola por las muñecas, la arrastró al auto y le dijo:

—¡Lárgate! —La metió dentro del vehículo y azotó la puerta—. Una cosa más: si se te ocurre acercarte a Abby o a cualquiera de mi gente, ¡te mato!

—¡Pero, Edy! No hay que llegar a estos extremos, podemos solucionarlo... —

Por arte de magia, había recuperado su dulzura habitual.

—Ni loco volvería a creer en ti; antes me lanzo de un puente o me tiro a las vías del tren. Aunque, pensándolo bien, no regreses a la casa. Ahora mismo daré

la orden al vigilante para que no te permita pasar, así que ahórrate el bochorno de ser humillada.

—¿Y mis cosas?

—Que te las compre tu amante en turno. —Se alejó del vehículo y dijo a su examigo—: Suerte con ella, Javier, porque esa es una zorra sumamente cara.

Solo lamento no haberme dado cuenta antes, al menos tú sabes a qué atenerte.

Abby permanecía de pie junto a su auto, asustada y aturdida. No dejaba de cuestionarse si habrían hecho lo correcto al propiciar el encuentro. Alejandra se había tranquilizado un poco cuando la arrulló y le dio el chupete.

Levantó el rostro y, al ver a su primo dirigirse hacia ella con semblante tranquilo, sus alterados nervios descansaron un poco.

—Vamos, te llevo a casa. No sé cómo se te ocurrió seguirme, ¿tienes conciencia del peligro al que expusiste a tu hija?

—Lo siento, Edgar, yo...

—Lo hecho, hecho está. Ahora quiero que me expliques una cosa, Abigail...

«Oh, oh, me ha llamado por mi nombre. Esto no pinta nada bien». Lo miró con la culpa reflejada en el rostro.

—¿Qué tan coincidencia es que se te descompusiera el auto justo aquí?

—Edgar, juro que no fue algo premeditado. No la seguimos ni nada por el estilo; solo regresábamos del centro comercial cuando...

—¿Seguimos? ¿Regresábamos? Ya decía yo que tus locas amigas tenían que estar involucradas.

—¡No! —gritó enfada consigo misma por haber caído en una trampa tan clara que hasta un niño hubiera podido verla.

—¿No? ¿Vas a negar que estaban contigo cuando me hablaste? ¿Fue idea de Eva todo este lío?

—¿Eva? ¡No!

—Abby, llevas la culpa en el rostro y desde siempre has sido la peor mentirosa

del mundo.

—Pues no es así. No es lo que estás pensando.

—Créeme, Abby, en este momento ni yo sé lo que estoy pensando.

—Edy, en verdad lo siento.

—No es culpa tuya el que Sara sea una puta.

—¿Habrías preferido no saberlo nunca?

—No lo sé.

El resto del viaje lo hicieron en silencio.

—Llegamos. Será mejor que entres.

—¿Y tú? —Abby sentía el peso de la culpa carcomiéndole las entrañas.

—Regresaré por mi auto y luego necesito arreglar unos asuntos. —Le tendió las llaves.

—¿No vas a entrar? La tía se preguntará por qué...

—No, y te agradecería que no le comentes nada de esto a mi madre.

—Ni se me había pasado por la cabeza hacerlo. Eso solo te corresponde a ti.

—Invéntale cualquier excusa del por qué no me quedé.

—¿Estarás bien?

—Buenas noches, Abby. —Besó la frente de Alejandra, que se había quedado dormida, y se marchó calle abajo.

Consternada y con el alma oprimida, Abby lo observó mientras se alejaba hasta

que lo perdió de vista.

Capítulo V

—¿Qué pasó? ¿Te encuentras bien? —La voz de Eva sacó a Abby de sus

pensamientos. Se giró en el quicio de la puerta para mirar a su amiga con la incertidumbre pintada en el rostro.

—Lo que se pretendía, Eva, simplemente estalló la bomba. Y no, no estoy bien.

—¿Cómo lo tomó? ¿Cómo está?

—No lo sé con exactitud. Se cerró en sí mismo, Eva. Fuera de la furia inicial, no se permitió exteriorizar lo que siente.

—No sabes cómo me duele todo esto. Quisiera tener el derecho de poder consolarlo, por desgracia no es así.

—Lo sabe.

—¿Qué? ¿Que estoy loca por él?

—No. Que le tendimos una trampa.

—¿¡Qué!? ¿Le dijiste la verdad? —preguntó Eva horrorizada—. Debiste haberlo negado hasta la muerte.

—No hizo falta, no es idiota —dicho esto, se encaminó hacia la casa.

Era cerca del amanecer cuando unos fuertes golpes en la puerta despertaron a las tres inquilinas del ático.

—¡Abre, maldita bruja!

—¿Acaso es...? —Lucy no cabía en su asombro.

—Sí, es Edy y por lo visto está ebrio hasta las chanclas.

—No le abras, Abby —pidió Eva asustada.

—Tengo que hacerlo, de lo contrario, no tardará en despertar a la tía Eugenia con semejante escándalo.

—Tienes razón —concedió Eva.

—¿Cuál de nosotras será la maldita bruja? —preguntó Lucy mientras se ataba el cinturón de la bata.

—Sin lugar a dudas, ese puesto solo me lo otorgaría a mí —aceptó Eva resignada a una confrontación y, sin dilación, abrió la puerta.

Edgar entró con la fuerza de un huracán. Con la mirada, recorrió el lugar. En cuanto la localizó, con paso tambaleante, se dirigió a ella.

—¿Estás contenta? ¿Eso era lo que querías?

—Edy, no es el mejor momento para hablar —intervino Abby.

—No te metas, Abigail. Esto es entre esta arpía y yo.

—Sí, Edy, pero estás ebrio y no creo...

—¡Me importa una chingada lo que creas! —bramó.

—Edy, por favor, deja de gritar, ¿o acaso crees que tu madre no se dará cuenta de semejante espectáculo?

—No me importa. Ya no importa nada. —Retiró la mirada de Abby para

posarla en Eva—. ¿Creíste que al darme cuenta de la clase de rata que es Sara vendría corriendo a tus brazos? Olvídalo, no voy a dejar una zorra para caer con una arpía.

—¿Qué? Por favor... —Mostró una sonrisa cínica—. ¿Qué te hace creer que eres tan importante? ¿Eh? El mundo, y menos el mío, no gira alrededor tuyo.

—Desde que llegaste a mi vida, todo está hecho un caos. No has hecho más que molestarme y hacerme la existencia miserable.

—Sí, ese es mi gran talento —ironizó—. Yo no tengo la culpa de ser tan irresistible. —Le guiñó un ojo.

—Edy, será mejor que te lleve a casa —sugirió Abby colocándose en medio de

los dos.

—¡No quiero ir a ese maldito lugar! Cada habitación, cada rincón huele a esa zorra avariciosa.

—Entonces tómate un café y bájale dos rayitas a tu intensidad si no quieres que tu madre despierte y te cuestione por este comportamiento tan inapropiado.

—¡No quiero!

Abby lo tomó de los brazos como si fuera un niño y lo llevó hasta el sofá al tiempo que le hablaba en un tono suave y dulce.

—Eso es, siéntate aquí y en seguida te traigo el café. —En menos de un minuto, Edgar estaba despatarrado y roncaba sin parar—. Creo que ya no será necesario.

—¿Estás segura de que lo quieres? Yo no podría dormir con un serrucho rugiendo en mi oreja toda la noche —preguntó Lucy tratando de aligerar el momento.

—Lucy, no estoy para bromas. —Eva se retiró a su habitación y cerró con un portazo.

—¡Ups! Creo que se enojó.

—Déjala en paz, Lucy. Ha sido un día difícil y no creo que se sienta bien el hecho de que el hombre que te gusta se aparezca en tu puerta y comience soltar insultos al tiempo que te devora con los ojos.

—Sí, debe ser terrible —ironizó Lucy con una sonrisa.

Un fuerte dolor de cabeza despertó a Edgar. Abrió poco a poco los ojos, pues la

luz le molestaba. Cuando su visión se aclaró, de pronto no reconoció el lugar.

Estaba acostado en el sofá principal de la sala en el departamento de su prima Abby. Se preguntó qué rayos hacía allí. Recuerdos difusos y un tanto

distorsionados llegaron a su mente. Lo último que recordaba con coherencia era

que estaba en un bar bebiendo sin medida.

Las chicas le habían puesto una almohada y lo cobijaron con una manta. Tragó saliva para retener la náusea que amenazaba con volver su estómago.

—¡Dios! Qué calvario. —Se presionó las sienes como si eso pudiera detener el

retumbar en su cabeza. Se incorporó y el mundo le dio vueltas. Cuando el vértigo cedió un poco, se puso en pie dispuesto a marcharse antes de que las inquilinas se despertaran. Por ningún motivo, quería darles oportunidad para reñirlo.

Logró llegar a la calle sin problemas, si no fuera por el malestar propio de una noche de excesos, se diría que se encontraba mejor que el día anterior. Como caído del cielo, un taxi pasó por la solitaria calle.

—¡Se fue! ¡Se largó y cortó conmigo con un puto *email*!

Eva entró en el despacho de Abby el lunes por la mañana y se dejó caer en la silla, al lado de la que en ese momento ocupaba Lucy.

—A mí me llamó desde el aeropuerto de Londres y, créeme, esa ha sido la llamada más corta de la historia —explicó Abby.

—¿Te cortó? ¿Cómo es eso posible si nunca anduvieron? —preguntó Lucy confundida.

—Lucinda Chávez, tienes un don especial para sacarme de quicio. —Eva se masajeó las sienas.

—Mi tía está de lo más triste. —Abby optó por cambiar de tema—. Ayer, cuando salimos a comer, Edgar aprovechó que ella estaba sola en casa para hablarle. Solo dijo que se había separado de Sara y que aceptó un traslado que desde hace meses le habían ofrecido en una filial extranjera que maneja el sobrino del señor Alcántara. Al parecer, estudiaron juntos en la facultad. Al menos eso fue lo que me comentó mi tía en la mañana cuando le dejé a Alejandra.

—No va a regresar, ¿verdad? —La rabia de Eva se mezcló con decepción.

—A corto plazo, no. Según me dijo mi tía, hasta puso en venta la casa.

—¿La tía Eugenia aceptó su partida sin cuestionar? —Lucy no podía dar crédito.

—Claro que lo cuestionó, pero mi primo se inventó toda una telenovela y la convenció de que necesitaba un cambio, así como de que era la oportunidad de su vida, que había trabajado por años para llegar a ello, etcétera, etcétera.

—Quizá lo del traslado sea verdad y nosotras no lo sabíamos —sugirió Lucy.

—No lo creo, me lo habría contado. Después de escuchar la absurda historia que le dijo a mi tía, no me cabe duda de que se sacó el bendito viaje a Londres de la manga. Y no lo culpo. En cierto modo, yo hice lo mismo, ¿recuerdan? Puse

tierra de por medio. —Se puso en pie—. No soportaba mi casa, pues a donde mirara había recuerdos de César. Cuando salía del trabajo y tenía que regresar, sentía que me asfixiaba entre esas paredes.

—¿Por qué nunca nos lo dijiste? —Eva la miró con pena.

—Porque no quería preocuparlas. Además, tenía que valerme por mí misma para salir adelante, pero la verdad es que cuando mi tía sugirió venir a

Monterrey, la idea no me desagradó, al contrario, deseaba con toda el alma un cambio de aires; lo único que me detenía eran ustedes. —Permaneció pensativa

unos minutos—. Creo que debes darle tiempo, Eva.

—Eso no fue lo que decía su estúpido correo —alegó Eva.

—¿Se puede saber qué te escribió que estás tan indignada? —Lucy tomó un sorbo de su taza de café.

—Su escueto mensaje solo decía que lamentaba su comportamiento del sábado por la madrugada, que lo disculpara si fue grosero y que me deseaba lo mejor.

—Ni hablar. Ni como hacerte falsas esperanzas ni engañarte con un «tal vez».

—¡Lucy! —la regañó Abby.

—¿Qué? Es la verdad, ese hombre no le dio la más mínima esperanza de un futuro.

—Será mejor que regrese al trabajo —fue lo único que dijo Eva y se marchó.

El tiempo siguió su curso; en la vida de las tres amigas, no había cambios representativos, en el caso de Abby, todo se reducía a su trabajo, Alejandra y la casa. Eva se concentró en el trabajo y pocas veces salía. Lucy terminó su relación con Antonio cuando se enteró de que el hombre estaba comprometido con otra al tiempo que salía con ella. De las tres era quien llevaba una vida social más activa.

—¡No puedo creer que Ale ya tenga cinco! —dijo Lucy mientras recorrían la juguetería—. ¿Crees que le gustaría esto?

—Lucy, eso es para un bebé. —Eva puso los ojos en blanco.

—¿Sí? Pensé que le gustaban los montables.

—Claro que le gustan, pero no como ese, sino como aquellos. —Eva señaló el auto eléctrico de color rosa.

—¡Wow! ¡Es idéntico al de la muñeca Barbie!

—Lucy, es el de la muñeca Barbie, pero en una versión para niñas.

—¡Es perfecto! ¡Me lo llevo!

—¿Ya viste lo que cuesta? Con el precio se le quita todo el encanto.

—No seas tacaña, Eva. Entre las dos podemos pagarlo bien en lugar de comprarle cada una un regalo de menos precio.

—Esa es la única idea brillante que has tenido en mucho tiempo. ¿No te dolió la cabeza por el esfuerzo?

—Eres mala, Eva.

—Pero así me quieres; soy la parte amarga que a ti te falta.

—Somos como el Yin y el Yang, que juntos se complementan. —Rio.

—Algo así.

—¿Entonces qué? ¿Pido el auto?

—Pues ya que, cuando algo se te mete en la cabeza, ni quien te lo saque —

aceptó Eva con fingida resignación. En el fondo, le encantaba el entusiasmo y la chispa inocente de Lucy.

Mientras esperaba a que su amiga hiciera el encargo y correspondiente pago, se

dedicó a curiosear en la sección de libros y cuentos; en un reflejo instintivo, levantó la mirada hacia el exterior de la tienda y por un instante se quedó

pasmada. Parpadeó incrédula; unas personas se interpusieron en su campo de visión y, un segundo después, él ya no estaba.

Observó todo a su alrededor, el área de comidas, las demás tiendas en el centro

comercial y nada, ni rastro.

—Seguro lo imaginé —masculló molesta.

Hacía meses que no le sucedía que, al ver un hombre alto, de cabellos oscuros y rizados, hombros anchos y ese aire indolente al caminar, su corazón palpitara

desbocado con la esperanza de que fuera Edgar.

En un principio, conservaba la fe en que él la llamaría o se mantendría en contacto, pero después de un par de correos en los que de forma muy cortés la mandaba de paseo, se dio por vencida. Poco a poco fue conformándose con saber de él a través de la tía Eugenia o Abby, hasta que dejó de interesarse por completo, por eso no se explicaba su reacción de un momento atrás cuando creyó verlo.

—Tranquila, Eva, se supone que ya estás curada de tu Edgarity aguda. No pasa

nada —se infundió valor, pues sentía las manos y las piernas temblorosas, y se odió por eso.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Ni cuenta se había dado en qué momento Lucy se había colocado junto a ella.

—Pues no lo parece. Estás pálida, como si hubieras visto un fantasma. —

Caminó hacia la salida de la tienda.

—Son figuraciones tuyas, estoy perfectamente. —La siguió fuera—. ¿Quedó arreglado el asunto del coche?

—Sí. Lo enviarán a casa, justo antes de la fiesta.

—Excelente.

—Ahora, ¿qué vamos a comer? Se me antoja comida tailandesa, ¿te parece?

—Lo que decidas, por mí está perfecto.

—¿Segura que te sientes bien? Tu comportamiento es un tanto extraño.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Estás siendo amable y no discutiste sobre la comida. Créeme, eso es para preocuparse.

—Lucinda Chávez, cierra el pico.

—¡Esa es mi chica!

Tomaron asiento en una de las mesas con sombrilla del área de comidas; Lucy se dirigió al local de recetas orientales para pedir sus platillos. Al quedarse sola, Eva experimentó un escalofrío; la sensación de ser observada era tal que se estremeció. Recorrió con la mirada a su alrededor y nada, todo, todos parecían de lo más normal.

—Aquí tienes, hermosa. —Lucy colocó los platos y después de sentarse frente a su amiga, comenzó a comer con entusiasmo—. No puedo esperar para ver la carita de Ale cuando vea nuestro regalo —comentó con la boca llena.

—Eres como una niña, Lucy.

—¿Por qué Abby y tú insisten siempre con eso?

—¿Por qué será? Mejor deja de hablar con la boca llena y come en silencio.

A pesar de su petición, Lucy siguió parloteando sobre la fiesta de Ale, el coche ruidoso del señor Pastrana, su vecino; de los últimos cotilleos de la oficina y Eva ya no supo de qué tantas cosas más, pues dejó de prestarle atención. La inquietud que se había instalado en su columna la hacía estremecer; en definitiva, alguien la observaba.

«Deja la paranoia de lado», se dijo enfadada.

—Será mejor que nos vayamos, tengo cosas que hacer.

—¿Qué? Pero dijiste que pasaríamos el resto de la tarde de tiendas, un helado y

quizá entráramos al cine.

—Lo siento, Lucy, me olvidé que tenía unos pendientes que resolver. Quédate si quieres, te dejo el auto y me vuelvo a casa en taxi.

—Me voy contigo; en este momento no me apetece el *forever alone*.

Eva sintió un poco de remordimiento por amargarle la tarde a su amiga, pero todo ese asunto del aparecido y la sensación de ser vigilada acabó con su reserva de resistencia.

Una vez en casa, el entorno familiar terminó por calmarla. Trabajó en los reportes de rendimiento, productividad y puntualidad de los empleados para la elaboración del bono trimestral. Los números y las cuentas tenían la particularidad de relajarla.

A la mañana siguiente, no perdió tiempo en sumergirse en el trabajo. El

ambiente en la empresa estaba un tanto caldeado a raíz del repentino infarto que, días atrás, había sufrido el señor Alcántara, accionista mayoritario de la compañía. La incertidumbre sobre el rumbo que tomaría Marketing & Media tenía a todos temerosos por perder su empleo.

—¿Ya supieron la última novedad? —Lucy entró en el despacho de Eva, en el cual estaban reunidas Abby y dos secretarías más—. El médico le prohibió al señor Alcántara regresar a trabajar, por lo que su sobrino ocupará su lugar.

—¿Y cómo te enteraste tú de ello? —cuestionó una de las secretarías.

—Rita, del Departamento de Recursos Humanos, me pidió que redactara un comunicado en el que se convoca el próximo lunes a las diez de la mañana a junta extraordinaria a los accionistas para presentar de forma oficial en el cargo

al dichoso sobrino. Dicen que es un hombre implacable, «La guillotina Alcántara» es como lo apodan.

—¡Dios!, debe ser terrible para que le digan así —se mofó Abby con sarcasmo.

—No te burles. Si supieras todo lo que se dice de él, temblarías —alegó Lucy molesta.

—En ese caso, será mejor que me ponga a trabajar antes de que *la guillotina* me corte la cabeza. —Abby se puso en pie, con una sonrisa socarrona recogió los documentos que Eva le había entregado y se marchó a su oficina.

La media jornada laboral correspondiente a los sábados transcurrió en tenso silencio. La incertidumbre sobre el futuro tenía a todos con los nervios de punta.

Las tres amigas habían quedado en ir de compras para reunir todo lo necesario para la tardía fiesta de cumpleaños para Alejandra. A causa de la varicela, el festejo se había pospuesto un mes, después, por un inesperado viaje de

negocios

de Abby, habían tenido que programarla para mediados de noviembre; entonces

la tía Eugenia enfermó de bronquitis y la pospusieron para dentro de una semana.

Sin perder tiempo, salieron de la empresa con rumbo al centro comercial.

—Por poco y vaciamos la tienda —comentó Lucy satisfecha por todo lo que habían adquirido—. ¿Qué vamos a comer? Yo quiero pizza estilo italiana.

—Por mí está bien, siempre y cuando no tenga carnes frías. —Eva tenía una extraña alergia a los embutidos.

—¿Te parece que pida una Cuatro Estaciones? —Eva asintió con la cabeza y Abby secundó—. Perfecto, ustedes aparten mesa y yo me encargo del resto.

Las chicas disfrutaron de buena comida acompañada de cuchicheos de pasillo.

Lucy las puso al tanto de todo lo que se rumoreaba sobre el misterioso sobrino del señor Alcántara.

—¿Alguien gusta una malteada? —preguntó Lucy sonriente.

—¿Estás loca? ¿Qué le haces a la comida? En verdad no entiendo dónde te cabe tanto, yo estoy que exploto —expuso Eva al tiempo que sobaba su barriga.

—Yo paso, estoy más que llena —comentó Abby con una mueca que evidenciaba desagrado ante la idea de comer algo más.

—Ustedes se lo pierden. —Lucy se levantó y de prisa se encaminó a la fuente de sodas. Al instante regresó con una enorme malteada de cajeta.

—Lo dicho, esta mujer es un raro espécimen; come como puerco y mantiene la figura de un cisne.

—Detecto cierto tono de envidia en tu voz, Eva. —Tomó un largo sorbo de su bebida.

—Por supuesto que me da envidia, ¡yo engordo con solo ver la comida!

—Eso no es verdad. De vez en cuando te das tus gustitos y la verdad es que estás muy bien. Ya quisiera yo esas curvas de infarto. En cambio, me parezco a esas modelos anoréxicas y flacas por todos lados.

—Te odio, Lucinda Chávez.

—Y yo te adoro, Eva María Velasco.

—¿Siempre son así? —preguntó Luis, un chico de reciente ingreso en la empresa que llegó a saludarlas justo en el momento del «altercado».

—Son peores, ahora estás presenciando una versión light —cuchicheó Abby con una sonrisa.

—¿Qué te trae por aquí, Luis? —cuestionó Lucy al recién llegado. El chico y

Eva intercambiaron una mirada cómplice, por lo que la chica preguntó—: Supongo que esto no es una coincidencia, ¿verdad?

—Invité a Eva al cine y ella me citó aquí. Dijo que tenían que hacer unas compras y que lo mejor era que nos viéramos acá.

—Oh, ¡una cita!

—No es una cita, Lucy —masculló Eva molesta—. Es solo una salida al cine.

—Pues a mí me parece una cita —insistió.

Luis soltó una carcajada ante las ocurrencias de la chica.

—Supongo que sí lo es. Para que sea una cita en toda regla, al terminar la función, te llevaré a cenar —ofreció él a Eva con ojos alegres.

—¿Qué? No puedo, quedé de cenar con la tía Eugenia —se excusó.

—Qué lástima, me habría gustado...

—Si gustas, puedes quedarte a cenar con nosotras; estoy segura de que a la tía

Eugenia le agrada tener un invitado más —sugirió Abby e ignoró la mirada fulminante que Eva le lanzó.

—Estaré encantado. Gracias, Abby.

—Luis, ¿serías tan amable de traerme una soda?, por favor —pidió Eva con la sonrisa más deslumbrante de su repertorio.

—Pero si hace un momento dijiste que estabas llena... —comenzó Lucy y guardó silencio ante la mirada atroz que le dedicó su amiga.

—Resulta que ahora sí me apetece.

—¿Oscuro o de sabor? —preguntó el chico con esa sonrisa adornada por un par de hoyuelos que le conferían un aspecto de niño bueno.

—Coca-Cola *light*, por favor.

—¿Alguien gusta algo más? —ofreció amable.

—No, gracias —espetó Abby.

—Enseguida vuelvo.

En cuanto Luis estuvo a distancia suficiente para no escuchar, Eva se apresuró en aclarar:

—Lucinda, deja de jugar a cupido. Esto no es una cita, ya te dije que...

—Sí, ya lo sé, que solo es «una salida a».

—Exacto.

—Pues para no ser nada, ya llevas bastantes «salidas a», ¿no te parece? Solo una salida al café, una al museo, otra al cine —enumeró con los dedos.

—Lucinda, métete en tus propios asuntos.

—No te enojés, Eva. Me da gusto que por fin te hayas dado la oportunidad de salir, de conocer a alguien. Ya era hora de que regresaras al mercado matrimonial.

—¿Matrimonio? Yo paso.

—Vamos, Eva, hace tanto que no sales con un hombre que temo que te oxides.

—Si de eso se tratara, entonces Abby estaría atrofiada —atacó.

—¡Ah, no! A mí no me embutan en sus líos. Mi vida está perfecta como es —renegó la aludida.

—¿Lo ves? Tú tienes la culpa. —Lucy señaló a Abby con dedo acusador—.

Por lo visto, esa aversión a los hombres es contagiosa.

—Sí, así que será mejor que huyas antes de que te contamines con la peste —contestó Eva haciendo gala del sarcasmo.

—Chicas, dejen de discutir al menos un instante. Parecen niñas peleando por un peluche —externó Abby y puso los ojos en blanco.

—Aquí está tu soda, linda. —Luis había llegado hasta ellas.

—Gracias. —Recibió la bebida—. Creo que mejor nos vamos. Apenas tenemos el tiempo justo para entrar a la función.

—Claro, como digas, hermosa. Chicas, ha sido un gusto charlar con ustedes.

—Igualmente, chico —expresaron al unísono.

—Nos vemos en la cena —se despidió él.

Lucy y Abby permanecieron en silencio mientras observaban a la pareja alejarse rumbo a las salas de cine.

Capítulo VI

Una vez en el auto, Lucy expresó en voz alta la pregunta que llevaba rato carcomiéndole las entrañas:

—¿Crees que por fin lo olvidó?

Abby no necesitó que su amiga dijera nombre para saber a quién se refería.

—Eso espero, Lucy, por su bien, roguemos por que así sea.

Las chicas llegaron a la casa de la tía Eugenia cargadas de bolsas y paquetes.

—¿Qué tal les fue? Parece que compraron toda la tienda. —La tía las recibió con su característica sonrisa cálida.

—Lo sé, tía, pero hay tantas cosas. Espera a ver los vasos tan monos que compré. Estoy segura de que Ale se volverá loca —externó Lucy entusiasmada.

Desde hacía años, a petición de Eugenia, las chicas la llamaban tía.

—Por cierto, ¿dónde está mi niña? —preguntó Abby y colocó su bromosa

carga en un sofá.

—Justo estaba por salir a buscarla. Marbella la invitó a jugar, incluso Dinorah me llamó hace un momento para preguntar si podía quedarse a cenar, pero le dije

que no estabas en casa, por lo tanto, decliné la invitación.

—¿Desde cuándo necesitas que esté en casa para dejarla cenar en casa de los Assad? —preguntó Abby extrañada de la actitud de su tía. Marbella era compañerita de Alejandra en el kínder y eran muy unidas.

—Lo que pasa es que les tengo una sorpresa y quiero que la niña esté presente

—explicó avergonzada.

—¿Una sorpresa? —repitió Lucy con entusiasmo casi infantil. ¿Qué es, tía?

—Si te lo digo ya, no será sorpresa, así que tendrás que esperar.

—Está bien, tía. En lo que tú vas por Ale, Lucy y yo aprovecharemos para dejar las bolsas en el apartamento.

—Sí, necesito cambiar mi blusa. —Lucy pasó los dedos por una mancha color caramelo.

—Déjame adivinar; maleada de cajeta, ¿qué no?

—¿Cómo supiste, tía?

—¿Por qué será, Lucy? —ironizó Abby—. Vamos, que se nos hace tarde para preparar la cena. Por cierto, tía, tendrás un invitado más a cenar. —Se extrañó del gesto de perplejidad en el rostro de Eugenia.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó la tía cautelosa.

—Simple, tía, porque ella lo invitó —intervino Lucy.

—Espero que no te moleste. Eva y Luis se nos unirán al terminar la función.

—Ah, Luis. —Respiró aliviada—. Ese muchacho me cae bien.

—Si solo lo has visto una vez —comentó Lucy.

En una ocasión en que la pareja regresaba de ir a tomar un café, se habían encontrado en la puerta de los apartamentos con la tía, Eva los presentó y Eugenia invitó al chico a quedarse a cenar. El joven había aceptado encantado.

—Por el momento me bastó con ello para formarme una idea de cómo es y puedo decir que me gustó lo que vi —dijo Eugenia.

—Sí. Luis es un muchacho muy agradable —complementó Abby.

—Me voy, chicas, Ale debe estar esperándome.

—Nos vemos en un rato, tía.

Entre plática amena, uno que otro cotilleo y unas cuantas risas a causa de las ocurrencias de Lucy, las tres preparaban la cena.

Justo Abby colocaba la ensalada sobre la mesa cuando sonó el timbre. Se preguntó quién sería. Se dijo que no podían ser Eva y Luis porque la función apenas estaría llegando a su fin.

—Yo voy —gritó a las mujeres que permanecían en la cocina dando los últimos detalles a la cena. Abrió y se quedó pasmada al descubrir a la persona que estaba detrás de la puerta—. ¡No puede ser! ¡Eres tú! —En un santiamén, se

vio levantada del piso y aprisionada en un fuerte abrazo—. ¿Cómo estás?

¿Cuándo volviste? ¿Por qué no avisaste para ir por ti al aeropuerto?

—Una pregunta a la vez, linda. —Edgar sonrió de medio lado y una vez más besó la mejilla de Abby—. Estás estupenda. —La hizo girar para observarla a detalle—. Cada día que pasa, te pones más bella.

—Y por lo visto, a ti no se te ha quitado lo adulator.

—¡Oye! Si no es gripa.

Los dos rieron encantados de volver a verse.

—Por cierto, ¿dónde está mi sobrina? Ardo en deseos de abrazarla. La última vez que la estreché contra mí era solo un bebé.

—Está en la sala de televisión. Le dará gusto verte en persona y no a través de un aparato electrónico.

De vez en cuando, Edgar se comunicaba con su madre por videollamada y conversaba también con Alejandra.

—Ale, ven a ver quién vino a visitarnos —Abby llamó a su hija.

—¡Tío! —gritó la niña emocionada y se arrojó a sus brazos—. ¿Me trajiste muchos regalos?

—¡Alejandra! Esas cosas no se preguntan —la regañó su madre.

—Déjala, es una niña. —Edgar centró su atención en la pequeña—. Por supuesto, preciosa. Los tengo en el auto. —Colocó a la niña en el piso—. ¿Me esperas un segundo en lo que los traigo?

—¡Sí!

Eugenia salió de la cocina y se fundió en un emotivo abrazo con el hijo ausente. El reencuentro fue tan conmovedor que a Abby se le escapó una solitaria lágrima.

—Mami, ¿puedo ir con el tío Edy a por mis regalos? —preguntó Alejandra al tiempo que ponía esa expresión que sabía derretía el corazón de su madre.

—Está bien, cielo. Vamos al auto por tus obsequios. —Tomó a la niña de la mano y juntas se encaminaron fuera.

La niña no dejaba de atiborrar al hombre con preguntas, a lo que él respondía con absoluta paciencia. De regreso en la casa, Alejandra se regocijó deshaciendo las envolturas de los obsequios que su tío le había traído de los diversos lugares que había visitado en su larga ausencia.

Era imposible no contagiarse del entusiasmo de la niña, sin embargo, en ese momento se acordó de Eva, levantó el rostro y se encontró con la mirada interrogante de Lucy, al parecer las dos pensaban en lo mismo. Con disimulo, se

puso en pie y se dirigió al lugar donde dejó el móvil; como por arte de magia, el aparato comenzó a sonar.

—Hola, Eva.

— *Hola, hermosa. Di a la tía Eugenia que comiencen sin nosotros. Sucedió un*

accidente y el tráfico está muy lento. No sé cuánto tiempo permanezcamos estancados.

—¿Todo bien?

— *Sí, claro. El asunto, por fortuna, no parece grave, pero ya sabes cómo es esto. Hasta que no llega la grúa y retira los vehículos, el tráfico está de muerte.*

Abby, tengo que dejarte, la batería está agotada y el móvil está a punto de apagarse.

—Está bien, yo le digo a la tía.

— *Gracias.* —Eva colgó.

—¿Qué sucedió? —preguntó Lucy preocupada.

—Nada grave. Hubo un accidente y que están atrapados en el tráfico —
respondió sin demora.

—¿Están bien?

—Sí. El accidente no fue con ellos.

—Gracias a Dios.

—Tía, Eva me pidió que te dijera que comenzáramos la cena sin ellos.

—Ni hablar, solo espero que no tarden mucho en llegar. Seguro que deben estar hambrientos.

—Yo lo estoy.

—Lucy, tú siempre lo estás. Es parte de tu estado natural —recalcó Abby sarcástica.

En un momento dado, Abby se las ingenió para mandar un wasap a su amiga.

Escribió con rapidez escondiendo el aparato debajo de la mesa. Rogó al cielo para que la batería del móvil de Eva durase hasta que viera el mensaje.

La cena transcurría entre anécdotas graciosas, preguntas sobre los viajes y lugares que Edgar había visitado, qué habían hecho cada cuál durante el tiempo

de separación, así como cuánto había crecido Alejandra.

Estaban en el segundo plato cuando llamaron a la puerta; Abby se levantó como impulsada por un resorte para ir a abrir, pero Alejandra, más ágil, se le

adelantó y, en un santiamén, Eva y Luis ya estaban en la entrada al comedor.

Eva palideció; luego de la sorpresa inicial, se puso rígida y evitó mirar al hijo pródigo. Luis, ajeno a al sentir de la chica, la tomó por la cintura y la guio a la mesa para saludar a la anfitriona.

—¡Luis! ¡Qué gusto! —expresó Eugenia al tiempo que se ponía de pie, entonces el joven le dio un beso en la mejilla.

—¡El gusto es mío, señora! Gracias por la invitación.

—Ni que lo digas, ya sabes que esta es tu casa. Por cierto, déjame presentarte a mi hijo, Edgar. Acaba de regresar de pasar una muy larga temporada en el Viejo

Continente.

—Mucho gusto. Luis Martínez.

—Edgar Echeverría. —Sin mucho entusiasmo, aceptó la mano que el joven le ofreció.

—Siéntense. ¿Qué tal la función? —Como buena anfitriona, Eugenia les puso enfrente las fuentes con los alimentos para que se sirvieran a su gusto.

—Excelente, jamás me imaginé quién era el asesino —comentó Luis con entusiasmo.

A partir de ese momento, el peso de la conversación cayó sobre Eugenia; Alejandra, que hablaba sin parar del poni que el padre de Marbella le había comprado a su amiga; Luis y Lucy. En algunas ocasiones, Abby intervenía; tanto

Eva como Edgar permanecían en tenso silencio y solo respondían cuando se les

preguntaba.

En un momento dado, la niña se acurrucó en brazos de su madre y se quedó dormida.

—Creo que es hora de que lleve a Ale a su cama —dijo Abby.

—Será mejor que me vaya, ya es algo tarde y mañana tengo que madrugar; me toca partido —expresó Luis con orgullo—. No se te olvide, linda, quedaste en ir

a echarme porras.

Eva se sonrojó ante la mirada inquisidora que le dirigieron sus amigas.

—Te acompaño al auto —fue lo único que se le ocurrió a Eva para salir del paso.

Luis se despidió de la anfitriona y de las chicas con un beso en la mejilla, con Edgar lo hizo de mano y salió tras Eva.

—Gracias por esta noche tan maravillosa. Ya quedamos mañana, así que nada de echarse para atrás, bonita. —Luis se inclinó para darle su habitual beso en la mejilla, pero Eva giró el rostro y lo recibió en los labios.

El chico sonrió complacido y, sin decir más, subió al auto y se marchó. Eva permaneció en la acera incluso después de que el vehículo se perdiera en la distancia. Pasados unos minutos, entró en el edificio enfadada consigo misma por haber permitido que las cosas llegaran demasiado lejos.

No era su intención salir con Luis en plan de cita, mucho menos ir al partido como la novia entusiasta; ni qué decir del beso.

A ella sí le gustaba Luis, era un joven agradable y divertido, pero era menor que ella y eso le suponía un verdadero conflicto; se sentía como una especie de

asaltacunas.

Pensó en su actitud de hacía un momento. No quería preguntarse el motivo para semejante arrebato, pues temía exteriorizar la respuesta que, por desgracia, de sobra conocía.

Ensimismada, no se percató del hombre que caminaba hacia ella hasta que chocó con él de frente.

—Yo... lo siento. No...

—No pasa nada, Eva.

Ella odió el efecto que esa voz tenía sobre sus emociones. Años de separación y él seguía teniendo el poder de afectarla. Eso sí que le pareció patético.

Decidida a ignorarlo, levantó el mentón, se hizo a un lado y expresó un escueto «Buenas noches, Edgar».

—Buenas noches, Eva.

Echa un manojo de emociones encontradas, lo vio alejarse. El eco de la profunda voz quedó clavado en su piel burlándose de lo absurda que era la situación. Cuando por fin empezaba a pensar en la posibilidad de salir y tratar a otros hombres, regresó el único que no la quería y que tenía el poder de aniquilarla con solo una mirada.

—¡Solo somos amigos! —expresó Lucy como burla y con voz exagerada para recalcar las palabras de su amiga.

En cuanto entró en el ático, las chicas la atacaron con preguntas a las cuales no tenía ganas de contestar.

—En verdad, chicas, estoy cansada y, como ya escucharon, mañana me toca partido. —Se encerró en su habitación a pesar de las protestas de Lucy.

A la mañana siguiente, cuando Eva se marchó, tanto Abby como Lucy permanecían dormidas, cosa que agradeció al cielo. Estaba de un humor de lo más negro; no había podido dormir a causa de dos hombres; uno al cual no sabía

cómo alejar sin romperle el corazón, y otro al que quería de regreso en el Viejo Continente cuanto antes.

Después de comer, Abby sugirió a su tía y a Lucy ir al centro comercial a pasar

la tarde.

—Podemos ir de tiendas, además, estará el Santa de cada año recibiendo las cartitas de los niños y Ale quiere ir, incluso quedó de verse con Marbella allá.

Al llegar al lugar, se reunieron con Dinorah y Marbella, pasearon un rato y las niñas hicieron fila para sentarse en las piernas del anciano de blancas barbas y susurrarle al oído sus deseos para Navidad.

—¿Y tú qué pediste? —preguntó Marbella al tiempo que mordisqueaba un *cupcake* de chocolate.

—Eso no se pregunta —respondió Alejandra enfada—. ¿Acaso no ves que si te

lo digo no se me concederá?

—No hace falta, ya sé lo que pediste —expresó la pequeña con altanería.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Obvio, un papá. Eso es lo que quieres desde hace rato, ¿qué no?

Abby escuchaba en silencio el intercambio entre las niñas; ante el último comentario de la precoz Marbella, palideció. Era consciente de que su hija

llevaba tiempo sacando a colación el tema de los papás, pero no sabía con exactitud el grado de afectación que la ausencia de dicha figura tenía en su pequeña.

El lunes por la mañana, el ambiente en la empresa estaba muy cargado. Los empleados iban y venían con disimulado nerviosismo. Abby estaba inmersa en el cierre de una magnánima campaña para un grupo cervecero. Desde que su jefe,

el licenciado Rodríguez, se había ido de vacaciones, ella estaba a cargo de todo, lo cual no era muy diferente de cuando él estaba presente en la oficina.

En los últimos meses, el licenciado le había delegado obligaciones al grado que, prácticamente, era ella quien manejaba esa oficina. El hombre solía decirle:

«Estoy con un pie en la jubilación, así que es mejor ir entrenándote mientras pueda, porque no te quepa duda, jovencita, que tú serás mi reemplazo».

Abby adoraba a su jefe y sus originales ocurrencias. Tanto él como su esposa eran muy amables y cariñosos con ella. Tenían cuatro hijos, ya todos casados y lejos de casa, por lo que tanto ella como Alejandra eran una especie de familia sustituta.

—¿Se puede? —Edgar estaba recargado en el marco de la puerta.

—Claro, pasa. ¿Qué te trae por acá?

—Vine acompañando al sobrino del señor Alcántara. —Tomó asiento.

—Entonces, ¿es verdad que va a hacerse cargo de la compañía?

—Sí, esa es la idea.

—¿Y tú? ¿Qué vela tienes en este entierro?

—Va a proponerme en la junta como su mano derecha.

—¡Vaya! Eso sí que es llegar alto.

—He trabajado duro para conseguirlo —se quejó.

—¡Felicidades!

—Gracias, prima. Ahora tengo que irme, me esperan en sala de juntas. Solo pasé para saludarte.

—Suerte con los vejstorios. No creo que les agrade que un muchacho venga a cambiar lo estipulado.

—Qué bien los conoces.

—Lo suficiente para saber que repelen todo lo que tenga que ver con cambios y actualizaciones.

—Me voy. ¿Tienes chance de compartir el almuerzo o...?

—Quedé con las chicas y Luis, pero si gustas puedes unirtenos.

—Creo que mejor paso —dicho eso, se marchó.

—¿Se puede saber por qué tardaste tanto? —cuestionó, ceñudo, Víctor Alcántara nada más ver aparecer a Edgar—. Los viejos están impacientes por descuartizarme y mi mano derecha se da el lujo de irse de tour por la empresa.

—Tranquilo, ya estoy aquí. Bájale dos rayitas a tu neurosis, verás como todo sale bien. Tu tío es el accionista mayoritario y si a ello le sumamos el porcentaje personal que posees, eso te hace invencible, así que, lo que esos señores digan es irrelevante y esta junta es solo un mero formalismo para hacerlos sentir que su

opinión importa, aunque la realidad sea muy distinta.

—¿Ves por qué te necesitaba aquí? Solo tú tienes un retorcido sentido de ver la

vida.

—Solo soy práctico, amigo, nada más que eso.

La junta, tal y como vaticinó Edgar, transcurrió en relativa calma, los accionistas mostraron su desacuerdo en varias de las propuestas de Víctor, pero

al final no opusieron resistencia.

—Si les parece bien y ya para terminar, me incorporaré de lleno al cargo cuando mi tío sea dado de alta, lo cual será a más tardar en una semana.

—No hay inconveniente, dale a Marcos un saludo de mi parte y dile que luego paso a verlo —pidió Cázares, amigo de su tío de toda la vida.

—Por supuesto. —Víctor recibió con estoica resignación los consejos y felicitaciones de los accionistas.

En cuanto pudo zafarse, de los accionistas, se dirigió a los elevadores al tiempo que se preguntaba en dónde rayos se había metido Edgar. Mientras esperaba a que las puertas se abrieran, lo divisó al final del pasillo abrazando a una chica rubia.

Edgar lo vio, se despidió de la mujer y le dio alcance.

—¿Acaso no dijiste que tu adorado tormento era una pelirroja? —increpó Víctor sin despegar la vista de las puertas metálicas.

—Y lo es, esa chica es mi prima, Abby.

—¿Abby? ¿Trenzas de pelos de elote?

—Vaya, veo que la recuerdas. Pues sí, es ella, trabaja para tu tío desde hace más de cinco años.

—Ah —fue su escueta respuesta.

—Abby, ¿tienes un minuto?

—Claro, Rita, pasa —ofreció a la recién llegada. Al estar el licenciado Rodríguez de vacaciones, Abby ocupaba el despacho de su jefe.

—Supongo que ya imaginas de qué vengo a hablarte —comenzó.

—La verdad es que si no es del nuevo jefe, porque desde hace días no se habla

de otra cosa, no, no tengo ni idea —reconoció Abby.

Rita sonrió; por un instante, había olvidado con quién estaba. La chica era conocida por ser impecable en su trabajo, pero apática a todo lo demás, lo que incluía los chismes de pasillo.

—Me extraña que Lucy no te haya puesto al corriente de los cotilleos del radio

pasillo —bromeó.

—No ha tenido tiempo, si no, ten por seguro que estaría aquí sentada parloteando sin parar —aseguró.

—Tienes razón, con lo de la junta estuvo muy apurada sirviendo cafés y galletas. Y posterior a eso, redactando informes. En fin, el caso es que la cena de fin de año está a la vuelta de la esquina y en esta ocasión le toca a tu departamento la organización de esta.

—¡Qué buena noticia!

—Ni tanto. El joven Alcántara adelantó la fecha y tienes una semana para dicha labor. El jefe pidió que se realice el día once, por lo que...

—¿Qué? ¿Una semana? —Entonces cayó en cuenta de algo peor—. ¿El once?

¡No puede ser! ¡Ese es el día en que se hará la fiesta de Alejandra!

—Lo siento, Abby, pero tendrás que cambiarla. De sobra sabes la importancia de la cena.

—Sí, pero ¿tienes idea de las veces que he pospuesto la bendita fiesta? —Se puso de pie, llena de rabia—. ¿Cómo le explico a mi hija que su fiesta será pospuesta por cuarta vez?

—¿Qué te puedo decir? Trabajo es trabajo.

—Todavía no conozco al dichoso sobrino y ya lo aborrezco.

—Gajes del oficio, linda. Te dejo la información del presupuesto y demás para

que te coordines con tu equipo y comiencen con la planeación. —Se puso en pie

—. Siento lo de la fiesta de tu hija, pero es más fácil que cambies el día a pretender mover un evento empresarial de tal magnitud. En la junta ya se hizo la invitación a los accionistas, solo esperan la confirmación del lugar.

—Odio cuando tienes razón, y odiaré más ver la decepción en la carita de mi hija cuando le dé la noticia.

—Ni hablar, esto es parte del *show*.

En cuanto Rita abandonó el despacho del licenciado, Abby lo llamó para contarle la noticia.

— *Buenos días, Abby* —saludó el licenciado—. ¿Qué sucede, linda?

Por acuerdo tácito, se acordó que Abby no lo molestaría a menos de que se

tratara de una emergencia o un caso de suma importancia.

—Buenos días, licenciado. Iré directo al grano; tocó a nuestro departamento la organización de la cena de fin de año, así que ocupo su permiso...

— *Linda, tienes mi permiso absoluto para hacer lo que te dé la gana* —

interrumpió—. *Confío a ojos cerrados en ti y agradezco el que me des mi lugar al avisarme, aunque los dos sabemos que no me necesitas para nada. Está más que comprobado que eres capaz de arreglártelas sola.*

—Gracias, licenciado. El problema es que el nuevo jefe adelantó la fecha del festejo. Del dieciséis lo cambió al once.

—¿Dio solo una semana para organizarlo todo? ¡No puede hacer eso!

—Sí, puede y lo ha hecho. Acaba de irse Rita, me ha dejado los formatos con el presupuesto del cual disponemos y algunos de los teléfonos de los proveedores como el *catering*. Ya tengo algunas ideas que me gustaría presentar...

— *Esa es mi chica. Estoy seguro de que podrás con el paquete. Esto no es nada a comparación de lo que hemos pasado con algunas campañas.*

—Tiene razón. En contraposición de lo pasado con la cervecería, esto es pan comido —aceptó con una sonrisa.

— *Cualquier cosa, estoy a tus órdenes.*

—Gracias.

— *Al contrario. Nos vemos en una semana.*

—Qué disfrute del resto de sus vacaciones.

— *Eso pretendo, linda.*

—Saludos a la señora Rodríguez.

— *Hasta entonces.* —Colgó.

Capítulo VII

Abby tomó una gran bocanada de aire y se mentalizó para lo que venía.

Levantó el auricular y marcó la extensión de su secretaria.

—Maya, ¿serías tan amable de convocar a junta?

Cada año, la organización de la famosa cena era sorteada entre los distintos departamentos de la compañía y, cada cinco, se hacían votaciones para definir cuál había sido la mejor fiesta. Al equipo ganador se les obsequiaba un generoso bono como premio.

—*¿Para cuándo la quieres?*

—Ahora mismo. Diles que en cuanto les sea posible, los quiero reunidos aquí.

—*Sí, jefa, estaremos allí. ¿Algo más que necesites ?*

—Mucho café, al parecer, esto va a tardar bastante. —Colgó.

Una vez reunido su equipo, Abby comenzó:

—Como ya les anunció Maya, este año nos tocó la organización de la cena y

da la casualidad de que también toca votaciones, así que tenemos que

esforzarnos porque quiero ese bono, ¿entendido? —expresó con una sonrisa depredadora.

—Sí —fue la respuesta a coro.

—Contamos con dos semanas, eso es más que suficiente para planear algo

espectacular —comentó Oscar.

—Lamento contradecirte, pero solo tenemos una. El nuevo jefe decidió adelantar el festejo.

—¿Qué? ¿Es eso posible? Siempre se realiza el tercer fin de semana de diciembre —replicó Joaquín de mala gana.

—Pues este año no será así. Chicos, tenemos sobre la mesa un reto grande.

Vamos, quiten esas caras, no es la primera vez que trabajamos bajo presión con

plazos cortos y forzosos.

—Eso sí —reconoció Oscar.

Durante la primera hora se discutió sobre la temática que vestiría el evento; una vez acordado, se siguió con el presupuesto y tareas de cada uno respecto a la planificación y materialización.

Al terminar la jornada, se reunió con sus amigas para marcharse a casa. Fuera, el frío calaba hasta los huesos; en las calles se notaba el ambiente festivo. Los escaparates de las tiendas exhibían preciosos adornos y el fulgor navideño se percibía en cualquier parte.

—Estoy muerta. Hoy sí que desquité cada peso que me pagan —se quejó Lucy mientras se dirigían al auto. Después comenzó a parlotear sobre los chismes más

jugosos de la junta: que si X estaba peleado con Y...—. Vamos, Abby, tienes que adelantarnos algo —pidió respecto a la cena.

—No.

—¿Lo ves, Eva? ¡Es cruel! —Subió a la parte trasera del vehículo haciendo un

puchero.

—Lo siento, Lucy, pero tendrás que esperar como el resto hasta que se haga el anuncio oficial de la temática escogida.

—¡Eres mala, Abigail Santos! —Sacó la lengua para evidenciar su desaprobación.

—Lo mismo me dirá Ale cuando le cuente que su fiesta se retrasará una semana.

—Tienes razón, no había caído en cuenta de ello. Maldito guillotina y sus maquinaciones.

—Lucy, el joven Alcántara no tiene por qué saber ni tener en cuenta los planes de sus subordinados, por mucho que lo deteste, tengo que acatar órdenes, que para eso me pagan.

—Aun así, eso no le da derecho a explotarnos.

—Está bien, solo diré que la temática de la cena será de época.

—¡Genial! Vestidos largos, peinados altos o con pelucas con emplumados. ¡Me

encanta! —se entusiasmó Lucy.

Para Abby no pasó desapercibida la falta de reacción por parte de la pelirroja que, contrario a Lucy que se había sumergido en el celular en busca de su disfraz, permanecía en pensativo silencio.

—¿Te encuentras bien? —miró con preocupación a Eva.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Ayer ya no pudimos hablar de cómo te fue con Luis en el partido y has estado muy retraída.

—No es nada. Y en cuanto al partido, estuvo bien; me presentó a sus compañeros de equipo y después nos fuimos a comer con ellos a un restaurante y

de allí a un bar. Nada fuera de lo común.

—Entonces, ¿has aceptado andar con él?

—No del todo. Abby, es más joven que yo.

—Eso no significa nada, amiga. Estás estupenda, eres una belleza despampanante, estoy segura de que cualquier hombre estaría más que feliz por estar contigo...

«Díselo a tu primo», pensó Eva, en cambio, solo dijo:

—El comal le dijo a la olla. Tu sí que eres una belleza, amiga. Esos ojos verdes son un sueño y qué decir de tu porte elegante y de tu arrolladora presencia. Eres la materialización de la envidia femenina.

Abby rio; al instante guardó silencio, pues regresó la duda que, desde la noche de la cena en casa de su tía, estaba atormentándola.

—Eva, sé que quizá esté metiéndome donde no me llaman, pero ¿cómo estás respecto al regreso de mi primo?

Eva soltó un resignado suspiro. Sabía que solo era cuestión de tiempo para que

el tema se tocara.

—La verdad es que no lo sé. —Antes muerta que reconocer en voz alta que ese

hombre seguía teniendo la facultad de fastidiarla.

—¿Vas a darte una oportunidad con Luis? Amiga, si lo que te detiene es el prejuicio de la edad, olvídalo, es tu vida y no tienes que dar cuenta a nadie de ella.

—Gracias, Abby. Lo pensaré. Luis me dijo que está dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario.

—Entonces, sí que debe de quererte.

—O quizá solo es el cliché de salir con una mujer mayor.

—¡Eva! Ni que fueras una anciana, además, solo le llevas un par de años. No es para tanto.

Un relajado silencio prevaleció en el auto. Lucy estaba inmersa en el celular, Eva conducía y Abby se dedicó a mirar por la ventana.

Hablar con Alejandra no fue tan difícil como lo supuso, claro que ayudó el hecho de que la niña aún no tuviera un claro sentido del tiempo ni del paso de los días; al final Abby ni siquiera tuvo que decirle que se había cambiado la fecha.

El resto de la semana, Abby y su equipo se dedicaron al cierre de campañas y a

la fiesta. Eva salía casi todas las noches con Luis, ya fuera al café o a cenar.

Cuando se encontraba con Edgar en casa de Eugenia o en la empresa, ambos se

saludaban con un escueto «Qué tal».

Un día antes de la bendita cena, Abby aún buscaba el modo de zafarse de dicho

evento.

—Abby, sé que este tipo de reuniones te desagrada y te trae malos recuerdos,

pero tienes que asistir. No puedes eludirlo por el simple hecho de ser la organizadora —comentó Eva mientras terminaba su café. Estaban en la cafetería

que estaba a unos pasos de la empresa. Tenían la tarde libre para ultimar detalles como el vestuario.

—Es verdad, eres la mente maestra —secundó Lucy.

—El mérito no es solo mío —reconoció.

—Por favor, para nadie es un secreto que el genio detrás de todo eres tú —recalcó Lucy llevándose un pedazo de pan de zanahoria a la boca.

—Tenemos que ir a buscar nuestros vestidos cuanto antes; no quiero que se nos

venga el tiempo encima y tener que hacerlo todo a última hora y con prisas —expresó Eva.

—Muero de ganas por ver cómo quedó el mío con las modificaciones que pedí.

—Lucy sonrió como un gato que está a punto de engullir un rico tazón desbordante de leche.

A unas horas de la cena, las tres chicas se movían frenéticas de un lado a otro de la habitación, se abrochaban los corsés unas a otras y se ayudaban con las enaguas.

—Gracias a Dios que no viví en esa época. Es un engorro la ropa interior y esto está asfixiándome —se quejó Eva.

—Para mí sería lo mejor que pudiera haberme pasado —aseguró Lucy—. Me gustaría tener muchas doncellas que me ayudaran a vestirme y un guapo caballero cortejándome con flores y cartas llenas de poesía.

—Lucinda, pon los pies en el suelo. Eso solo pasa en las novelas que tanto te gusta leer.

—Eva, no seas cruel, déjala soñar que, por lo menos esta noche, es una joven dama casamentera a la espera de su príncipe azul —intervino Abby al tiempo que se empolvaba el rostro.

—¿Lo ves? Abby sí me comprende.

—Abby es un alma noble, capaz de adorar a todas las criaturas del universo.

¿Podrías abrocharme esto? —Se colocó de espaldas para que Lucy abotonara el

vestido.

—¿Qué tal?

—Eva, estás... —Lucy la miraba con los ojos desorbitados por la sorpresa.

Abby giró el rostro y posó su atención en la pelirroja. Le causó gracia que Lucy se quedara sin palabras y, al ver a su amiga, entendió por qué.

Eva llevaba un vestido del color de los melocotones maduros. El corsé mostraba un esbelto talle coronado por unos senos carnosos envueltos en suaves

encajes. La blanca piel resaltaba y le daba el aspecto de una grácil estatua de marfil. Los rizos pelirrojos, colocados en un elaborado recogido, enmarcaban

su

rostro con perfecta maestría.

—¿Qué? ¿Tan ridícula me veo que hasta Lucy enmudeció? —Lucy la giró para colocarla de frente al espejo de cuerpo entero—. ¡Ay, por Dios!

No reconoció como propio el reflejo de su doble opuesto el cual mostraba una mujer menuda, femenina y grácil que la observaba con mejillas sonrosadas y ojos brillantes.

—Estás preciosa —susurró Abby con una sonrisa complacida.

Las tres amigas observaron a través del espejo. Abby y Lucy seguían solo con las enaguas.

—Ayúdenme a colocar el mío. Si me veo la mitad de hermosa que Eva, estoy convencida de que esta noche encontraré pareja.

—No seas tonta, Lucy. Eres preciosa —la reprendió Eva.

Lucy escogió un vestido en color lavanda con virginales florecillas color menta. Sus rizos castaños se escapaban del recogido. Bajo unas pestañas de infarto, se escondían unos ojos de color avellana y de mirada soñadora.

—¡Vaya! Esto es una maravilla, ¡se me ve busto! —Las chicas sonrieron ante tal ocurrencia, ya que Lucy vivía quejándose de su falta de carnes, en especial de pecho—. En verdad parezco una princesa.

—Por esta noche, eres una —la animó Abby.

—Solo espero que mi príncipe azul no resulte un sapo. Ahora vamos por el tuyo.

Abby había pedido algo en tono claro o pastel para no llamar la atención, pero

la dueña de la tienda de disfraces la riñó por ello y le mostró un increíble vestido. «Pareciera que fue creado para ti. Resalta el color de tu piel y el cabello parece un destello de sol», había dicho la mujer.

El vestido color escarlata con detalles dorados le daba el aspecto de una emperatriz; hermosa, un tanto divina e inalcanzable.

—¡No puedo llevar esto! Es demasiado llamativo.

—¿Acaso estás demente? —explotó Eva—. Estás tan espectacular como cualquier actriz de Hollywood, si no es que hasta más.

—Eva tiene razón. Al lado tuyo, pareceremos florecillas silvestres opacadas por una majestuosa orquídea.

—No exageres, Lucy. Están preciosas —replicó Abby.

—¿Qué te causa tanta gracia, Lucinda? —preguntó Eva frunciendo el ceño.

—Creo que la dependienta se equivocó con la elección de vestidos. Eva es intempestiva y temperamental, y le ofreció un vestido virginal y grácil. Abby es virginal y grácil, y le dio un vestido capaz de arrasar con todo un ejército con solo el frufrú de sus faldas.

Las tres estallaron en carcajadas ante tal análisis.

—Chicas, será mejor que nos vayamos. Quiero dar un último repaso antes de que lleguen la mayoría de los invitados.

—Tranquila, Abby. Todo va a estar bien; hiciste un trabajo maravilloso.

Antes de partir, Abby y las chicas pasaron por casa de la tía Eugenia para ver cómo seguía, ya que por la mañana se había quejado de un episodio de migraña.

—¿Te encuentras mejor, tía?

—Sí, Abby, gracias.

—¿Estás segura de que no quieres ir? —insistió.

—No me siento con humor para andar de fiesta. Mejor permítanme verlas.

¡Cielos! ¡Cuánta belleza! Me dejan sin habla —expresó embelesada—. Es como

si estuviera en un salón de baile contemplando a las bellas de la temporada.

Lucy cubrió su boca con el abanico y soltó una risita coqueta.

—¿Es así como se hace, tía? —preguntó con ojos brillantes.

—Sí, Lucy, con gracia y feminidad. —Sonrió—. Supongo que eso me convierte a mí en una matrona.

—Aún estás a tiempo de acompañarnos, tía. Puedo llevar a Ale con los Assad.

Marbella estará encantada y en un santiamén organizará una pijamada.

—No lo sé, aunque ya no me duele la cabeza, todavía me siento aturdida. —

Eugenia solía sufrir episodios de migraña de vez en cuando.

—Está decidido, tía, irás con nosotras. Como bien dijiste, somos unas debutantes y es imperdonable que andemos por allí sin una buena carabina.

¿Quién sabe? Quizá encontremos para ti un rico y viudo conde —animó Eva.

—¿Conde? La tía se merece un duque —secundó Lucy—. Adelántate, Abby, nosotras nos encargamos de la tía y de llevar a Ale a casa de Dinorah. Ya verás

como la tía será la envidia de todas las matronas.

—De eso no me queda duda. Gracias, chicas. —Se dirigió a la sala de televisión donde su hija se entretenía con los dibujos animados.

—¡*Wow*, mami! ¡Pareces una reina! Estoy segura de que serás la más hermosa de la fiesta.

Abby la tomó en brazos y recibió gustosa la lluvia de besos. Las mujeres la habían seguido.

—¡Qué lindas! ¡Se parecen a las muñequitas que tiene la mamá de Marbella en la repisa de la chimenea! —exclamó la niña maravillada con los vestidos de las

damas.

—Solo eso me faltaba, parecer una ridícula muñeca de adorno —masculló Eva.

—Me voy, pórtate bien y no hagas travesuras. —Abby colocó a su hija en el piso.

—Estás tan linda que de seguro el rey te pedirá que te cases con él, y así yo tendré un papá y una casa como la de Marbella.

Abby mostró una sonrisa forzada. Pocas veces Alejandra hacía alusión a la idea de tener un papá como cualquier niño, pero cuando lo hacía, a ella se le encogía el corazón por no poder explicarle que era el producto de una noche de

desenfreno y negligencia.

Abby entró de lleno a la supervisión de los detalles. Procuraba mantenerse ocupada por dos motivos; primero, para anular sus nervios. Segundo, para alejar

de su mente el mal recuerdo de aquella noche, seis años atrás.

—¿Qué sucede en esa cabecita que tienes el ceño fruncido? —Edgar había

llegado hasta ella, le dio un beso en la mejilla y luego la hizo girar al tiempo que daba un silbido de admiración—. Estás... ¡Dios! No tengo palabras.

—Mentiroso, sí las tienes.

—Hermosa, increíble, bella...

Abby se relajó y se permitió sonreír de verdad.

—Pues tú no estás nada mal.

Y era verdad. Enfundado en unos pantalones color camello, botas altas, camisa

impoluta, chaleco azul con estampado en dorados y un saco negro que resaltaba

la anchura de sus hombros y la estrechez de su cintura, estaba arrebatador.

—¿Quién te anudó el pañuelo? Parece una labor de kínder. Deja que te lo

acomodo. —Le rodeó el cuello con los brazos y en un santiamén lo dejó en su lugar—. Listo. Ahora está perfecto. Te ves genial.

—Ni que lo digas. Me siento una versión absurda de tu adorado señor Darcy.

«Espera a que llegue tu Elizabeth Bennett», pensó Abby, impaciente por ver la

cara de ambos cuando estuvieran frente a frente. Porque, aunque lo negaran, era

evidente que Edgar y Eva estaban hechos el uno para el otro.

—Si me disculpas, tengo que dar instrucciones a los del *catering* porque están colocando mal el carro de los postres. —Se dirigió a los jóvenes encargados.

Cuando las chicas y Eugenia llegaron, el salón estaba rebosante de actividad.

Era increíble cómo, al cruzar la puerta, el tiempo se fragmentaba y conducía a

otra época; una en la que los caballeros vestían con impecable elegancia y las damas lucían vestidos de vigorosos colores mientras un cuarteto amenizaba con

armoniosas melodías.

—¡Dios! Abby sí que se lució. ¡Me siento inmersa en una de esas novelas que a Lucy tanto le gusta leer! —exclamó Eva perpleja.

—Es como la película de Winona Ryder, esa en que es una jovencita...

—Ya sé cual dices, tía. Se llama *La edad de la inocencia* —explicó Lucy, emocionada al borde del llanto—. Esta es mi más grande fantasía. Recorrió el salón con la mirada. Los espejos con marco de pan de oro, los muebles clásicos,

las flores, los caballeros, las damas; todo era como un sueño.

—Solo nos faltó venir en carruaje y que un apuesto lacayo nos ayudara a bajar

—comentó Lucy moviendo el abanico con sutil coquetería.

—¿Ven a Abby? —preguntó Eva mientras la persona encargada de

acompañarlas a su mesa las escoltaba—. Querías un lacayo, aquí tienes uno —

susurró al oído de su amiga—. Y, al parecer, no está nada mal. Tiene un buen trasero.

—¡Eva!

—¿Qué?

—Una dama no dice esas cosas.

—Qué el cielo tenga piedad; esta ya se metió en su papel de loca —le dijo a la

tía Eugenia que las observaba divertida.

Al llegar a la mesa, ya estaba ahí el equipo de Abby. Oscar, Joaquín, Maya y Pablo, así como Luis, que charlaban en cordial camaradería. Al ver llegar a las damas, los caballeros se pusieron en pie e hicieron una reverencia como saludo.

—¡Eva! ¡Estás asombrosa! —exclamó Luis embelesado y le dio un fugaz beso en los labios.

—Y tú no estás nada mal.

El chico llevaba el largo cabello rubio atado en la nuca con un listón negro.

Pantalón gris claro, botas negras bien lustradas y un saco color azul rey encima de la blanca camisa.

—Eva, ¿serías tan amable de anudarme esto? Siento que me ahoga.

—Claro. Listo, ya quedó.

Tomaron asiento uno al lado del otro.

—Ya te fijaste lo guapo que está —murmuró Lucy al oído de su amiga—. Se parece a Lestat de Lioncourt.

—¿A quién? —cuchicheó.

—Eva, ¿cómo es posible que no sepas quién es Lestat? —Alzó la voz indignada—. Es el famoso vampiro que interpretó el actor Tom Cruise hace algunos años.

—Ah, ya. Es de la película esa de los tres vampiros guapos.

—Ajá.

—Pues ya tenemos a uno, faltan los otros dos —bromeó Eva.

Ambas voltearon a ver a los otros chicos de la mesa y con una sonrisa cómplice dijeron:

—No. Nada que ver. —Rieron.

Oscar no era un tipo feo, pero tampoco era lo que se consideraba guapo, al menos no comparado con el resto de los presentes en la fiesta, aun así, tenía algo que llamaba la atención. Joaquín era un hombre sumamente atractivo, pero era como el gato callejero que se va con cualquier gata en celo. Y Pablo gustaba de

los caballeros, así que estaba descartado.

Eva aprovechó que Luis estaba enfrascado en una apasionada plática con Oscar

y Joaquín sobre fútbol para seguir cotilleando con Lucy.

—¿Ya conociste al nuevo integrante del equipo de Abby?

—No. Aún no. ¿Es verdad que es tan guapo como dice Laura? —preguntó

Lucy interesada.

—Juzga por ti misma. Es aquel caballero que viene hacia acá. El del saco marrón. —Señaló Eva con la cabeza.

Lucy giró el rostro para encontrarse con un hombre alto, incluso más que ella,

lo cual, para empezar, le agradó. Para una chica como Lucinda, era difícil encontrar un hombre que, al usar ella tacones y peinado alto, no fuera rebasado

por su estatura. Tenía unos encantadores ojos color gris que, detrás de unas monas gafas de pasta negra, evidenciaban un coeficiente intelectual un tanto superior, así como un rostro de niño bueno.

—Cierra la boca o te entrarán las moscas —se burló Eva al ver a su amiga

embobada.

—Es perfecto —murmuró sonrojada.

—Buenas noches. Lamento llegar tarde, pero aún no estoy habituado a la ciudad y me apena reconocer que me perdí —comentó el recién llegado.

—No pasa nada, Sam. —Oscar le estrechó la mano—. Creo que ya conoces a todos los demás. Esta encantadora dama es la tía de la jefa. —Señaló a Eugenia.

—Un gusto, jovencito.

—Debe estar orgullosa de Abby. Es una gran persona.

—Sí, lo estoy.

—¿Y tú eres...? —Centró su atención en la hermosa chica de los enigmáticos ojos castaños.

—Lucy, de recepción, nivel tres.

—Encantado. Samuel, Planeación y Proyectos.

En ese instante, Abby se reunió con ellos.

—¿Qué tal lo están pasando? —preguntó atenta.

—Genial, jefa. Todo está de lujo —contestó Pablo con una sonrisa picarona.

—Tienes mi voto asegurado, amiga, y si no te dan el bono, emplazaré a huelga

—amenazó Eva al tiempo que daba un sorbo a su copa.

—Y el mío. ¡Esta es la mejor fiesta de todos los tiempos! —chilló Lucy emocionada—. Eres un genio.

—No exageren. Además, no lo hice sola; los chicos me ayudaron. —Señaló a su equipo. Tomó asiento en medio de Eva y Lucy y, al momento, las tres estaban

enfascadas en una amena conversación.

Se sirvió una cena tipo bufet y, posterior a eso, comenzó el baile.

Luis invitó a Eva, Oscar a Abby y Joaquín a Eugenia.

—¿No bailas? —preguntó Lucy a Samuel. Un tanto decepcionada, contempló a las parejas que estaban reuniéndose en torno a la pista.

—Solo si te arriesgas a recibir más de un pisotón. Soy algo torpe.

—Creo que podré soportarlo.

—¿En verdad?

—Sí. Vamos. —Lo tomó de la mano para animarlo.

Capítulo VIII

—Víctor, ¿se puede saber dónde demonios te metiste? —en cuanto Edgar divisó a su amigo, lo increpó molesto.

—Estaba arreglando unos pendientes con Jefferson.

—¿Y ese eficiente auxiliar tuyo no podía esperar a mañana? —ladró.

—Al parecer, no. —Víctor se aflojó el nudo del pañuelo, pues sentía que se ahogaba.

Llevaba pantalón color crema, chaleco rojo sangre con estampado dorado y un saco negro. La impoluta blancura de su camisa solo acentuaba más su tez

mediterránea.

Vestido de manera actual, Víctor era un hombre imponente, pero el atuendo de caballero de la época de la regencia le daba un aspecto irresistible; era imposible no admirarlo.

—¿A qué se debe tu buen humor? —cuestionó sarcástico al tiempo que se acomodaba el puño de la camisa bajo la chaqueta.

—Estarías igual si tuvieras que soportar por más de media hora la conversación con Zavala y Arreola. Esos viejos no pierden la oportunidad de reñir entre ellos, y tuve la desdicha de estar en medio del fuego cruzado —se quejó Edgar con desagrado.

—Agradece a tu querida prima. Fue ella quien organizó el acomodo en las mesas, si no me equivoco.

—Sí, pero eso no hubiese sucedido si mi amigo hubiera ocupado su lugar a mi lado, lo que habría impedido a Zavala ocupar una silla que no le correspondía.

—Lo siento, pero no podía esperar, sabes que los asuntos...

En ese momento, la pista de baile comenzó a llenarse de parejas. En el extremo opuesto, Víctor divisó una hermosa mujer y se quedó petrificado.

Edgar se extrañó por la actitud de su amigo, pues pocas cosas lograban sobresaltarle al grado de romper su fiera concentración. Siguió el rumbo de su mirada para, al instante, comprender el porqué de pronto Víctor había enmudecido.

—Es impresionante, ¿no? —expresó con amargura. Eva, en brazos de Luis, danzaba con grácil soltura al tiempo que mostraba una deslumbrante sonrisa.

La había visto llegar al lado de su madre y Lucy. Estaba tan hermosa que evitó

acercarse a saludar. No confiaba en sí mismo; temía no poder contenerse y terminar tomándola entre sus brazos para mordisquear esos labios de rosada tentación. Ella tenía un aspecto tan juvenil e inocente, pero, a pesar de ello, se intuía el fiero carácter que dentro de ella existía.

Apretó la boca hasta el punto de rechinar los dientes. Su sangre se calentó al punto de peligro. Los celos le carcomían las entrañas. El impulso de ir hacia ella, arrancarla de los brazos de ese mozalbete y reclamarla para sí, lo corroía por dentro.

—¿Quién es esa mujer? —Víctor salió de su estupor y por fin pudo articular palabra.

—Es Eva —masculló lleno de rabia y frustración. Solo eso le faltaba, que su amigo también se interesara en ella.

Víctor siguió la mirada de su amigo e intuyó lo que le pasaba.

—La pelirroja no. La rubia.

—¿La rubia? —De pronto Edgar no comprendió—. Oh. Te refieres a Abby —respiró un tanto aliviado.

—¿Ella es Abigail? ¿Tu prima Abby? —levantó las cejas confundido. Miles de

pensamientos se remolinaron en su cabeza.

—Sí.

—¿Quién es el tipo con el que está bailando? ¿Qué relación los une? —masculló apretando la mandíbula.

—¡Vaya! Si no te conociera, pensaría que estás celoso.

—No juegues y contesta.

—Está bien, qué geniecito te cargas. Tomate un *whisky*, a ver si eso te mejora el ánimo. —Víctor lo fulminó con la mirada, por lo que prefirió no seguir picándolo. Observó a su prima y al hombre con el que bailaba—. Es Oscar y trabaja con ella.

—¿Tienen alguna otra relación aparte de la laboral?

—Que yo sepa, no. Mi madre no ha comentado nada sobre novios o parejas de Abby.

—Quiero que me digas todo lo que sabes de ella.

—¿Por qué tanto interés?

—Yo sé mi cuento. Habla —ordenó.

—Abby vive en el ático del edificio de mamá. La pelirroja y la chica alta, de vestido color morado, viven con ella.

—Por tu reacción, supongo que la pelirroja es tu Eva.

—Sí, es ella. Y, por desgracia, no es mía. Esta liada con el *Ken* ese —aceptó con amargura.

—¿Desde cuándo eso te ha detenido? Reconozco que ese joven tiene lo suyo, pero no es rival para ti.

—No lo sé. Desde que volví, se porta tan fría e indiferente. —Se pasó la mano por el cabello—. Si al menos me diera una señal, te juro que atacaría sin piedad.

Créeme, el odio hiere menos que la maldita indiferencia. Preferiría un ataque de furia a que me ignore con singular maestría.

—¿Estás seguro de que le eres indiferente? Recuerda que las mujeres son expertas en el arte del camuflaje.

—¿Qué quieres decir?

—Bésala, pero bésala como Dios manda. —Sonrió socarrón—. Su reacción te dirá qué debes hacer. Ahora busca cualquier pretexto y aparta a tu prima de ese

tipo. Después, encuentra la manera de traerla a mí.

—Víctor, lo siento, pero Abby no es esa clase de mujer. Hace años, un imbécil la embarazó, la engañó y se casó con otra. Desde entonces repele a los hombres.

Su vida se centra en el trabajo y mi sobrina. ¿Sabes cómo la apodan en la empresa? «*Lady no*».

—Gracias por la información. Ahora céntrate en lo que te pedí.

—Lejos de espantarte, esto se ha convertido en un reto emocionante, ¿no es así? Lo siento, amigo, pero no voy a cooperar. No permitiré que le hagas daño.

Mi prima no es como las lagartonas interesadas con las que estás acostumbrado a

salir.

—Si te doy mi palabra de cortejarla como Dios manda, ¿harás lo que te pedí?

—¿Estás de broma?

—No. Quiero a Abigail y voy a conseguirla con tu ayuda o sin ella.

—Suerte con ello —se burló al recordar la indiferencia de su prima hacia el sexo opuesto.

—¿Lo harás o me obligarás a ir yo mismo?

—Está bien. Me acercaré antes de que finalice el vals y le pediré la siguiente pieza.

—Jefa, sé que no le gusta la adulación, pero no puedo evitar decirle que esta noche luce usted hermosa. —Oscar sonreía y la miraba embelesado al tiempo que giraban al son del compás.

—Te lo agradezco, pero si quieres conservar la cabeza en su lugar, será mejor que te guardes tus observaciones.

—¿Por qué eres tan cruel, Abby? —dejó el tono formal y volvió a la relajada camaradería que existía entre ellos—. ¿Tienes idea de cuántos corazones rotos has dejado en la empresa a lo largo de los años? Para empezar, el mío.

—Eso no es verdad, tú no tienes corazón, y si lo tienes, es como un condominio.

—Me ofendes, jefa.

Abby rio ante el gesto exagerado del joven.

—¿En verdad te funcionan esas frases tan gastadas y cursis?

—Eres cruel, jefa.

—¿Lo soy?

—Sí, también eres joven y sumamente hermosa. No entiendo cómo puedes pasar la vida encerrada en un despacho. Es algo antinatural para una mujer saludable. El cuerpo humano tiene necesidades primordiales.

—Créeme, hasta ahora no he sentido *la necesidad*, como tú lo llamas.

—Un día llegará un hombre que te hará tragarte todas y cada una de tus palabras. Lo sé.

—Pues, hasta que ese día llegue, seguiré diciendo que no. —Terminó el último compás y Abby se encaminó a la mesa.

—¡Prima! —Edgar la detuvo—. ¿Me concedes la siguiente pieza?

—¿Ya te anotaste en mi carnet?

—¿Qué?

—Todas las damas tenemos un carnet de baile, en él se anotan los caballeros y vamos siguiendo un orden.

—Y una vez anotado, ¿la dama no puede negarse? —Su cabeza maquinó un plan.

—Por supuesto que no.

—Perfecto, me anotaré para el siguiente. —Tomó el papel que colgaba de la muñeca de Abby y anotó su nombre. Siguiendo un impulso, escribió el de Víctor

en el resto—. Listo, ahora vamos.

Durante la siguiente pieza, danzaron y rieron al recordar travesuras de su niñez.

—Ven conmigo. Hay alguien que quiere verte. —Al terminar, Edgar la encaminó a la mesa de los accionistas, más específicamente, hacia Víctor.

Abby observó al hombre que se puso de pie en cuanto se acercaron, y un estremecimiento de anticipación la recorrió entera. El vello de la nuca se le erizó y un impulso eléctrico le atravesó la espina dorsal.

Él la observaba con unos ojos negros profundos, como los abismos más cerrados y llenos de misterios. Su mirada parecía hurgar dentro de ella hasta los recovecos más apartados y develar todos sus secretos, como si la conociera de siempre, como si ella le perteneciera.

Nerviosa, tragó saliva.

—Qué tal, Abigail —saludó Víctor.

En cuanto esa voz entró en su sistema y esa cálida mano tomó la suya, Abby experimentó una sacudida tal que la dejó aturdida.

Edgar, no muy convencido de estar haciendo lo correcto, dijo:

—Abby, ¿recuerdas a Víctor Alcántara? Ahora él es tu nuevo jefe.

—Algo escuché al respecto. Un gusto conocerlo, licenciado Alcántara.

—¿Me disculpan un segundo? —Edgar murmuró algo al oído de su amigo y se marchó.

Abby no entendió por qué su traicionero primo la había abandonado en las fauces del león.

Víctor ardió por dentro al comprobar que ella no lo reconocía o, al menos, fingía no hacerlo. Se preguntó el porqué. ¿Qué motivos tenía ella para negarlo?

—Solo Víctor, por favor —comentó con desconfianza. Entonces decidió

seguirle el juego—. Antes que nada, permítame felicitarla por tan maravilloso evento. Es usted la única persona que puede presumir el hecho de hacerme vestir

de forma tan... especial.

—¿Nunca en su vida había usado un disfraz? —preguntó asombrada.

—No.

—¿Ni siquiera cuando estaba en el kínder?

—No.

Abby se sintió incómoda. El sobrino del señor Alcántara la observaba de frente, analizándola. No dejaba de mirarla, como si esperara algo o le molestara no encontrar aquello.

Estaba por excusarse para marcharse cuando uno de los chicos de Contabilidad

se aproximó para invitarla a bailar. Muchos de sus admiradores platónicos sabían que esa era la oportunidad de acercarse.

—La señorita Santos tiene comprometido el siguiente y los demás bailes para mí —anunció Víctor con una sonrisa torcida.

Abby se apresuró a sacar el carnet y con horror comprobó que estaba lleno y en

todas las casillas aparecía el nombre de Víctor.

—¿Qué? ¿Cómo...? —«Edgar», pensó. Sé preguntó qué rayos pretendía su primo al endosarle al jefe. Se dijo que ya tendría tiempo de hablar con él largo y tendido.

—¿Me hará el honor? —Víctor extendió la mano cuando su rival se fue.

—Por supuesto. —Abby sabía que no era prudente montar un espectáculo para rechazar al jefe. Resignada, posó su mano enguantada en la que él le ofrecía.

Víctor colocó su mano en la estrecha cintura y comenzó a moverse al ritmo del

vals *En el bello Danubio azul*.

En cuanto entraron en contacto, Abby sintió una fiera corriente eléctrica recorrer cada célula, cada átomo de su ser. Era como si su cuerpo hubiera estado sumergido en un profundo letargo y al tacto de esas grandes manos, al susurro de su cálido aliento en el oído, hubiese despertado.

El magnetismo que desprendía ese hombre era apabullante al grado que casi dolía. Asustada por las sensaciones que estaba experimentando, intentó alejarse, poner un poco de distancia, pero él no se lo permitió.

—Eres mía —susurró Víctor.

—¿Qué? —Abby lo miró atónita.

—Lo que oíste.

—Me sorprende su seguridad, Víctor, pero hay un pequeño inconveniente.

—¿Y este es...?

—Que no está tomando en cuenta mi opinión, que, por cierto, es muy distinta de sus argumentos.

Él la intimidó con una mirada indescifrable; su rostro evidenciaba contrariedad

y un tanto de diversión.

—No sé a qué estás jugando, Abigail, pero te advierto que soy un fiero contrincante. —Cerró un tanto más el abrazo hasta que no quedó espacio entre ellos—. Yo nunca pierdo.

—¿Jugando? ¿De qué demonios está hablando?

Ella lo miró con tal inocencia que Víctor, por un momento, dudó.

—Está bien, Abigail, finge cuanto quieras, pero yo sé la verdad.

—¿Se ha vuelto loco?

—Quizá.

A partir de ese momento, ninguno pronunció palabra. Abby, una vez más, intentó separarse y solo consiguió que él la sujetara con mayor fuerza. Alzó el rostro para enfrentarlo y terminó perdida en el insondable abismo oscuro de sus

ojos. Él inclinó el rostro hasta que sus alientos se fundieron en una sensual danza.

Abby sabía que debía ponerle un alto, apartarlo, abofetearlo, lo que fuera para impedir que la besara; en lugar de ello, se vio a sí misma anhelando dicho contacto.

En el momento en que los labios masculinos rosaron los suyos, el mundo giró sobre su eje y cambió para siempre la faz de todo lo que conocía. Por ese instante en que la lengua inquisidora de Víctor Alcántara saqueaba su boca, sintió que ese era su sitio.

—¡No puede ser! —Eva paró en seco y abrió la boca con total incredulidad.

—¿Qué sucede? —Luis no entendía la actitud de su novia.

—Es Abby, se esta besando con ese... desconocido. —Sin perder tiempo, tomó

a Lucy del brazo y la giró para que viera a su amiga.

—¡No te pases! —exclamó Lucy con una sonrisa—. ¿Quién es él?

—Víctor Alcántara —respondió Edgar. Había aprovechado la conmoción para acercarse.

Eva estaba tan desconcertada que no se percató de que el hombre había

tomado

su carnet para anotar algo en él.

—¿El nuevo jefe? —Lucy no podía creerlo.

—Ajá —respondió Edgar con una extraña sonrisa.

—Como sea. Supongo que es bueno el hecho de que nuestra amiga por fin encontró alguien que le mueva el tapete —dijo Eva.

Pasada la impresión inicial, las parejas reanudaron el baile.

Abby abrió los ojos desconcertada; se preguntó qué demonios le había sucedido. Cómo era posible que no solo permitiera que la besarla, sino que también había correspondido a sus exigentes labios.

—Yo... esto no está bien —susurró apartándose de él.

—Sí. Sí, lo está. Ven, necesitamos hablar.

—No. Creo que por esta noche ya tuve suficiente, señor Alcántara. —Se alejó rumbo a los sanitarios para damas.

En un santiamén sus amigas estaban con ella y la inundaron con implacables preguntas.

— *Wow*, qué beso. ¿Cómo fue que pasó? ¿Te pidió una cita? —Lucy parloteaba

sin parar.

—¿Ya se conocían? —Eva la miraba con sospecha.

—¡No! ¡No, no y no! —gritó exasperada—. Es la primera vez en mi vida que veo a ese hombre.

—Vaya.

—No sé qué demonios le pasa ni por qué me besó. Solo sé que es un tipo arrogante y pagado en sí mismo que siente que el mundo le pertenece. —

Indignada, movía frenética las manos al tiempo que escupía las palabras—.

¿Pueden creer que se atrevió a decirme que soy suya?

—¿Qué? Eso sí que es raro —expresó Eva.

—¿Raro? ¡Es muy romántico! —inquirió Lucy con ojos brillantes—. Ya

quisiera yo que un hombre se enamorara de mí nada más verme y me reclamara

para sí.

—Creo que lo mejor es que me vaya a casa —informó Abby.

—¡Ni se te ocurra! —amenazó Eva—. Tienes que esperar el resultado de las votaciones y la entrega de bonos.

—Eva, tú no entiendes —expresó abatida.

—Sí que lo entiendo. ¡Por Dios, Abby! ¡El tipo no es ciego! —expresó exasperada por la actitud de su amiga—. Piensa, eres una belleza, con ese vestido estás de infarto; no es de extrañar que el jefe se volviera loco por ti.

—No. Eso no existe, así no funciona. —Frunció el ceño—. Además, él me... intimidada, no me gusta.

—Pues, hace un momento, en la pista de baile, parecía todo lo contrario —alegó Lucy en tono irónico.

—Lo sé. Chicas, yo... —Soltó el aire apesadumbrada—. No sé lo que me pasó.

—¿Qué tal es? ¿Qué tal besa?

—Es... apabullante. —Parpadeó aturdida—. Tiene una presencia perturbadora

—reconoció—. Por eso es que no me explico por qué me eligió a mí.

—¿Que no sabes por qué tú? —ironizó Eva—. Mírate al espejo y encontrarás la respuesta.

—Es tan romántico —suspiró Lucy.

—No, no lo es. Es raro.

—¡Claro que no! —se apresuró a explicar Eva—. Es simple, el tipo te ve, le gustas, va a por ti y punto. Sí, quizá es un tanto lanzado, pero eso no es un crimen. Solo demuestra que es un hombre decidido que sabe lo que quiere.

—Aun así, no me gusta. Es controlador y dominante. No es mi tipo.

—Eso, querida amiga, está por verse —sentenció Eva y salió del lugar.

—¿Qué crees que quiso decir? —preguntó Lucy confundida.

—No quiero ni pensarlo. —Cruzó la puerta.

En cuanto Abby ingresó en el salón, todos la miraban y cuchicheaban.

—Solo eso me faltaba. Ahora no se hablará de otra cosa en meses. ¡Maldito Alcántara! —masculló molesta. Ella siempre repelía los escándalos y, en ese momento, sin proponérselo, era la protagonista de uno mayúsculo—. ¿Crees que

la tía...?

—No, ni cuenta se dio, eso sí lo sé —aseguró Lucy.

Se encaminaron de regreso a su mesa. En instantes Abby estaba enfrascada en

una conversación con su tía y Joaquín, que charlaban sobre la fiesta taurina. Se relajó al comprobar que, en efecto, su tía, al menos de momento, no estaba enterada de su exhibición con Víctor Alcántara en la pista de baile.

—Buenas noches. Eugenia, ¿qué tal estás?

Abby se puso rígida ante el sonido de esa profunda voz.

—¡Víctor! —Eugenia se puso en pie y abrazó al hombre con verdadero afecto

—. Tienes que pasarte por la casa a cenar, muchacho. Le diré a Edy que te lleve.

—Tomó asiento y lo instó a sentarse junto a ella. El hombre quedó entre la tía y Abby.

—Será un placer. Como en los viejos tiempos. ¿Aún preparas esa irresistible tarta de limón? —Se acomodó en la silla. Se inclinó hacia Abby y susurró—:

¿En verdad pensaste que podrías escapar de mí?

Abby se estremeció al sentir el cálido aliento en su oído. Más enfadada consigo

que con él, le dedicó una mirada de advertencia.

—Claro que sí —aseguró Eugenia, ajena al intercambio entre los jóvenes—.

Mírate, ya todo un hombre de negocios. Edy me ha hablado mucho de ti y de tus

grandes logros en el Viejo Continente —comenzó entusiasta.

—Tu hijo es un exagerado.

—No seas modesto, chico, olvidas que te conozco desde que ibas a la primaria y usabas frenos bucales. —Se dirigió a Abby—. Víctor es desde entonces el mejor amigo de Edy. Solía pasar las tardes en mi casa. De hecho, ustedes sí se

conocen. ¿No lo recuerdas, hija?

—No, en realidad, no —respondió con sinceridad.

Para ella no pasó desapercibido el enojo y leve fruncir de labios que hizo él, aunque se recompuso al instante. Fue algo tan fugaz que dudó de que en verdad hubiera sucedido. Se preguntó qué sería lo que lo molestó, pero en ese momento

se acercó un joven disfrazado de lacayo y le dijo:

—Señor Alcántara, siento molestarlo, pero se requiere de su presencia en el escenario; está por comenzar su discurso.

—Dígale a Beltrán que enseguida voy —masculló molesto al tiempo que pensaba en que el secretario personal era un verdadero incordio. Si no fuera por las protestas de su tío, ya lo hubiese mandado a jubilar.

—Sí, señor. —El lacayo hizo una reverencia y se marchó.

Abby notó el momento exacto en que Víctor se tensó. Después de expresar una cortés disculpa y de quedar con Eugenia para cenar el próximo viernes, se alejó.

—Es muy agradable, ¿verdad? —expresó la tía embelesada—. Y muy guapo.

Abby prefirió reservarse sus opiniones.

Capítulo IX

Víctor Alcántara tenía una presencia imponente que destacaba aún sin proponérselo. Ese hombre emanaba poderío y liderazgo. Después de leer una emotiva carta que el mismo señor Marcos Alcántara, su tío, escribió para sus empleados, comenzó con la entrega de bonos para el empleado del año, el trabajador más productivo, el más puntual, etcétera.

—Ahora es momento de tomar el papel que les han colocado en las mesas y emitir su voto por la cena anual. Después del siguiente vals, daré los resultados.

Víctor bajó del escenario y se dirigió sin vacilación hasta Abby.

—Abigail, ¿me concedes esta pieza? —Se inclinó en una exagerada reverencia.

Por un instante, Abby pensó en negarse; miles de excusas desfilaron por su cabeza a una velocidad impresionante, pero ninguna parecía ser correcta. Miró a

su entorno y se percató de que todos estaban pendientes de ellos. «¡Maldición!», se dijo irritada. «Ahora sí que todos pensarán que hay algo entre nosotros».

Enfadada, colocó la mano sobre la de él y le permitió que la llevara a la pista de baile.

Eva notó que había alguien de pie junto a ella, giró la cabeza y el corazón le dio un vuelco al descubrir que era Edgar.

—¿Qué haces aquí? —masculló molesta y comenzó a hacerse aire con el abanico para calmar un poco del calor que la inundó ante su sola presencia.

—Vine a reclamar mi baile. —Él mostró una cínica sonrisa.

—¿Cuál baile? —Dejó de abanicarse—. En ningún momento...

—¿Lo ves? —Edgar la tomó por la muñeca y alzó el carnet para que quedara a la vista de la chica—. Mi nombre aparece en este y el resto de los valeses.

—¡Eso no es posible! ¿En qué momento...? Yo... no puedo porque ya tengo pareja —espetó frenética.

—Por mí no hay problema, bonita —concedió Luis—. Aquí te espero. —Le dio un beso en los labios y siguió enfrascado en la conversación que sostenía con Oscar sobre fútbol.

Edgar sintió cómo hervía la sangre en sus venas al contemplar cómo el tipo rubio besaba a su Eva. Respiró hondo para calmar la rabia.

—No tienes pretexto, señorita. A bailar. —La cogió del brazo y la llevó a la pista a pesar de sus protestas.

—¿Se puede saber qué demonios pretendes? —atacó Eva en cuanto comenzaron a moverse al ritmo de la música.

—Rescatarte de ti misma. —Apretó más el abrazo para pegarla a su cuerpo hasta que no hubo espacio entre ellos—. Tú necesitas un hombre de verdad, no un niño.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde se supone que está dicho hombre? Porque yo no veo ninguno.

Edgar sonrió.

—De sobra sabes a qué me refiero.

—No, en realidad, no. —Lo miró indiferente—. ¿Qué es lo que buscas, Edgar?

¿Separarme de mi novio? Si es así, no pierdas el tiempo.

—Yo nunca lo pierdo. —Sonrió de medio lado—. Créeme, si fueras mía, no permitiría que otro te sacara a bailar ni sería tan estúpido como para preferir seguir con una absurda plática sobre algo tan trivial como el fútbol.

—Luis no es estúpido. Solo confía en mí.

Sin saber cómo, cuándo Eva se dio cuenta, estaban en una de las terrazas.

Entre

giro y giro, él prácticamente la había sacado del salón.

—¿Qué estás haciendo, imbécil? —explotó iracunda.

—Demostrarte con hechos de qué estoy hablando. —La besó con urgencia y volcó en ese beso toda la frustración, celos, pasión, anhelo y demás emociones que ella le hacía experimentar.

Eva intentó oponer resistencia, pero él la sometía con diestras caricias y besos.

En un momento de lucidez, advirtió que él la había arrastrado hasta quedar detrás de unas macetas de enormes hojas verdes. Su musculoso cuerpo la aprisionaba contra la pared, lo que la dejaba indefensa.

—Edgar, no... —susurró entre besos.

—¿No qué, preciosa? ¿Que no pare? Créeme, linda, no pretendo hacerlo, ya he esperado demasiado. —Pasó su lengua por el níveo cuello al momento en que con sus manos masajeaba los abundantes senos—. Dime, Eva, ¿él te besa así? ¿Eh? ¿Te toca así? ¿Te hace sentir lo que yo? No lo creo, bonita. —Liberó del corsé a los apretados pechos.

Sin perder tiempo, adoró con lengua y dientes las sonrosadas coronas que pedían ser veneradas. Con suma destreza levantó las faldas y metió las manos entre las enaguas hasta encontrar la abertura que lo llevaba directo al edén.

—¡Dios! Eva, me vuelves loco —pronunció entre besos—. Eres deliciosa;

haces que pierda la cordura. Solo puedo pensar en tenerte, en estar dentro de ti y poseerte hasta que sea mi nombre el único que desees pronunciar con esos labios

de pecado.

Mordisqueó el lóbulo de la oreja, recorrió con ansia el sonrosado rostro hasta posarse nuevamente en esa boca de perdición absoluta, al tiempo que sus dedos

se aventuraban en el jardín prohibido. El agri dulce néctar impregnó su mano.

—Con este virginal vestido luces tan inocente, pero yo sé el fuego que guardas.

—Mordió el labio inferior y saboreó cada rincón de su boca—. Eres mía, mi fiera, y no hay nada que desee más que morir en tus fauces.

Eva estaba al borde del abismo. El poco sentido común que le quedaba le exigía que acabara con esa locura. Llevaba tanto sin estar con un hombre y, sobre todo, deseando al que por fin hacía realidad un anhelo reprimido por demasiado tiempo.

Estaba tan inmersa en los apasionados besos que fue una verdadera sorpresa sentir que de pronto él la llenó por completo. Edgar la embestía con absoluta destreza, lo que la transportó al éxtasis más sublime que jamás había experimentado. Nunca fue su intención dejarlo llegar tan lejos, por desgracia, tarde comprendió que ambos estaban en el punto sin retorno.

—Edgar —murmuró con tortuosa agonía.

—Sí, eso es, preciosa. Dilo, di mi nombre. Reconoce que soy yo y solo yo quien te hace morir con mis besos para luego renacer de placer.

Esas eran las palabras mas cursis y gastadas que Eva había escuchado, sin embargo, en ese momento y con él adorando su cuerpo, le pareció de lo más erótico y excitante.

Edgar salió del cálido interior, se puso de rodillas y saqueó con su boca, sin remordimiento alguno, el santuario de su diosa. El dulce sabor lo hizo perder todo rastro de control. Se puso en pie y volvió a sumergirse en ella. La instó a

rodearlo, por la cintura, con sus esbeltas piernas, para después estallar juntos en un majestuoso *big bang*.

Durante un par de minutos él descansó su cabeza en los abundantes senos al tiempo que Eva le acariciaba el cabello.

Ninguno de los dos se atrevía a hablar por miedo de romper el encanto.

Entonces Edgar cayó en cuenta de algo.

—Lo siento, Eva. No era mi intención llegar tan lejos, solo quería besarte y comprobar si existía alguna esperanza para nosotros. —Le acarició el rostro con

ternura—. Aclaro que no me arrepiento de lo sucedido, y si esto tiene consecuencias, estaré más que feliz de asumirlas.

Eva por un momento no comprendió de qué estaba él hablando hasta que reparó en la humedad pegajosa alojada en medio de sus muslos. ¡No habían utilizado protección!

Ella intentó decir algo, pero él la silenció con un suave beso.

—Déjame terminar. Sé que en el pasado me porté como un patán cuando era evidente que solo querías ayudarme. Reconozco que estaba enfadado, pero no por lo que hiciste, sino por lo que me hacías sentir. Quería castigarte, que sintieras un poco de la agonía que era para mí tenerte todos los días cerca y no poder tocarte.

»Lo que pasó con Sara me afectó en muchos sentidos, sobre todo en la confianza en mí mismo. Necesitaba tiempo para reordenarme y sabía que, si te tenía cerca, terminaría por arrastrarte al caos. Por eso me fui.

—Eso lo entiendo, en verdad —reconoció afectada—. Te habría dado todo el tiempo que hubieses pedido, habría hecho cualquier cosa por ti, pero ya no —alegó resentida.

—¿Qué nos pasó, Eva?

—¿Que qué paso? —Sonrió incrédula—. ¡Te largaste! ¡Me dejaste! —lo acusó roja de ira—. Preferiste apartarme de tu lado y huir como un cobarde. No conforme con eso, cortaste toda comunicación. —Se apartó de él y se acomodó

el vestido con movimientos frenéticos—. Si no recuerdo mal, en tu último mensaje, si es que se puede llamar a eso así, decías que estabas bien en Londres y muy cortés me mandaste de paseo. Pues bien, te hice caso: seguí con mi vida.

—Eva, lo siento. En verdad, cree cuando te digo que regresé por ti.

—¡Ay, ajá! —chilló indignada—. Estás loco si crees que permitiré que irrumpas en mi vida así, sin más.

—Creo que lo que acabamos de hacer ya me involucró, aunque no lo quieras reconocer.

—Esto... esto no significó nada. Hay que verlo como lo que realmente es: un buen revolcón.

—Te lo advierto, Eva, no voy a renunciar a ti.

—Suerte con ello.

—Eva, por favor.

—¡Por favor, nada! No vuelvas a tocarme, te quiero fuera de mi vida y lejos de

mí —intentó pasar de largo, pero él la tomó del brazo y le impidió avanzar.

—Eva, no me apartes de ti, ya no, no después de lo que acabamos de

compartir

—intentó abrazarla, pero ella retrocedió.

—Edgar, yo... ¡Demonios! —masculló molesta consigo misma por ser tan débil, por querer perdonarlo y volver a sus brazos.

—Ponme a prueba, exígeme tiempo para pensarlo, lo que sea, Eva; pero no me pidas que me aleje definitivamente de ti.

—No lo sé. Necesito estar sola. —Se encaminó a la puerta.

—Eva, no puedo estar sin ti; menos ahora que ya probé lo que es tenerte. —En dos zancadas la alcanzó, la aprisionó en sus brazos y la besó con necesidad.

Eva sintió el poder del deseo arder en su sangre y entrañas. Edgar tenía la facultad de hacer añicos su voluntad, y no podía permitírselo. Debía aferrarse al recuerdo de su abandono para poder sobrevivir.

—No, Edgar, ¡basta! —Se apartó de él—. Esto no está bien, ahora estoy con otra persona y lo que acabamos de hacer es monstruoso —expresó llena de remordimiento.

Aunque no había respondido a la petición de Luis de ser su novia formal, existía entre ellos cierto tipo de relación y ella acababa de traicionarlo de la peor manera.

—Eva, no me dejes. Estoy dispuesto a luchar por ti. Dime, ¿qué debo hacer para que me creas?

—No lo entiendes, ¿verdad? El caso es que traicioné a un hombre bueno que no se lo merecía. —Se llevó las manos a la cabeza—. Soy la peor de las mujeres.

¿Qué le voy a decir, eh? «Lo siento, Luis, acabo de revolcarme con el primo de

Abby en la terraza mientras tú hablabas de fútbol con Oscar. Ah, y creo que debemos terminar» —expresó con marcado sarcasmo.

—Lamento el tener que hacerte pasar por esto. En verdad, no era mi intención comprometerte. Lo que pasó es una clara evidencia de que lo que sentimos el uno por el otro está por encima de todo, incluso de nosotros mismos. Por favor,

Eva, déjame amarte.

—¿Ahora sí quieres amarme? ¿Después de cuánto? ¿Cuatro años? ¡Cuatro malditos años sin noticias tuyas! Escuchando de ti a través de la tía Eugenia o de Abby, ¿y pretendes que de la noche a la mañana me eche a tus brazos? ¡Estás loco!

—Literalmente es lo que acaba de ocurrir, terminaste en mis brazos.

Eva deseó golpearlo.

—Eres un cerdo.

—Hace unos minutos no pensabas eso. —Sonrió provocador.

—¿Acaso vas a echarme en cara esto toda la eternidad? ¡Por Dios! ¡Es solo sexo!

—¿Solo sexo? Por supuesto que no. —La tomó entre sus brazos, molesto—.

Lo que hay entre nosotros va más allá del plano físico y lo sabes.

—No me hagas esto, Edgar. No quiero quererte, no quiero desearte. No quiero que vuelvas a lastimarme.

—Te doy mi palabra de hombre de que no te arrepentirás de elegirme. Cada día

lucharé por conquistarte y juro que te compensaré por lo mal que te lo hice pasar.

Para tu satisfacción personal, entérate de que, en esta separación, quien más padeció fui yo. —La cubrió con sus brazos.

—No.

—Eva...

—No. Ahora suéltame. Necesito pensar cómo escabullirme. No puedo regresar

ahí dentro con esta pinta. Cualquiera adivinaría lo que acabamos de hacer.

—A mí no me importaría, al contrario, sería un gran honor que todos se enteraran de que eres mía. En especial, el mequetrefe ese con el que andabas.

—¿Andaba? —Lo miró furiosa—. Aún no lo he dejado.

—Pero lo harás —masculló molesto.

—No estés tan seguro. Además, mi relación con Luis no es asunto tuyo.

—Lo es ahora. Escúchame bien, jovencita —colocó las manos en los delicados

hombros—, no voy a dejar que vuelvas con él —amenazó.

Decidido a cumplir su palabra, observó el entorno y se percató de que la terraza de al lado daba a otro salón y, por fortuna, tenía la puerta abierta. Sin perder tiempo, brincó la barandilla de cantera, luego tomó a Eva de la cintura y la pasó por encima hasta colocarla junto a él.

—¿Qué demonios haces?

—No quieres volver ahí dentro en estas condiciones y yo tengo una habitación en la que puedes recomponerte sin prisas.

—¿Alquilaste habitación aquí?

—Sí. Mi intención era beber después de la entrega de premios hasta olvidarme

de que estabas con otro. Como comprenderás, no es sensato manejar en ese estado. Tenía que prever. —La tomó de la mano y se encaminó a la puerta abierta.

El salón estaba vacío y lo atravesaron con paso rápido. Salieron al *lobby*; sus disfraces de época llamaban demasiado la atención. Eva se sonrojó ante las miradas curiosas que las personas le dirigían. Mientras aguardaban a que las puertas del ascensor se abrieran, deseó que la tierra partiera un boquete y la tragara.

—Esto es demasiado bochornoso —expresó al ver su imagen reflejada en las puertas metálicas. El coqueto recogido se había convertido en una maraña de rizos rojos y el corsé tenía el encaje del pecho un tanto retorcido.

—Para mí estás preciosa —le susurró al oído.

—Por fin. —Eva entró en el elevador al tiempo que sentía sus mejillas arder.

Edgar la siguió, presionó el botón de su planta y se colocó junto a ella.

Ninguno de los dos pronunció palabra, no hizo falta. El ambiente se cargó de electricidad y, sin más, Edgar la aprisionó contra la pared acristalada y devoró sus labios.

—No —murmuró Eva contrariada—. No acepté venir a tu habitación para esto —espetó entre besos.

—Lo sé, pero no puedo mantener las manos lejos de ti.

Las puertas se abrieron y Edgar la arrastró a la habitación con prisas. En cuanto estuvieron dentro, se apresuraron a desvestirse el uno al otro.

Sin dejar de besarse, Edgar la condujo hasta la cama.

—Eres mía, Eva, y voy a hacerte el amor hasta quedarme sin fuerzas.

—No sin protección.

—Eso no es problema, linda. —Estiró el brazo y, de la mesilla de noche, sacó una tira de color azul, la cual mostró orgulloso y con una sonrisa lobuna—. No hay pretexto que valga, a partir de este momento, eres solo mía.

—Qué Dios se apiade —expresó Eva antes de perderse en el paraíso de éxtasis

al que Edgar la condujo.

A partir de ese momento, los amantes se dedicaron en cuerpo y alma a disfrutar

del placer de estar juntos.

Mientras tanto, en la pista de baile, Abby luchaba por reprimir la rabia que bullía dentro de ella. La abierta declaración de intenciones con la que Víctor Alcántara la había reclamado la sacaba de quicio. Había luchado por años para

construirse una vida y no estaba dispuesta a que un extraño, con la fuerza arrasadora de un huracán, irrumpiera en ella.

—No sé qué pretende, pero sea lo que sea, olvídalo. No voy a permitir...

—¿Qué no vas a permitir, Abigail? ¿Que te bese? ¿Que muestre abiertamente

mi interés por ti? ¿No crees que es un poco tarde para recriminaciones?

—Solo pierde su tiempo.

—Ya lo veremos, hermosa. Ya lo veremos.

—Detesto su arrogancia. No me gusta, no es mi tipo de hombre.

—¿Cuál es tu tipo? ¿Un mequetrefe que embaraza a una y se casa con otra?

—¿Qué? —El impulso de abofetearlo le quemaba la mano—. ¿Cómo se atreve a juzgarme? No sé qué le habrán contado, pero créame, no sabe nada de mí. No

me conoce.

—¿Estás segura, Abigail?

—Manténgase lejos de mí y no se meta en mi vida privada —amenazó. Por fortuna la pieza terminó y ella pudo zafarse con la seguridad de que no la seguiría, pues él tenía que dar los resultados de las votaciones.

Entre hurras y vítores, el equipo de Abby subió al escenario. Ella agradeció a los presentes por su voto y expresó un sincero agradecimiento a los compañeros

que la ayudaron con la planeación y materialización de dicho evento.

—¡Felicidades! —Víctor entregó un reconocimiento a cada uno de los

integrantes. Pronunció un pequeño discurso sobre la importancia de cada uno de

los empleados en la empresa y dio por terminada su participación de la noche.

Abby se apresuró a abandonar el escenario. No deseaba un nuevo

encontronazo con el hombre. Al llegar a la mesa, se percató de que ninguna de sus amigas estaba presente. Buscó a Lucy y la encontró cerca de la barra de los

postres acompañada de Samuel. Al parecer, ese par había congeniado, pues no se

habían separado en toda la velada.

—¿Y Eva? ¿Dónde está? —preguntó en voz baja a Eugenia.

—No lo sé, después de que bailó con Edy, no los he vuelto a ver. Quizá está en

el tocador de damas. —La absurda explicación no convenció a ninguna de las dos.

—Sí, claro —murmuró temiendo por su amiga.

Para ella no era novedad lo que Eva sentía por Edgar. Tenía la esperanza de que el tiempo la hubiera curado, pero el regreso de su primo lo había complicado todo. Eva estaba irritable, cabizbaja, triste, frenética. Cambiaba de un estado a otro sin previo aviso.

—Aunque cuarenta y cinco minutos en el tocador ya es bastante, ¿no crees?

El comentario de Eugenia la sacó de sus cavilaciones. Se preguntó si sería sensato llamarla al móvil para saber dónde se había metido.

—Estoy algo cansada. Quisiera irme a casa; lo mejor será que pida un taxi—
dijo Eugenia.

—Puedo decirle a Lucy que te lleve.

—Eso no. Mírala, está feliz de la vida con ese muchacho.

—Entonces te llevaré yo y luego regreso para supervisar que todo termine

bien.

—No es necesario, puedo ir en taxi.

—No pienso dejarte sola. —Se disculpó con su tía y se dirigió a la terraza que daba al jardín. Marcó el número de Eva.

—No contestes —dijo Edgar entre besos, acababa de hacerle el amor y estaba excitándose una vez más.

—Puede ser algo importante. —Eva tomó el teléfono para ver quién la llamaba

—. Es Abby. Hola —respondió.

—¿Estás con él? —fue directa al grano. No veía caso andar con rodeos.

—Yo... sí —reconoció apenada—. Abby, yo... —comenzó avergonzada.

— *Es tu vida y no tienes que darme explicaciones. Solo te llamo para decirte*

que la tía quiere irse a casa y voy a llevarla, luego regreso para supervisar el cierre. ¿Quieres que le diga a Lucy que se lleve tu auto?

Edgar le arrebató el aparato.

—Abby, no te preocupes por mi madre, yo me encargo. —Eva intentó quitarle el móvil, pero él no la dejó.

— *Tú, cretino inmundo, si le haces daño a mi amiga, juro que te arrancaré la*

piel a jirones y se la echaré a los perros.

—Cuánta amabilidad, prima.

— *Hablo en serio, Edgar.*

—Cuidaré bien de ella, lo prometo. —Miró a Eva con ternura—. Di a mi madre que un chofer de la compañía la llevará a casa.

— *Está bien.* —Abby colgó.

—Edgar, no puedo desaparecerme sin más. —Eva dudó—. Vine con tu madre y Lucy, se supone que soy el conductor designado. Es mi obligación regresarlas

a la casa. Y también está Luis.

—No lo menciones. Se me revuelve el estómago de solo escuchar su nombre.

—Desconocía que fueras tan celoso —lo picó.

—Y yo. Nunca me había pasado, lo juro —reconoció sorprendido.

—Pues tendrás que contenerte y aprender a lidiar con ello, porque no soporto el que quieran controlarme. Entiende una cosa, no soy de tu propiedad.

—¿Eso quiere decir que me aceptas? —Sonrió.

—No cantes victoria. Aún no decido nada.

—Conozco una buena forma de persuadirte. —Comenzó a lamer el níveo cuello—. No vas a salir de esta habitación hasta que reconozcas que eres solo mía.

—Espero no equivocarme. Y ahora, ¿qué vamos a hacer con tu madre y Lucy?

—Tienes razón, me había olvidado por completo. —Sacó el móvil—. Víctor, necesito que me hagas un favor.

—¿Dónde rayos te metiste?

—Luego te explico. Por lo pronto ocupo que te encargues de que uno de los choferes lleve a casa a mi madre.

—¿En qué estás metido ahora, Edgar? —hizo una pausa—. *Déjame adivinar; la gatita cayó en la trampa y lograste domesticarla.*

—Algo así. —Sonrió socarrón.

— *No te preocupes por tu madre. Yo me encargo. Diviértete, galán.* —Colgó.

—Listo; asunto arreglado. ¿En qué estábamos? —La recostó sobre la cama y comenzó a excitarla con manos y dientes.

Capítulo X

Abby colgó el móvil con una sonrisa. En silencio pidió al cielo que el asunto entre esos dos llegara a buen término. Dio unos pasos y recargó el cuerpo en la

barandilla para observar los cuidados jardines. No pudo evitar pensar en Víctor

Alcántara. Ese hombre la irritaba, pero también había logrado despertar sus sentidos y, por primera vez, desde aquella noche que pasó con el padre de Alejandra, sintió deseo sexual.

—¿Qué haces aquí sola?

No necesitó girarse para saber de quién se trataba.

—Quizá estaba escapando de usted.

Víctor soltó una carcajada.

—Eso es muy directo. Has herido mis sentimientos.

—No se puede herir lo que no se tiene —replicó.

—¿Estás insinuando que soy insensible? —Se colocó a su lado.

—Eso es lo que dice todo el mundo. *La guillotina Alcántara* —lo picó.

—Reconozco que ese apodo es un tanto exagerado, pero no es ningún delito ser bueno en los negocios.

—Será mejor que regrese, mi tía debe estar esperándome.

Víctor le cortó el paso.

—Tu tía acaba de irse. Yo mismo me encargué de que José la llevara a su casa.

—¿Qué?

—Edgar me pidió que uno de los choferes se ocupara de trasladar a su madre.

Eugenia aceptó de buena gana y hace un momento acaba de marcharse. Por cierto, dijo que no te preocuparas por ella y que disfrutaras de la fiesta.

—Yo no sé qué decir.

—Un «gracias» estaría bien.

Él sonrió y Abby sintió cómo su cuerpo respondía ante ello. Se odió a sí misma

por derretirse a la sola mirada de ese hombre. Se preguntó por qué de todos los

especímenes de Adán que poblaban la tierra tenía que ser precisamente ese el que la hiciera vibrar.

Víctor, con su sola presencia, la hacía ser consciente de su feminidad y las necesidades normales de una mujer sana y joven.

—¿Por qué está acosándome? —Decidió encararlo de frente—. Habiendo tantas mujeres, ¿por qué yo?

—¿En verdad no lo sabes?

Abby se estremeció ante la intensidad de esa mirada oscura. Él la observaba de

un modo que le ponía los nervios de punta.

—No, y me gustaría saber qué se propone. Ya le dije que no soy mujer de aventuras y menos aún de involucrarse con el jefe. Un lío de oficina no es lo mío.

—¿Y quién dice que solo busco un lío de oficina? —Le tomó el rostro con las manos—. Eres mía, Abigail, cuanto antes lo aceptes, mejor. —La besó.

Abby pensó en rechazarlo, pero su traicionero cuerpo la dejó en la estampida.

Se preguntó qué rayos estaba sucediéndole; ese hombre la había besado dos veces en la misma noche y ella, en lugar de apartarlo, se había entregado sin más.

En un recóndito lugar de su mente, algo se despertó, una sensación de familiaridad la embargó. Era como si sus cuerpos se conocieran desde antes, desde siempre, lo cual era imposible, ella nunca en su vida había visto a ese hombre que mordisqueaba sus labios con enloquecedora sensualidad y lentitud.

—Víctor, no —murmuró obnubilada.

—Sí, Abby, sí, soy yo. Estoy aquí. —Entre besos, la arrastró detrás de las macetas de hojas elegantes—. ¿Aún vas a seguir negando lo que hay entre nosotros, que me deseas? —Dejó un reguero de besos ardientes en el cuello hasta llegar al nacimiento de sus pechos.

—Víctor, por favor, para, esto no está bien.

—Sí, sí lo está. Quiero hacerte el amor, Abigail, y esta vez no vas a escapar.

—

Atrapó sus labios con frenesí.

Perdida en el embrujo de la boca masculina y un tanto aturdida, Abby reconoció la voz de Samuel que, buscándola, se había colocado cerca de ellos, y

al instante se puso rígida.

—¿Segura que estaba por aquí? —dijo el joven que, al parecer, no estaba solo.

Víctor le hizo un gesto para indicarle que guardara silencio y la cubrió con su cuerpo para protegerla de los polizones.

Abby escuchó cómo los jóvenes conversaban entre sí, Lucy aseguraba haberla visto salir y hablar por el móvil. Los jóvenes regresaron al salón.

Víctor se apartó de ella y asomó la cabeza para cerciorarse de que estaban solos.

—No hay moros en la costa.

Abby se acomodó el vestido, avergonzada. Sentía las mejillas al rojo vivo.

—Será mejor que vaya a ver qué quieren los del *catering*.

Víctor la detuvo por el brazo.

—Entiende una cosa, esto no ha terminado, Abigail. —Se acomodó el pañuelo y el saco, luego se marchó, aún excitado y un tanto frustrado por la interrupción.

Abby respiró hondo, necesitaba aplacar sus apaleados nervios y recomponer

sus emociones. Permaneció unos minutos más en el lugar y luego entró al salón.

Víctor no volvió a molestarla en el resto de la noche, aunque ella no le dio mucha oportunidad de acercarse, ya que se mantuvo de un lado a otro supervisando y resolviendo inconvenientes.

—Por fin terminó. —Se dejó caer sobre una silla en la mesa en que Lucy y Samuel esperaban por ella.

Los invitados hacía tiempo que se habían retirado y solo quedaba el personal de limpieza y los proveedores que desmontaban lo utilizado para sus servicios.

—No era necesario que me esperaran —dijo al par de jóvenes.

—Claro que sí, no te vamos a dejar sola. Samuel nos escoltará hasta la casa en su auto.

—Gracias, Sam.

—De nada, jefa. Y ya sé que está de más, pero quiero felicitarte por la fiesta, ha sido increíble. Cuando salí de casa, mi madre no podía dejar de tomarme fotos y decir que era todo un caballero andante.

—Solo puedo decir que valió la pena tanto ajeteo —reconoció orgullosa—.

Hacemos un gran equipo.

—Lo sé, aunque acabo de integrarme, se nota la camaradería y dedicación que tienen.

—Vamos a casa, estoy rendida.

A la mañana siguiente, Abby y Lucy se preparaban para ir a recoger a Alejandra

y llevarla un rato al parque, cuando Eva apareció.

—No me digan nada, por favor —pidió consternada.

—Luis te ha llamado tres veces —informó Lucy un tanto seria—. Anoche desapareciste sin decir nada y el chico...

—Lo sé. —Se llevó las manos a las sienes—. Tengo que hablar con él.

—Eva, esta no era la forma de...

—No empieces a sermonearme, por favor. Te juro que estoy sumamente avergonzada con Luis. Sé que hice mal y voy a ponerle remedio cuanto antes.

—

Sin más, se dirigió a su cuarto.

—Pobre hombre, no quisiera estar en sus zapatos —expresó Lucy apenada y terminó su café.

—Solo era cuestión de tiempo. Lo supe en cuanto mi primo regresó. Esos dos son como la Tierra y la Luna, se atraen de forma irremediable y orbitan uno en derredor del otro —comentó Abby, y dejó la taza vacía en el fregador.

—Hablando de atracción, ¿qué pasa contigo y el nuevo jefe? Te besó delante de todos. Mañana no se hablará de otra cosa en la empresa.

—Lo sé. —Se giró Abby, molesta—. Ese tipo es insufrible. ¡Está loco!

—Sí, pero por ti. Y lo más raro de todo es que no le importó demostrarlo.

Ahora todos los caballeros en la empresa saben que eres terreno prohibido por ser propiedad del jefe.

—¡No soy propiedad de nadie! —gritó furiosa.

—Lo sé, pero ya sabes cómo son los chismes de pasillo.

—Te prohíbo que contribuyas en alimentar esos chismes, Lucinda.

—¡Me ofendes! Ante todo, eres mi amiga. —Fingió sentirse insultada—.

Aunque, por otra parte, me alegra que por fin te des una oportunidad en el amor.

Víctor Alcántara está de muerte, es guapísimo y con esos ojos tan profundos derrite las piernas.

—¿De qué estás hablando? No voy a... —ni siquiera era capaz de pronunciarlo

—. ¿Olvidas que tengo una hija? A los hombres, en especial a los tipos como él,

no les interesan las mujeres con pasado y un paquete incluido.

—Abby, ¿hasta cuándo vas a seguir torturándote con eso? Lo que pasó esa noche no te hace una mujer fácil.

—Eso no es lo que opinan las personas. ¿Qué crees que pensará de mí el respetable Víctor Alcántara cuando sepa que ni siquiera sé quién es el padre de

mi hija porque, cuando fue concebida, estaba borracha?

—Abby, no te hagas eso —suplicó abatida—. Deja que sea él quien decida, y si resulta que no es capaz de lidiar con eso, entonces no es digno de ti.

—No, Lucy. No puedo arriesgarme a recibir su desprecio, prefiero cortar de

tajo. Hay demasiado en juego, tengo que pensar en la estabilidad y bienestar de

Alejandra.

—No es justo que te castigues toda la vida por el error de una noche.

—La vida no es justa, Lucy, ya tienes edad suficiente para saberlo.

El día era soleado y no se sentía tanto frío. A pesar de estar por iniciar el invierno, la proximidad de la Navidad tenía a la niña sumamente emocionada.

—Ya quiero llegar a casa y hacer mi cartita al niño Jesús —comentó Ale mientras se dirigían al lago para alimentar a los patos.

—¿Qué vas a pedir? —preguntó Lucy sonriente. Te vas a llenar de regalos, en una semana es tu fiesta y luego Navidad.

—Una muñeca con su carriola, un juego nuevo para mi *tablet* y un pa... — guardó silencio, apenada.

—¿Qué pasa, mi cielo? ¿Por qué callas? —Abby le pasó la mano por el cabello.

—No seas tímida, mi niña, di lo que quieres.

—¿Está mal pedir un papá?

Abby se quedó petrificada. Lucy se colocó a la altura de la niña y, con ternura, dijo:

—No, tesoro, no lo está. Es más, yo te ayudo a pintar tu cartita.

Alejandra salió corriendo a la orilla para arrojar migajas de pan a los patos, que de inmediato se acercaron a comer.

—Lucy, ¿por qué alientas a mi hija?, ¿sabes que eso es imposible?

—No, no lo es. ¿Sabes una cosa? Cuando era niña, mis hermanos siempre me decían que era una estúpida por tener sueños y esperanza en todo. No soy tonta,

sé que la vida no es perfecta, pero también sé que si luchamos lo suficiente, todo es posible, menos evitar la muerte. Hay que tener fe, Abby, si no, ¿qué sentido

tiene la existencia?

De regreso a casa, Eugenia las invitó a cenar. Edgar llegó con dos ramos de flores, uno de gerberas para su madre y otro de rosas rojas para Eva, por lo que Abby y Lucy bromearon con él al decirle que era una descortesía no llevar flores a todas las damas del castillo.

—¿Qué sentiste al reencontrarte con tu amor de adolescencia? —se burló Edgar una vez que estuvieron sentados a la mesa.

—¿Qué? ¿De qué diantres estás hablando? —Abby lo miró ceñuda.

—¿Es en serio, Abby? —preguntó Edgar con la cuchara a medio camino y la boca abierta—. ¡No puede ser! —Soltó una carcajada—. No tienes ni idea, ¿verdad?

—No sé qué te causa tanta gracia. ¿Acaso te has vuelto loco?

—Ahora entiendo el porqué de su mal humor esta mañana. Yo estaría igual que Víctor si mi novia de verano y la chica a la que di su primer beso se hubiera olvidado de mí y no me reconociera años después.

—¿Qué? —La iluminación llegó de golpe—. ¿Manu?

Edgar volvió a reír a carcajadas.

—Esa misma expresión puso él cuando le dije que la rubia que lo dejó

embobado era Trenzas de pelos de elote.

A Abby le costó asociar la imagen del chico flacucho y con frenos bucales, con

el hombre que la había besado dos veces en una misma noche. Entonces todo lo

dicho por él cobró sentido. Él tenía ventaja porque sabía quién era ella, en cambio, como bien dijo su primo, ella no tenía ni idea.

—¡Qué oso! ¿Cómo iba a saber? Está tan diferente y yo lo conocí como Manu.

—Se sonrojó avergonzada—. Ahora me siento una reverenda estúpida.

—En la escuela lo llamábamos Manu, por Manuel, su segundo nombre —

explicó Edgar—. No te azotes, prima, no pasa nada; te perdonará, lo has dejado

impresionado.

—No lo creo. Es imperdonable lo que hice. Debe creer que estoy loca.

—Entonces, ¿por qué me ha preguntado todo de ti?

—¿Qué le dijiste? —preguntó aterrada.

—Nada que no sepa todo el mundo. Que eres madre soltera, que estás enfrascada en tu hija y el trabajo, que no sales con nadie...

—¡Dios! Ahora entiendo por qué cuando estrechamos las manos y no lo reconocí, se molestó tanto.

—Chica, y no es para menos. Yo te hubiera sentado sobre mis piernas y te hubiese dado unos buenos azotes en el trasero —dijo Eva con un brillo de diversión en los ojos.

—Si lo hubieras conocido entonces, tampoco lo reconocerías —argumentó indignada.

—Así que tu novio, ¿eh? —expresó Eva con malicia.

—No es lo que estás pensando.

—¿Qué sabes tú lo que estoy pensando?

—Conozco esa mente cochambrosa que tienes.

Edgar soltó una carcajada.

—¿Y tú de qué te ríes? Más bien deberías defenderme —lo regañó Eva.

—¿Qué quieres que diga, amor? Mi prima te conoce bien.

—¿Amor? ¿Alguien puede explicarme qué me perdí? —Eugenia miró a uno y luego a otro. Apenada, Eva desvió la mirada—. Creí que Luis y tú...

—No, mamá, ya no —interrumpió Edgar con una mueca como si un olor desagradable lo acabara de asaltar—. Eva está conmigo ahora.

Eugenia parpadeó confundida. No era tonta, algo había sospechado la noche anterior. Que su hijo lo reconociera abiertamente la desconcertaba.

—No quiero verme *métome en todo*, pero ¿desde cuándo ustedes...?

—Es una larga historia, madre. Solo te diré que esta mujer me ha atormentado por bastante tiempo.

—¿Yo? ¿Atormentarte? —soltó Eva sarcástica—. Sí, mucho he de haberlo hecho, pues tardaste cuatro años en volver.

—¿Cuatro años? Madre de Dios, eso quiere decir que ustedes... —Eugenia no

pudo evitar escandalizarse ante la idea de que por culpa de una aventura con esa muchacha a la que tanto adoraba se hubiera ido al traste el matrimonio de su hijo.

—No, madre, no pasó lo que crees. —Edgar pareció leerle el pensamiento—.

Desde entonces adoraba el suelo que Eva pisaba, pero no me acerqué a ella.

Respeté a Sara hasta el último día, aunque no lo mereciera. Por eso me fui.

»Esa mujer me dejó tan vacío y devastado que temí no tener nada que ofrecer.

Lo siento, mamá. Nunca te lo dije abiertamente porque no le vi caso, pero si Sara y yo terminamos, no fue por culpa de Eva. —Tragó saliva—. Sara me engañaba

con Javier, y no sé cuántos más. Por si eso fuera poco, me decía que no podía quedar embarazada, cuando la realidad era que nunca dejó de tomar la píldora.

En una ocasión en que el método falló, ella... —Lleno de resentimiento, tensó la

mandíbula—. Ella se deshizo del bebé.

—¿Qué? —Eugenia estaba al borde del colapso—. ¿Cómo pudo hacer algo tan monstruoso?

—Simple, madre, no deseaba perder su figura ni aceptar las responsabilidades que la maternidad conlleva. Y eso es solo la punta del iceberg. Fue por Abby y sus amigas que pude descubrir lo que ya sospechaba y eso solo destapó la cloaca.

—¿Por qué nunca me lo contaste?

—Era algo tan doloroso que necesitaba tiempo para recuperarme de las

pérdidas. Me siento tan culpable por mi hijo; de haber estado más al pendiente,

quizá...

—No puedes culparte por la mala decisión que tomó esa mujer. —Eugenia se puso en pie y lo abrazó con cariño.

Eva estaba conmocionada. Sabía que Sara era una mujer frívola y egoísta, pero

nunca se imaginó hasta dónde llegaban sus alcances. Más que nunca, deseó tomar en sus brazos a su hombretón y brindarle el consuelo que tanto necesitaba.

Sus miradas se cruzaron y ella pudo ver el dolor reprimido.

—Pero eso es pasado —expresó Edgar, se apartó de su madre y forzó una sonrisa—. Estábamos en que Eva es tu nuera ahora.

—No hasta que estén casados. Porque van a casarse, ¿verdad? No me salgan con que van a adoptar esas costumbres modernas de nada más juntarse y ya.

—Tía, no corras, apenas estamos acoplándonos el uno al otro —argumentó Eva espantada. Una cosa era aceptar darse una oportunidad y otra muy distinta, el matrimonio.

—Te prometo que haré todo de mi parte para convencer a esta damita de que acepte llevar mi apellido —expresó Edgar conciliador—. Ahora, volviendo a Víctor y Abby, él está muy interesado en ti.

—Yo creo que solo es un encaprichamiento alimentado por el cursi recuerdo adolescente y el reto que representó el que no lo reconociera.

—Lo conozco lo suficientemente bien para decirte que lo que menos tiene ese hombre es cursilería y sentimentalismo. Si está interesado en ti, es en la Abby

que vio en la cena, no en la chica larga y flaca que llevaba trenzas y gafas de pasta.

Abby se sonrojó hasta las uñas de los pies. No podía creer que el destino le jugara una mala pasada de esa manera. Guardaba recuerdos maravillosos de ese

verano y, por supuesto, de su primer beso, lo que la llenó de una contradictoria mezcla de sentimientos. Aún le era difícil asociar a su querido Manu con el implacable hombre que era Víctor.

—Así que tú y el jefe, ¿eh? —siguió Eva con un dejo de mofa.

—No. Por mucho que me agrade Manu, es pasado, ya no existe y solo queda

Víctor Alcántara, y eso es otro cantar. Ahora, ¿podemos cambiar de tema, por favor? —pidió.

El lunes por la mañana, Abby estaba de un humor de perros, aunque todo el fin de semana se había mentalizado para el radio pasillo, no dejaban de molestarle

los cuchicheos a su paso y las miradas curiosas. «Maldito Alcántara», pensó enfadada. Se encerró en su oficina con la firme intención de no salir en todo el día.

— *Abby, te llama Alba por la línea dos* —anunció su secretaria por el intercomunicador.

—Está bien, gracias. Hola, Alba, buenos días. —Para ella no era nada

extraordinario hablar con la secretaria de presidencia. La mujer llevaba toda una vida en la empresa y era una especie de mamá de los pollitos.

— *Abby, querida, antes que nada, maravillosa la cena, te luciste, linda. Se hablará de ella por generaciones, ya lo verás.*

—Gracias, Alba, eres muy amable.

— *No es amabilidad, es la verdad. Tienes bien merecido el bono. ¿Ya pensaste*

en qué lo vas a gastar? Deberías irte a Las Vegas y soltarte la melena.

Abby pensó en la última vez que se «soltó la melena», como decía Alba.

Recordar esa noche era una contradicción total, pues había sido el mayor error de su vida, aunque al mismo tiempo no podía arrepentirse porque, gracias a ello, tenía a Alejandra, que era su máximo en la vida.

—Agradezco el consejo, Alba, pero paso. Había pensado en unos cuantos días en la playa con Ale y mi tía. Creo que un descanso nos vendría bien a las tres.

— *No es una mala idea. ¿Cuándo te gustaría ir? Recuerda que tienes que avisar con tiempo.*

—Lo sé. Aún no he hablado con la tía.

— *Cambiando de tema, linda, tienes que estar en la sala de juntas de presidencia en quince minutos.*

«Víctor», pensó irritada. Se preguntó qué querría.

—Está bien, gracias, Alba.

— *Una vez más, felicidades, bonita.*

Tras colgar, Abby se preparó para el encuentro con el hombre que, durante las últimas veinticuatro horas, había estado presente en sus pensamientos, incluso en sus sueños. Se sonrojó al recordar parte de este.

Nunca había tenido ese tipo de sueños, no al menos que ella recordara. Víctor y ella en una cama, él recorriendo su piel con experta lengua; sus manos, su boca, su olor la volvían loca. Él la poseía de una y mil formas hasta llevarla al éxtasis. Todo era inmensamente placentero hasta que ella abrió los ojos y de pronto se encontraba en la habitación que, vagamente recordaba, era la misma

del hotel en que pasó la noche con el padre de Alejandra. Víctor estaba sobre ella, enterrado hasta el fondo en su cuerpo. La observó con intensidad al tiempo que llegó a una salvaje liberación. Entonces, con ternura, se inclinó hacia ella y le susurró al oído: «Ahora llevas mi marca, eres mía, para siempre».

En ese momento se había despertado; el corazón latiéndole a mil revoluciones y el cuerpo cubierto en sudor. Fue tan vívido que aún conservaba la sensación en su cuerpo, como si realmente hubiera ocurrido. Sintió el cosquilleo del deseo palpar en su centro. «¡Dios mío! Con solo pensarlo me vuelvo a humedecer»,

se recriminó molesta por reaccionar a él de manera tan primitiva.

Respiró hondo para calmarse. Por culpa de su mente, que se negaba a dejar ese

sueño en el olvido, sentía los pezones duros y el cuerpo extremadamente sensible. «¡Maldición! No puedo presentarme en este estado ante él».

Desesperada, se metió en el baño privado de la oficina de su jefe y se refrescó el rostro y la nuca con agua helada.

Entonces cayó en la cuenta de que el licenciado aún no había llegado y su periodo de vacaciones ya había terminado. Pensó en que quizá las tormentas de

nieve pudieron retrasar su vuelo. Se dijo que hablaría con él al finalizar la junta.

Se observó en el espejo y soltó un quejido. A pesar del agua helada, tenía las mejillas sonrosadas y los ojos un tanto febriles. Resignada, se retocó el maquillaje, tomó su carpeta y la libreta de notas, y salió dispuesta a enfrentarse al león.

—Hola, Alba —saludó a la mujer con un suave beso en la mejilla.

—Linda, ¿qué te hiciste? Eres una belleza, no te ofendas, pero esta mañana estás radiante.

Abby no comprendió el comentario de la señora; se había vestido y maquillado

de la forma habitual, su típico traje sastre de color oscuro, de falda entubada encima de la rodilla, camisa blanca abotonada hasta el cuello y un apretado

moño en el cabello. Nada fuera de lo que normalmente acostumbraba.

—Alba, creo que necesitas renovar tus lentes. —Optó por el buen humor.

—¿Abigail? ¿Qué haces aquí?

Esa voz chillona la reconocería en cualquier parte. Consternada, Abby cerró los ojos como si de esa forma la mujer que estaba parada a unos pasos de ella pudiera desaparecer. Por desgracia, Mónica López era tan real como el

calentamiento global.

Capítulo XI

Con fastidio, Abby levantó el gafete que llevaba colgado al cuello para que la mujer lo viera.

—Este es mi lugar de trabajo, más bien el punto sería, ¿qué haces tú aquí?

¿Vienes a pedir trabajo?

—¡Obvio que no! —exclamó indignada—. Vengo a ver a mi novio —expresó con orgullo.

—¿Novio? ¿Que no se supone...?

—No, ya no. —Adivinó el resto de la pregunta—. César y yo nos divorciamos

hace un par de años. Me duele reconocerlo y darte ese placer, pero tenías razón, es un mediocre bueno para nada. Ni siquiera en la cama era bueno. En cambio,

mi hombre actual —bajó el tono de voz—, ese sí que es un tigre. —Le guiñó el

ojo como en un gesto cómplice.

Abby levantó las cejas, sorprendida. De todas las personas que pudieran pisar la empresa, Mónica era la última con la que pensaba encontrarse.

En ese momento, se abrió la puerta de la oficina presidencial. Víctor se quedó petrificado al ver a la delgada mujer que creía haber dejado en Europa.

—¡Cielo! —exclamó Mónica y se tiró a sus brazos.

—¿Qué rayos haces aquí? —preguntó ceñudo.

—Fuiste un chico muy malo al marcharte sin despedirte —ronroneó como una gatita y le dio un fugaz beso en los labios—. Tu madre me dijo que habías regresado a México, así que decidí venir y darte la sorpresa.

—Mónica, no sé qué te habrá dicho mi madre, pero en este momento estoy muy ocupado. Mi tío acaba de salir del hospital y tengo que hacerme cargo de la empresa. —Se retiró del cuello los brazos de la inesperada visitante y la apartó de sí.

Abby se quedó pasmada. Una vez más se repetía la historia y por causa de la misma mujer. Sin decir nada y sintiendo cómo una terrible náusea le subía a la garganta, se dio media vuelta con la intención de marcharse de nuevo a su oficina.

—No te vayas, Abigail, tengo un asunto urgente que tratar contigo.

Paró un instante y, sin volverse, dijo:

—Puedo regresar más tarde, cuando esté desocupado. —Sin hacer caso a sus protestas, entró en el elevador. Antes de que las puertas se cerraran por completo, alcanzó a ver que él avanzaba hacia ella con fuertes zancadas y la furia pintada en el rostro.

En cuanto el ascensor llegó a su piso, se encerró en el aseo general de damas.

No sabía qué le pasaba; se suponía que Víctor Alcántara no le importaba en lo más mínimo, ¿entonces? ¿Por qué sentía esa terrible opresión en el pecho como

si un cuchillo afilado lo hubiera desgarrado? ¿Por qué reaccionaba como la esposa traicionada? ¡No tenía derecho alguno! Víctor no era de su propiedad; para empezar, no era nada suyo.

Tres días antes, para ella, él era un desconocido hasta que Edgar develó el misterio y, aun así, no conocía de nada al hombre en quien se había convertido

Manu.

Sí, habían tenido un lindo romance juvenil, pero se terminó hacía años y no quedaba nada más.

Abrió el grifo y se refrescó el rostro.

—Abby, ¿estás bien? —Lucy acababa de salir de uno de los sanitarios.

—Yo... no sé. —No pudo contener las lágrimas. Emociones que creía enterradas y superadas se mezclaron con las nuevas.

—¿Qué sucede, bonita? —La abrazó con cariño.

—Mónica está aquí, ¿y sabes qué es lo más cómico?, ¡es la novia de Víctor!

—¿Qué? Eso no es posible, ella está casada con César.

—Al parecer ya no. Dice que se divorciaron.

Lucy se quedó sin habla por un momento mientras procesaba lo que su amiga le había confesado.

—¡Cielos! Esto sí que es jugar rudo por parte del destino, mira que sea precisamente ella la que se interponga entre tu hombre y tú.

—Él no es mi hombre —replicó ahogando un sollozo. No entendía por qué lloraba si entre Víctor y ella no había nada. Se dijo que quizá era su orgullo herido por segunda vez.

—Pues yo apostaría a que él no opina lo mismo. ¿Estás segura de que ellos...?

—Hizo una mueca.

—Sí, Lucy. En cuanto lo vio, ella se arrojó a sus brazos.

—¡Ba! Eso no explica nada, conozco cada clase de busconas que avergüenzan al género femenino —aseguró pensativa—. Y por los antecedentes de esa mujer,

no me fiaría de ella por nada del mundo; recuerda que se casó con César sabiendo que él andaba con las dos al mismo tiempo. Para mí, eso es suficiente

razón para que no le crea ni una sola palabra. Lo importante es cómo reaccionó

él.

—Yo... —reflexionó por un instante—. En primera instancia, con sorpresa y luego —hizo una pausa para analizar todo a detalle—, creo que con disgusto.

—¿Lo ves?

—Eso no explica nada. Muchos hombres reaccionan así cuando la novia les cae de sorpresa y espanta a la nueva conquista.

—No digas eso, ¡tú no eres la otra! —aseveró indignada.

—Ese es el problema, ¡no soy nada! —Tapó su boca asombrada de lo que acababa de aceptar.

—Vaya —expresó Lucy consternada—. No creí que él te importara tanto.

—Ni yo. Digo, no, no me importa. No tiene por qué. —Meneó la cabeza, abatida.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada. —Salió del tocador y se dirigió a su oficina.

No quería encontrarse con él, aún no, pero sabía que era inevitable. Víctor Alcántara no era del tipo que se puede evitar dándole la vuelta.

—Maya, ¿serías tan amable de prepararme un café? Cargado y sin azúcar, por favor —pidió de camino al despacho de su jefe. Tenía la esperanza de que el licenciado ya hubiera regresado y así centrarse en sus propios pendientes.

No le sorprendió que, al entrar, su tormento personal estuviera sentado en la silla giratoria. Víctor se puso de pie y avanzó hacia ella.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué tardaste tanto?

—¿En qué puedo servirle, señor Alcántara? —ignoró sus preguntas y pasó de largo para ocupar la silla en la que, minutos antes, él había estado. Dejó la carpeta y su libreta sobre el escritorio y tomó unos documentos para no tener que mirarlo.

Él llegó hasta ella, giró la silla y colocó las manos en los apoyabrazos, lo que la dejó atrapada. Inclino el cuerpo hasta que sus rostros quedaron muy juntos.

—¿Por qué no me esperaste? —la increpó.

—No quería interrumpir tan conmovedora escena.

—Abigail, esto no es lo que piensas. Mónica no es nada mío.

—Lo que usted haga con su vida es asunto suyo. No me interesa —lo cortó—.

¿Ahora sí me dirá para qué me mandó llamar?

Víctor la miró como si quisiera estrangularla. La atracción entre ellos prendió ante la cercanía de sus cuerpos y cargó el ambiente de electricidad. Sin darse tiempo a pensar en lo que hacía, él la tomó por la nuca y la besó.

Abby intentó apartarlo; su traicionero cuerpo se derritió y las imágenes del sueño se mezclaron con la realidad, lo que le exaltó los sentidos. Víctor la besaba con exigencia, como si necesitara reafirmarse en ella.

Entonces la imagen de Mónica colgada de su cuello y besando los mismos labios que ahora la devoraban a ella fue bastante para salir del encanto y apartarlo con un brusco empujón. Indignada y celosa, estampó su diestra en la mejilla masculina.

Víctor colocó su mano sobre la marca rojiza que ella le había dejado y sonrió de modo siniestro. Sin que Abby lo esperara, volvió a tomar sus labios y, una vez más, saqueó su boca.

Ella repitió la acción en la otra mejilla y él volvió a besarla.

—Si quieres podemos seguir así toda la mañana. Por mí, encantado —expresó después de la última bofetada. Abby lo fulminó con la mirada—. Ya te dije que

eres mía, Abigail, y ni Mónica con sus cuentos ni nadie va a impedirlo.

—Eres un cerdo arrogante. —Lo apartó de sí y se puso en pie para alejarse

unos pasos—. ¿Qué le pasó al chico que solías ser?

—Por fin lo recuerdas. ¿A qué debo el honor? ¿Fueron los besos?, ¿quizá...?

—En realidad fue Edgar quien me lo hizo ver. —No le extrañó el gesto de disgusto y la forma en que él frunció los labios—. Siento mucho el no haberte reconocido, pero no puedes culparme, estás muy cambiado. Como ya lo dije, en

nada te pareces al chico que yo recuerdo.

—No sé si sentirme ofendido o halagado, quizá ambos. Tienes razón, cambié, tú también lo hiciste.

—Víctor, terminemos con esto. No le veo caso seguir atados a algo que ya fue.

—¿Que ya fue? —masculló molesto—. ¿Así sin más me lo dices?

—¡Por Dios! ¡Solo fue un romance de adolescentes! —explotó exasperada.

Él la miró de nuevo con esa expresión indescifrable como cuando se vieron por

primera vez en la cena. Iba a decir algo, pero en el último instante guardó silencio y abandonó la oficina.

Abby quedó desconcertada. ¿Había sido dolor lo que había visto en sus ojos?

En cierto modo, lo había herido, pero ¿por qué? No lo comprendía. Sabía que debía sentirse aliviada de que la hubiera dejado sola, en lugar de eso, una inexplicable tristeza la invadió. Era como si se hubiese perdido de algo importante y no existiera el modo de recuperarlo.

El resto de la jornada lo pasó taciturna y de mal humor. Cuando llegó a su apartamento, Alejandra ya estaba allí, Lucy la había recogido de la casa de la tía Eugenia.

En cuanto la vio, la niña se dejó ir a sus brazos para que su mamá la levantara

y besara como siempre.

—Mami, te trajeron unas flores superbonitas. Parecen pajaritos —comentó con

su vocecita emocionada.

—¿Qué? —Miró a Lucy en busca de una explicación.

—El arreglo está sobre la mesa. Es espectacular, debo decir —expresó sin emoción.

Abby colocó a su hija en el piso y se encaminó al pequeño comedor. En efecto, el arreglo floral era muy bonito. Aves de paraíso destacaban en perfecta armonía con otras florecillas. No necesitó tomar la tarjeta para saber de quién era. Solo una persona, aparte de sus amigas, sabía que esas flores exóticas eran sus favoritas. Nada de chocantes rosas ni claveles.

El ave de paraíso era para ella algo extraordinario. Recordó aquel verano, cuando conoció a Manu, los padres de él se habían separado y, para distraerlo del trago amargo, Edgar lo invitó a pasar esas vacaciones con su familia.

El padre de Abby había decidido aceptar la oferta de su hermana Eugenia y se unieron a la aventura. Rentaron unas cabañas rústicas a la orilla del mar. Fue una experiencia maravillosa.

Edgar, Manu y Abby conectaron desde el primer instante y no se separaron en todo el tiempo que duró la travesía. Nadaban, jugaban baloncesto, ajedrez y daban largos paseos por la playa. La prima Paulina se les unía de vez en cuando,

por lo que, pocas veces, Manu y Abby pudieron quedarse a solas.

Unos días antes de que las vacaciones terminaran, él la había llevado al hermoso jardín de la cabaña en la que se alojaban. El tiempo para estar juntos se agotaba. Entonces, sin que ella lo esperara, él le dio su primer beso.

Había sido un instante mágico. Con sus labios, él despertó en ella una necesidad que hasta entonces le era desconocida. Los estragos de la atracción física espantaron al sentido común de ambos, los llevaron al límite y, de no haber sido por la tía Eugenia, que gritó para llamarlos a cenar, se habría entregado a él sin reparos.

Manu había cortado una flor y se la obsequió al tiempo que le pedía que nunca se olvidara de él. Abby la recibió encantada por la forma y el color.

«—¡Es como un pajarillo! —había exclamado fascinada.

—Se llama ave de paraíso —dijo él satisfecho.

—A partir de ahora, son mis flores favoritas. ¡Gracias, Manu! —Y ella lo había

besado».

Volvió de sus recuerdos para observar el arreglo.

—Tíralas, regálalas, o hazles lo que quieras. No me interesa —dijo a Lucy, y se dio media vuelta sin tocar la tarjeta.

—¿Por qué no las quieres, mami? Son muy bonitas. ¿Me las puedo quedar? La tía Lucy no me dejaba tocarlas hasta que llegaras —pidió la niña con ojos brillantes.

—¿Y tú para qué las quieres? —preguntó Lucy sonriente.

—Quiero jugar con mis muñecas a que eran unas hadas en un prado mágico.

—Son todas tuyas, princesa —concedió Abby maravillada por la inocente imaginación de su hija.

Eva llegó un rato después. Edgar la había invitado a cenar fuera.

—¿Qué tienes, amiga? ¿Por qué esa cara? —la cuestionó Lucy nada más verla, cerró el tarro de helado que sostenía en las manos, apagó el televisor y se dirigió hacia ella.

—Nos encontramos a Luis y unos amigos suyos en el restaurante. Fue bastante raro e incómodo. Más aún porque el día del juego él me había presentado como

su novia. Imagínense el oso que pasó el pobre cuando me vieron llegar del brazo

de otro.

—Pobre chico —exclamó Abby desde el sofá.

—Si antes no me dirigía ni la palabra, ahora querrá matarme. —Eva se dejó caer en el sofá junto a Abby.

—¿Y cómo se lo tomó mi primo?

—Horrible. Se puso celoso hasta la pared de enfrente, me sacó del lugar, discutimos y me trajo a casa.

—¿Sin cenar?

—Lucy, la comida es lo de menos. —La fulminó con la mirada—. Ese hombre va a matarme. Es mi cruz. —Cansada, cerró los ojos—. Tiene que aprender a controlar sus celos y entender que no soy una maldita cosa que le pertenece. De

lo contrario, se irá de paseo al famoso rancho de Jalisco[\[4\]](#).

—Qué mal. Por lo visto hoy ha sido un día terrible —comentó Lucy sin la chispa habitual en ella. Tomó asiento en el sillón individual.

—¿Y a ti qué te sucede? —Abby se percató del cambio en su amiga—. Desde

que llegué estás extraña, como apagada.

—Samuel me mandó de paseo.

—¿Qué?

—Dice que su madre está enferma y que, como es hijo único, requiere de él, que por eso no tiene tiempo para una relación. Es un enfaldillado[5].

—¿Desde cuándo eso te ha detenido? —se burló Eva—. Si hay que cuidar a la suegra, apúntate a la tarea y tendrás al chico en la bolsa. —Se puso en pie para ir a la cocina—. Ya sabes, te ganas a la madre, tienes seguro al hijo. ¡Ay, por Dios!

¿De quién es eso? —Señaló las flores.

—De Alejandra. —Lucy sonrió divertida.

—¿Qué? ¿Estás de broma?

—No, son de ella, Abby se las regaló.

—¿Puedes explicarme de qué está hablando esta lunática? —se dirigió a Abby.

—Víctor las envió, le pedí a Lucy que las tirara y Ale no lo permitió. Se adueñó de ellas y ahora no nos deja ni acariciarlas.

—Deberíamos aprovechar que la princesa está dormida para tocarlas — bromeó

Lucy.

—Ah, ahora sí tiene lógica. ¿Por qué no las quisiste? ¿Sigues enfada por lo de Mónica?

—¿Cómo...?

—Edgar me lo contó camino al restaurante. Dice que Víctor lo llamó furioso y lo citó en el bar que está a dos cuadras de la oficina, ya saben cuál, ¿no? El de la esquina. El caso es que le dijo que esa rogona se había aparecido en la oficina y que tú habías estado presente cuando se arrojó a sus brazos y lo besó.

—¿Y dicen que las mujeres somos las cotillas? —se mofó Lucy.

—Eso no es todo. Edgar dice que la familia de Mónica es amiga de la de Víctor de toda la vida, que, incluso, sus padres bromeaban sobre una boda entre

ellos. También me aseguró que Mónica es una de las razones por las que Víctor

se fue a vivir a Europa. Que lo acosaba constantemente y decía a todos que era su novia cuando no era verdad. Lo tenía tan harto que el hombre salió huyendo.

»Cuando esta se casó, Víctor creyó haberse librado de ella, pero la muy hija de

la... —se tragó la palabrota que pugnaba por salir de su boca—. El caso es que

en cuanto ella se divorció, volvió a la carga. Hace un año se fue a vivir a Londres

con la madre de Víctor y, desde entonces, entre las dos han tratado de manipularlo y llevarlo al altar.

—¡Eso es horrible! —expresó Lucy espantada—. Su madre debe estar loca.

¿Qué mujer en su sano juicio querría una arpía como esa de nuera?

Abby no supo qué decir. Lo que Eva acababa de revelarle era increíble,

aunque

si lo pensaba bien, la descripción sí sonaba a algo que haría esa chiflada.

En base a su experiencia pasada con César, le había quedado claro que Mónica

López era un persona malcriada, berrinchuda y acostumbrada a salirse con la suya valiéndose de los métodos que fueran con tal de conseguir lo que deseaba.

—Pobre hombre, lo compadezco. Y tú, Abigail —Eva la apuntó con dedo

acusador—, serías muy estúpida si dejaras que las macabras maquinaciones de esa loca te aparten de tu hombre.

—¡Que no es mi hombre!

—¡Ay, ajá! Eso que te lo crea quien no te conozca. Además, es tiempo de que

le des a esa bruja una dosis de su propia medicina —sugirió Lucy decidida.

—No voy a andar con Víctor solo por fastidiar a Mónica.

Eva maquinó un plan en su analítica cabeza.

—Piénsalo, bonita. Qué mejor manera de regresarle el favor a esa arribista. El

hombre te gusta, no será ningún sacrificio. Si las cosas se dan, ambos saldrán ganando. Quién quita y algo bueno sale de todo esto.

—Está Alejandra, ¿lo olvidan?

—Vamos, no seas tan dramática. —Eva la miró con fastidio—. Hasta la niña sabe que no todos los noviazgos terminan en matrimonio. Si tanto te preocupa su

reacción, no se lo presentes hasta que estés convencida de que lo suyo puede funcionar.

—Ya lo dije, no voy a andar con él solo por fastidiar a esa zorra.

—Eva tiene razón, Abby. —Lucy se colocó junto a ella y destapó el bote de helado del cual comía frente al televisor minutos antes de que llegara Eva. Se metió una cucharada y suspiró con verdadero deleite—. Hazle caso a la experta.

Ya viste como solucionó mi problema con Samuel en un santiamén. El caso es...

—Comió otra cucharada.

—Lucinda, deja de hablar con la boca llena. O desistes de parlotear y te dedicas a comer, o cierra ese maldito bote y canta lo que tengas que decir.

—Como decía. —Cerró el bote con gesto indignado—. Víctor es el primer hombre que realmente te mueve el tapete después del cerdo inútil de César y, como dice nuestra sabia amiga, sería una estupidez que lo dejaras pasar por culpa de una loca rogon. No tienes que andar con él por Mónica. Lígate a Víctor por ti, porque es lo que quieres, aunque si de paso fastidias a la diva, pues eso ya es un plus.

—Les agradezco sus consejos. Yo... —Se pasó la mano por el cabello, consternada.

Ni ella misma se entendía. Saber que Víctor no estaba interesado en Mónica la había alegrado hasta lo más hondo, pero también la aterraba el hecho de entregar nuevamente el corazón y salir lastimada.

—Lo pensaré, chicas, lo prometo. —Se puso en pie y se encaminó a su recámara.

—Un salto de fe, Abby. Solo necesitas eso. —Eva también se dirigió a su habitación pensando en su propio consejo.

A la mañana siguiente, seguida de sus amigas, Abby salió del ascensor de la

empresa sintiéndose exhausta. Había dormido poco y aún estaba indecisa respecto a qué hacer con Víctor.

—¿Segura de que estás bien? —preguntó Lucy en cuanto llegaron a su lugar en recepción. Dejó el café en el mostrador, guardó el bolso en el cajón de siempre y se puso los auriculares del intercomunicador que ya estaba parpadeando repleto

de llamadas.

—Sí, no te preocupes.

—Chicas, las dejo, tengo que entregar unos reportes y mi jefe los quiere ya. —

Eva se alejó por el pasillo que llevaba al área contable.

—Marketing & Media —respondió Lucy al teléfono—. Claro, en seguida lo comunico. —Al tocar el teclado, se percató de que el botón de presidencia comenzó a parpadear indicándole que tenía una llamada—. Es del jefe mayor.

Me pregunto qué querrá. —Miró a Abby con intención.

—Recepción.

— *Buenos días, linda* —saludó Alba—. *¿Está Abby por ahí? Le marqué a su oficina y no contesta.*

—Sí, aquí está. ¿Quieres hablar con ella?

— *Oh, no, solo dile que el jefe quiere verla en su oficina cuanto antes.*

—Claro, yo se lo digo. —Colgó—. Qué novedad... —repitió el mensaje de la secretaria.

—No es lo que estás pensando —alegó al tiempo que ponía los ojos en blanco

—. Desde ayer el jefe había dicho que necesitaba hablar conmigo, pero con el asunto de Mónica se pospuso.

—¿No sientes curiosidad por saber de qué quiere hablarte?

—Sí, pero recuerda que la curiosidad mató al gato, y yo aún no quiero morir.

—Sonrió.

Capítulo XII

Después de que Alba la anunciara, Abby se dirigió al privado de presidencia.

Víctor la recibió en la entrada y se hizo a un lado para dejarla pasar con un gesto impersonal y cortés.

En cuanto ella puso pie dentro, él la aprisionó con su cuerpo contra la puerta, que se cerró de inmediato, y la besó con urgencia.

Abby tardó unos segundos en comprender lo que estaba sucediendo. El

desconcierto pronto fue sustituido por deseo. Los labios de él exigían respuesta y sus manos recorrían la silueta femenina con deliberada sensualidad, lo que despertó los sentidos y provocó el placer.

—Víctor, no, aquí no —murmuró entre besos—. Alguien podría entrar y...

—Sí, aquí sí, Abigail. —Sonrió satisfecho porque ella no lo había rechazado, estiró la mano, puso el pestillo y volvió a devorar sus labios.

El sutil aroma floral de ella le calentó la sangre en las venas. Solo pretendía besarla y dejarle claro que no se daría por vencido, pero la fogosa respuesta de su deidad de cabellos del color de la miel terminó por hacerle perder la cordura.

Excitado hasta el borde del colapso, no quiso perder tiempo en desabotonar la

blusa, por lo que la desgarró, lo que provocó que los botones perlados salieran despedidos en todas direcciones sobre la moqueta de pálido color.

—¡Víctor! —protestó Abby ante su acto de salvajismo, lo que solo la encendió

más.

Él le subió la falda hasta la estrecha cintura y la instó a rodearlo con sus esbeltas piernas. Restregó su virilidad en la entrada del templo de su Venus personal y la llevó hacia el escritorio.

—Vas a matarme, Abigail. —Liberó los pálidos senos del sencillo sostén de encaje y los veneró con lengua y dientes, al tiempo que, con los dedos, saqueaba el cálido interior de su feminidad.

—Víctor... —suplicó.

—Me vuelve loco escucharte decir mi nombre. —Mordisqueó su cuello y comenzó un febril descenso hasta el templo de adoración que aguardaba por él.

A placer, saqueó sin piedad el néctar agridulce mientras se colocaba un condón.

—Eres mía, Abigail Santos. —Se hundió en ella hasta que no quedó espacio entre los dos.

Abby se desconocía, jamás imaginó que sería capaz de tanta sensualidad y desinhibición. Enfebrecida, le desabrochó la camisa y besó el torso salpicado de vello para después mordisquear sus labios.

De pronto imágenes distorsionadas y nebulosas de sí, haciendo eso mismo en una habitación de hotel, le llenaron la cabeza. Se tensó por un instante al comprender que era un recuerdo reprimido de su noche con el padre de Alejandra.

Víctor sintió el momento en que ella se puso rígida y lo atribuyó a la timidez.

La tomó por las caderas y la provocó a seguir el cadencioso movimiento.

La experta maestría de su amante pronto hizo que todo resquicio de culpa, duda o temor en Abby se fuera de vacaciones. Se entregó sin reservas a ese hombre que había conseguido, en solo unos días, sacarla de su letargo.

Víctor la llevó a la silla giratoria, la colocó a horcajadas sobre él y volvió a hundirse hasta el fondo. Cuando la sintió contraerse ante los primeros signos del orgasmo, le ordenó:

—Mírame, Abigail. —Quería ver en su turbia mirada, los estragos de la explosión orgásmica que le provocaba. Gustoso se bebió los gritos de ella cuando juntos alcanzaron la cúspide.

—Eres increíble —murmuró al oído de la chica al tiempo que le acariciaba la espalda. Aún permanecían unidos íntimamente, pues ella seguía sentada sobre su regazo.

Cuando la cordura regresó a su cerebro, Abby le reclamó con fingida indignación.

—¿Cómo se supone que voy a salir de aquí si destrozaste mi ropa?

—Lo siento. En mi defensa he de alegar que me vuelves loco. —Sonrió socarrón.

—Me siento halagada por ello, pero no podemos seguir con esto así. En un santiamén me dejarás sin guardarropa.

—Con tal de tenerte, gustoso te compro uno nuevo y los que hagan falta.

—No es correcto. Al menos no aquí. —Lo miró con súplica—. No quiero que

los chicos piensen que gozo de privilegios porque me acuesto con el jefe. He luchado duro para llegar donde estoy.

—Lo comprendo y te admiro por eso. Ahora vístete o no podré concentrarme en tratar el asunto por el que te llamé. —Le dio una nalgada.

—Creí que me llamaste porque solo querías que me acostara contigo — bromeó.

—Aunque la idea del servicio a habitaciones es tentadora, ese no era mi plan, lo juro.

—¿Estás tratando de convencerme de que no me hiciste venir aquí con toda la intención de seducirme?

—Aunque no lo creas, así es. Solo quería darte unos cuantos besos y aclarar que entre Mónica López y yo no hay nada; por mucho que ella se empeñe en decir lo contrario.

—Te creo.

—¿En verdad? —espetó incrédulo—. ¿A qué debo el milagro?

—Edgar habló con Eva y ella lo hizo conmigo. Sí, ya sé que suena al teléfono descompuesto, pero tienes que reconocer que tanto mi primo como mi amiga lo hicieron de buena voluntad.

—Edgar es un bocón, pero si a eso le debo el tenerte... ¡Bendito sea!

—¡Mira nada más! —Molesta, señaló la blusa—. Está inservible. ¿Cómo voy a

salir de aquí con esta pinta?

Víctor se acercó a ella con una provocadora sonrisa que le dejó las piernas flojas. «Dios, es tan guapo», se dijo embelesada al contemplar el pecho cubierto de vello oscuro y el torso de formas perfectas.

—Cierra los botones del saco. —Acomodó con sus manos la blusa abierta hasta el nacimiento de los senos y abotonó la chaqueta—. Quita esto y listo. —

Soltó su cabello del apretado moño para dejar que las suaves ondas cayeran por

la espalda y sus hombros—. Estás preciosa, como siempre. —La besó en los labios—. Ahora, toma asiento, bonita.

Se trasladó al otro lado del escritorio para poner distancia entre ellos; sentía la tentación de volver a saltar sobre ella.

—No sé cómo voy a poder trabajar. Cada vez que me siento en esta silla, pensaré en ti sobre mí y... —gimió grave, gutural.

—Deja de alardear y dime para qué me llamaste. —Ignoró el estremecimiento de anticipación de su traicionero cuerpo.

—Supongo que estás enterada de que el licenciado Rodríguez está próximo a la jubilación —comenzó.

—Sí —respondió con cautela.

—El caso es que Ricardo no estuvo en Aspen esquiando, sino recuperándose de un infarto en un hospital.

—¿Qué? ¿Por qué no lo dijo? No comprendo. —Estaba realmente consternada.

—No quiere que se sepa. Su intención era regresar al trabajo, pero entre su esposa e hijos lo han presionado para que acepte la jubilación, por lo que solo estará con nosotros hasta fin de año.

—No puedo creerlo.

—Lo sé. Por desgracia, así es la vida.

—Aún tiene tanto que dar en esta empresa.

—Abigail, no me voy a andar por las ramas. Ricardo te ha propuesto como suplente ante la junta de accionistas y la votación fue unánime. A partir del primero de enero, serás la directora de Planeación y Proyectos.

Abby se quedó sin habla. Pasó las manos por su cabello y el rostro en una minicrisis de inseguridad.

—¿Y si aún no estoy lista y lo echo todo a perder?

—Eso es imposible. Todos te recomiendan y, por lo que he visto de tu trabajo, no tengo duda en apoyar la misión.

—¡Dios!

—¿Qué sucede? ¿No estás contenta?

—Claro que sí. Es solo que... —No se atrevió a terminar.

—¿Qué? Lo que sea puedes decirlo.

—No quiero que se ponga en entredicho mi capacidad solo porque tengo una relación contigo.

Víctor soltó un puño mental al aire. Su deidad acababa de reconocer que tenían

una relación, lo que significaba que ya podía ponerle las manos encima de forma

oficial.

—Eso no pasará, bonita. Todos saben que te lo mereces y que si se te ha nombrado directora es por tu esfuerzo y nada más.

—Sé que piensas que es una tontería de mi parte insistir, pero me preocupa el poder perder el respeto de mi equipo.

—¿Estás pidiéndome que lo dejemos? Porque sí es así, no pienso permitir...

—No. Solo que lo mantengamos en secreto un tiempo.

—Tarde o temprano se sabrá. Voy en serio contigo, Abigail. Y, ¿por qué no?, quizá llegar al matrimonio.

Ella se quedó pasmada. Matrimonio significaba no secretos, por lo tanto, tendría que contarle sobre su noche de exceso de copas y reconocer que desconocía quién era el padre de Alejandra. Aún no se sentía preparada para develar su mayor secreto y vergüenza.

—Víctor —por fin pudo articular palabra—, ¿no crees que es muy pronto para hablar del velo, el vestido, el traje y las flores?

El soltó una carcajada al verla tan aturdida.

—No estoy pidiéndote que te cases conmigo ahora, pero no descarto la posibilidad. —De pronto se puso serio—. ¿Te desagrada la idea de unir tu vida a

la mía de forma permanente?

—No es eso, siento que vamos muy rápido y me cuesta adaptarme. Además, no soy solo yo, tengo que pensar en mi hija.

—Lo sé. —Se puso en pie, llegó hasta ella y la levantó con suavidad para después rodearla con sus brazos—. No te quiebres esa cabecita tuya. Iremos al ritmo que dictes. En cuanto a tu hija, ansío conocerla.

—Gracias.

—Abigail, quiero que estés cómoda conmigo, que me tengas confianza. Esta es una relación de dos, ¿de acuerdo?

—Sí. —Se colocó de puntillas y lo besó.

Víctor sintió el pecho henchido de felicidad y satisfacción porque, por primera vez, ella se atrevía a iniciar el contacto físico. Eso hablaba de que por fin comenzaba a fiarse de él y a encontrarse a gusto en su compañía. Aceptó de buena gana el beso y correspondió con cautela, pues temía perder el control y si eso sucedía, no la dejaría salir de la oficina en muchas horas.

—Será mejor que te vayas o te arrancaré la ropa y de nuevo... —amenazó con una mirada cargada de promesas.

—Me voy. En un rato tengo junta con un cliente que ha estado renuente a renovar contrato. —Le dio un beso fugaz en los labios y se encaminó a la puerta.

—Abigail.

—Mm.

—Pasaré por ti a las dos para ir a comer.

—¿Me lo está ordenando el jefe o sugiriendo mi novio?

—Ambas. —Sonrió complacido. Entonces recordó que había quedado con su tío—. ¡Demonios!

—¿Qué?

—Me había olvidado de que le prometí a mi tío que pasaría a verlo.

—No pasa nada, otro día será. —Coqueta, le guiñó el ojo.

Víctor la escoltó a la puerta como todo un caballero. En cuanto abrió, se topó con una desagradable escena; Alba discutía con un peculiar intruso.

—Señorita López, ya le dije que el licenciado está ocupado.

Mónica, al escuchar la puerta del privado abrirse, se giró con una deslumbrante

sonrisa que murió al instante al ver con quién estaba Víctor.

—¿Qué hace ella aquí? —cuestionó roja de ira y con una mueca que descomponía su maquillado rostro.

—La pregunta sería qué haces tú aquí cuando te pedí que no volvieras —atacó él sin preocuparse por disimular su disgusto—. ¿Vas a obligarme a pedir a los de seguridad que te nieguen la entrada?

—No serías capaz —alegó indignada.

—Ya lo creo que sí. ¿Quieres probar?

—No seas grosero. Solo vine a invitarte a desayunar y decirte que tu madre llega esta tarde.

—¡Solo eso me faltaba! El escuadrón de la muerte viene en camino —masculló a punto de estallar.

—Me voy, tengo que preparar los informes para la junta con el cliente —se excusó Abby. Lo que menos deseaba era estar en medio del fuego cruzado.

Entonces Mónica reparó en ella y su aspecto.

—¿Y a ti qué te pasó? De la noche a la mañana decidiste volverte *sexy*. Pierdes tu tiempo si piensas que eso te va a servir...

—Agradezco tus observaciones y el que me encuentres atractiva, pero, en verdad, no tengo tiempo, yo sí tengo que trabajar. Alba, nos vemos después. —

Se dirigió al elevador con paso tranquilo.

Víctor no pudo evitar comérsela con los ojos. Mónica tenía razón; su adorado tormento se había desinhibido y emanaba una sensualidad tal que quitaba el aliento. Con el cabello suelto y en grandes ondas, la blusa abierta hasta el nacimiento de sus pechos, los labios hinchados, las mejillas sonrosadas y los altos tacones resaltando esas piernas de infarto. Abigail Santos era toda una tentación andante.

—¿Qué tanto la miras? —atacó furiosa.

—Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto tuyo. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo. Alba, no me pases llamadas a menos...

—Que sea un asunto de vital importancia —completó la secretaria.

—Qué tengas buen día. —Se dio media vuelta para regresar a su privado.

—¿Estás despidiéndome? Pero ¿y el desayuno? ¿Y tu madre?

—Dale mis saludos.

—¡Eres un grosero! —Solo obtuvo un portazo como respuesta.

Echando chispas, Mónica se encaminó a los ascensores para ir en busca de la zorra que pretendía quedarse con lo suyo.

—Estás muy equivocada si piensas que vas a ganarme —masculló queriendo aullar de rabia.

Justo cuando salía del elevador, se topó con Esthela Ruiz, una chica que estudió de intercambio con ella. «Esto es cosa del destino», pensó eufórica.

Por fin la suerte le sonreía.

—¡Esthela, qué gusto! ¡Mírate nada más, estás estupenda! —comenzó con renovada alegría—. ¿Qué ha sido de tu vida?

—Me casé, tengo dos hijos y ahora soy el jefe contable de la empresa. ¿Y tú? Lo último que supe de ti es que te habías divorciado y estabas por Europa.

—Sí, así fue. ¿Tienes tiempo de tomar un café? —Era momento de poner su plan en marcha. Qué mejor estrategia que tener un infiltrado en el campo enemigo.

—Por supuesto. Tengo un receso a las dos.

—Perfecto, paso a recogerte y luego te regreso, ¿te parece?

—Sí, estupendo.

—Nos vemos entonces. —Se despidió de mano y se marchó.

—Abby, ¿podrías pasarme...? —Eva entró de improviso en la oficina, pero al posar su mirada en ella, se quedó con la boca abierta—. ¿Qué demo...?

—No digas nada, cierra la puerta y ahora te explico.

Su amiga obedeció al instante.

—¿Vas a contarme o tengo que sacarte las palabras con sacacorchos? —preguntó impaciente.

—¡Dios! —Se sonrojó—. No sé qué me pasó. Él, yo...

—¿Tuviste sexo en la oficina?

—¿Tan obvio es? —Se cubrió el rostro, avergonzada.

—¡Eso es genial! Ahora mismo voy a prenderle una vela a Víctor Alcántara y a colocarlo en un altar.

—Eva, no bromees.

—Abby, en verdad, ya era tiempo de que soltaras el cabello, de forma literal también, te ves muy guapa así. Espero que a partir de ahora dejes de vestirme como una solterona.

—Eva, tengo miedo —soltó sin más.

Conmovida, su amiga se apresuró a abrazarla.

—Lo sé, pero piensa que no todos son como el imbécil de César.

—¿Eso quiere decir que ya perdonaste a mi primo? Porque hasta anoche lo tenías colocado dentro de la lista de los imbéciles. —Sonrió.

—Ese es otro asunto, y no, no lo he borrado de la lista. Me mandó un arreglo de rosas, pero si cree que con eso está todo en paz, es que no me conoce.

—Pobre, lo compadezco.

—Pobre nada, mira que ya sabe bien lo que hace y, mientras no controle sus celos absurdos, se las verá conmigo.

—¡Qué Dios lo proteja!

Eva sonrió complacida.

—¿Qué tal es? —Movi6 las caderas, insinuante—. ¿Es el le6n como lo pintan?

—Mejor —reconoci6 con las mejillas al rojo vivo—. Ahora dime a qu6 has venido, no creo que solo a cotillear, ¿o s6?

—No, pero de paso se entera una de cada cosa... ¿Sabías que mi mejor amiga

está liada con el jefe? Ese sí que es un chisme jugoso. Espera a que se lo cuente a Lucy —se mofó al ver lo mortificada que se ponía Abby.

—¡Te prohíbo que vayas por ahí ventilando mi vida privada!

—Es broma. No te sulfures. Volviendo al trabajo, que para eso nos pagan, necesito el informe de eficiencia de tu equipo para la elaboración de los bonos extras.

Las chicas se reunieron en el lugar de siempre para la hora del *lonch*. Edgar llegó de improviso y se unió a ellas.

—¿Hasta cuando vas a seguir ignorándome, Eva? —cuestionó molesto.

—Cuando dejes de comportarte como un *neandertal*, hablamos. —Se puso de pie—. Regreso a la oficina, de pronto se me quitó el hambre. —Y se marchó.

—Ahora sí la liaste, primo —comenzó Abby sonriente.

—Lo sé. No entiendo qué me pasa. Nunca en mi vida había sentido esto.

—¿Ni con tu esposa? —intervino Lucy asombrada—. ¿Entonces por qué te casaste?

—Estaba muy joven y Sara supo envolverme. Creí que la conocía, pero ya ven,

al final resultó una completa extraña.

—¿Qué vas a hacer para aplacar a la bestia? —Abby tomó un trago de su agua de limón con chía.

—No tengo ni idea, pero algo se me ocurrirá.

Mónica llegó a su *penthouse* hirviendo en cólera. Aventó la bolsa en el sofá y se dirigió al bar a por una copa de vino tinto. Estuvo rumeando sobre la charla

que había tenido con la tonta de Esthela, que fue de lo más interesante. «Fue tan fácil sonsacarla», pensó con burla. La mujer le había contado todos los chismes de oficina sin el menor miramiento.

Sin lugar a arrepentimientos, tomó el móvil y comenzó a marcar.

—¿Qué quieres, Mónica? —César contestó de mala gana.

—¡Uy, qué genio! —se mofó—. ¿Aún te interesa dar con Abigail y tu bastarda? Yo sé dónde están.

— *No juegues.*

—Es verdad.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó César sin rodeos, lo que no la extrañó, su ex la conocía de sobra para saber que ella no hacía nada sin un propósito.

—Que alejes a esa zorra de mi hombre.

—¿Sigues obsesionada con el sobrino de Alcántara? —Entonces reparó en lo que ella le había dicho—. ¿*Abby y Víctor*? —Su voz denotó incredulidad.

—Eso parece, pero no por mucho tiempo. He invertido demasiado en él y en soportar a su horrenda madre como para que llegue otra y se coma mi pastel.

— *Soy todo oídos.*

El resto de la semana transcurrió en aparente calma y sin novedad alguna de Mónica. Eva terminó por ceder a los mimos y halagos de Edgar, quien no se dejó

intimidar por el carácter agrio de su novia y consiguió su perdón.

Abby y Víctor trabajaban en consolidar las bases de su relación. Él

aprovechaba cualquier oportunidad para acorralarla y devorarla a besos.

—¿Cuándo me presentarás como tu novio ante tu tía y a Alejandra? Toda la semana me has dado evasivas —preguntó Víctor entre besos, estaban en el cuarto de las copiadoras.

—Mañana le festejaré a Ale su cumpleaños, creo que será un buen momento para que te conozca.

—Perfecto. —Sonrió satisfecho—. ¿Dónde y a qué hora?

—Será en el jardín de la casa de mi tía, como a eso de las dos.

El edificio, propiedad de Eugenia, tenía tres pisos y un gran jardín que se usaba como área en común.

—Te veré entonces. —Asomó la cabeza al pasillo, le dio un último beso y salió

sigiloso.

Capítulo XIII

Alejandra estaba radiante, disfrazada de la protagonista de la película *Valiente*, correteaba de un lado a otro seguida de sus amigas y compañeros del kínder.

—Felicidades, Abby, todo te quedó genial —alabó Dinorah—. Marbella estaba

desesperada por llegar, me volvía loca en el auto.

—Sé de qué hablas, lo mismo me pasó a mí en el cumpleaños de tu hija.

—Abby, dice la tía si ya quieres que sirvamos las minihamburguesas. —Se acercó Lucy con una sonrisa—. Estoy ansiosa por ver la cara de Ale cuando Eva

y yo le demos nuestro regalo.

—Sí, Lucy, es más, ayúdame a sacarlas de la cocina para ponerlas en las mesas

y que cada quien se sirva. ¿Nos disculpas, Dinorah?

Los niños comieron, corrieron y jugaron por un par de horas. Abby estaba un tanto impaciente, miró el reloj por quinta vez, era un tanto tarde y Víctor no había llegado. Se preguntó si se había arrepentido de formalizar la relación delante de sus familiares.

—Niños, ¡es hora de la piñata! —animó Lucy, y los pequeñines la siguieron entre gritos de euforia.

—Mírala, es como una niña —comentó Eva con nostalgia al contemplar a su amiga—. A veces envidio esa inocencia tan suya, es capaz de encontrar belleza

en las cosas más simples y ser feliz con ello.

—Sí, es fantástica —comentó Samuel uniéndose a la charla.

La mirada embelesada del chico demostraba que era un caso perdido ante los encantos de la bonachona de Lucy.

—Por cierto, ¿cómo sigue tu madre? —preguntó Abby con cortesía.

—Mejor. Desde que Lucy la visita para charlar y le lee, está de lo más animada

—reconoció con una tímida sonrisa.

—¿Qué te puedo decir? Es parte del don de mi amiga.

—Sí, Lucy es un ser de luz que ilumina todo a su alrededor.

—Razón de más para que la cuides. En ningún lugar encontrarás otra igual —

advirtió Eva con una sonrisa cómplice.

Después de romper la piñata, los niños insistieron en que la festejada abriera los regalos, por lo que Abby aceptó complacerlos.

Abby estaba tan absorta en lo que la niña sacaba de los paquetes que no reparó

en el hombre que se acercó a ella, la abrazó por detrás y le plantó un beso en el cuello al tiempo que le susurraba:

—Perdón por el retraso. Cortesía de mi madre.

Se giró para tenerlo de frente.

—Lo importante es que estás aquí.

—¿Crees que le guste? —Mostró un enorme unicornio de peluche blanco con el cabello de arcoíris.

—¡Es precioso! Le encantará. Ven, acércate. —Lo tomó de la mano y se encaminó hacia su hija que estaba rodeada de niños.

—Ale, ¿recuerdas que te hablé de Víctor?

—Sí, mami.

—Aquí lo tienes, de carne y hueso.

Víctor se inclinó para estar a la altura de la niña y se quedó conmocionado al ver su dulce carita adornada por unos increíbles ojos oscuros. Durante unos minutos le fue imposible articular palabra.

—¿Es para mí? —preguntó la niña emocionada ante el peluche que estaba al doble de su tamaño.

—Sí, es tuyo —contestó aturdido.

—¡Gracias! —Lo abrazó feliz.

—Tu noviecito es un aguafiestas. Nuestro regalo era el que más le había gustado hasta que llegó él con su caballote —renegó Lucy fingiendo un puchero.

Abby soltó una carcajada.

Durante el resto de la fiesta, la niña acaparó a Víctor; al igual que su madre, estaba fascinada con él.

La tía Eugenia estaba contenta con la elección de su sobrina y así se lo hizo saber.

Durante los siguientes días, Víctor asistió a cenar un par de veces a la casa de la tía Eugenia y, otras tantas, invitó a Abby a cenar fuera. Alejandra los acompañó en una de ellas y estaba feliz.

La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y, en casa de la tía, todo se preparaba para la gran cena. Lucy había invitado a Samuel y a su madre, Eva saludó a sus padres por teléfono y se disculpó por no poder ir a pasar las fiestas con ellos. Eugenia había incluido a los Assad, quienes recibieron la invitación de buen agrado, pues al ser extranjeros, no tenían muchas relaciones todavía. Víctor anunció que cenaría con su madre y su tío, pero pasaría más tarde.

La cena transcurría entre risas y alegres charlas.

—Abby, ¿es verdad que Ale ya tiene un nuevo papá? —preguntó Marbella con sus ojos inocentes.

Abby se atragantó con la sidra y sus mejillas se colorearon de rojo.

—Nena, esas cosas no se preguntan —intervino Dinorah apenada.

—¿Quién te dijo eso? —Con un gesto divertido, Eva observó a la niña.

—Ale, ella dice que se llama Víctor y que le prometió que más tarde vendría

—insistió la niña.

—Qué comunicativa salió la sobrina —ironizó Eva al tiempo que bebía de su copa.

Abby se exprimió los sesos buscando una respuesta adecuada para satisfacer la

curiosidad de la niña, pero sin dañar a Alejandra.

—Víctor..., él... —Miró a Eva en busca de ayuda.

—Linda —Eva la sentó en sus piernas—, las relaciones de los adultos son complicadas; primero necesitan conocerse, después, si todo sale bien, pueden casarse, y Víctor...

—Entonces, ¿él es de verdad? —La niña escuchó solo lo que quiso oír.

—¡Claro que es de verdad! —replicó Alejandra furiosa, pues cuando Víctor llegó a su fiesta, los Assad ya se habían retirado, por lo que su amiguita no lo conoció entonces—. Cuando venga, verás que sí existe.

Las niñas se fueron a la sala de televisión discutiendo por chiquilladas. El ambiente en la mesa, un poco tenso, se relajó ante la oportuna intervención de Eugenia.

Víctor llegó pasada la medianoche, cargado de regalos, en su mayoría para Alejandra. Saludó a los presentes y luego centró su atención en la niña que, arrastrándolo de la mano, lo llevó junto al árbol para abrir los obsequios.

—No deberías consentirla tanto. Después no hay quién la aguante —replicó Abby con falsa molestia al tiempo que observaba fascinada cómo su hija abría paquetes y bolsas con marcada emoción.

—Esto es para ti. Cuando lo vi, no pude resistirme. Me recordó el color de tus

ojos. —Sacó un estuche de una prestigiosa joyería.

Abby abrió los ojos sorprendida; el establecimiento, en que él le había comprado el obsequio, tenía fama de ser muy costoso.

—Yo... no sé qué decir. —Abrió el estuche con lentitud y manos temblorosas, como si esperase que saltara de su interior un animal ponzoñoso. Al ver el precioso collar de oro blanco con diamantes y esmeraldas, se quedó sin habla.

—Un «gracias» estaría bien —susurró, complacido, en el oído de la aturdida chica.

—Víctor, esto es demasiado, no debiste...

—Abigail, tratándose de ti, nada es demasiado. —La besó con ternura—.

Permíteme. —La hizo ponerse de espaldas para colocarle el collar—. Precioso.

—La contempló embelesado.

—Después de esto, me avergüenza lo que te compré —reconoció con las mejillas sonrojadas.

—Lo que importa es la intención. —Sonrió.

Abby le entregó un estuche que contenía un par de bolígrafos bañados en oro.

Era un obsequio práctico y útil.

—Muy bonito, gracias. —La abrazó con fuerza y le dio un cálido beso.

Cuando el festejo terminó, Víctor se ofreció a llevar en brazos y hasta su camita a la niña, que hacía mucho tiempo se había quedado dormida. Moría de ganas por quedarse, pero Abby no lo insinuó siquiera. Decidió que le daría tiempo, a fin de cuentas, solo llevaban un par de semanas de relación.

—Antes de que te vayas, hay algo que se me olvidó comentarte. —Él había llegado a la puerta principal—. ¿Quieres sentarte? —Víctor la siguió hasta el sofá—. Con el bono que ganamos por la cena y un poco de mis ahorros, reservé

un viaje a Cancún para mi tía, Alejandra y yo.

—¿Cuándo es la fecha?

—Toda la semana próxima.

—¿Me lo comentas como aviso o deseas que me una al viaje?

—Yo... pensé que tal vez te gustaría alcanzarnos.

—Me encantaría.

Para Abby esas fueron las vacaciones de su vida, playas paradisíacas, excelente

compañía y mucho qué ver.

Durante el día hacían paseos por los alrededores, jugaban en la piscina con Alejandra, que estaba alucinada con la nueva dinámica entre los tres, o simplemente hacían castillos en la arena.

Una tarde mientras caminaban por la orilla del mar, la niña iba en medio de los

dos adultos tomada de la mano de cada uno, como una verdadera familia. En su

inocencia, Alejandra rogó al cielo que esa felicidad nunca se terminara.

Víctor y Abby no compartían habitación, pero se las ingeniaban para estar juntos. Eugenia cuidaba de Alejandra para que ellos pudieran ir a bailar o tomar una copa.

—No puedo creer que la semana ya llegó a su fin. Mañana, de vuelta a la vida

normal —expresó Abby con pesar. Estaba en los brazos de Víctor, después de haber hecho el amor en la habitación de él.

—No te vayas. Quédate a pasar la noche. —Le besó el cuello.

—No puedo. Aunque la tía trata de adaptarse a los nuevos tiempos, en el fondo

es una persona chapada a la antigua.

—¿En verdad crees que no sospecha lo que hacemos? —Sonrió socarrón.

—Sí, pero, aun así, prefiero ser discreta.

—Está bien. Vístete antes de que me arrepienta y te encierre con doble candado.

El vuelo estuvo tranquilo y despejado. Llegaron a Monterrey el domingo cerca de las cuatro de la tarde. Víctor y Abby se despidieron en el aeropuerto, él quería pasar a visitar a su tío.

Abby y sus amigas se quedaron en la sobremesa en casa de la tía para ponerse al tanto de lo acontecido esos días. Lucy seguía acompañando a la madre de Samuel, que estaba mejorando visiblemente de su salud. Eva y Edgar habían vuelto a discutir, pero, por el momento, estaban en paz.

—¿Puedes creer que Edgar se molestó porque un tipo me estaba mirando el trasero? —expresó Eva indignada—. Le dije: «Si quieres, para la próxima, lo dejo en casa, así nadie me lo mirará».

—¡Ja! Cómo si eso fuera posible. —Rio Lucy al imaginarse la escena—.

Mejor cuéntanos, ¿qué tal las vacaciones?

Abby se sonrojó hasta el pelo.

—No, pues ya con eso nos dijiste todo —espetó Eva al mirar el bochorno de su

amiga.

—Genial, Víctor es maravilloso, pero —hizo una pausa—, tengo miedo —reconoció consternada—. Alejandra está encantada con él, pero ¿y si esto no termina bien? ¿Qué va a pasar con mi niña? No quiero que resulte herida.

—No seas pesimista, Abby.

—Eva tiene razón. El amor es arriesgarse y, sobre todo, estar dispuesto a ser feliz.

—Solo espero, por el bien de todos, no equivocarme. —Abby recogió su taza del café y la llevó al fregadero para lavarla.

El lunes por la mañana, Abby se reincorporó a sus actividades y checó pendientes con su equipo. Era cerca del mediodía cuando Lucy le informó que había una persona que insistía en hablar con ella.

—Abby, aquí hay un joven que dice que trae un emplaza no sé qué e insiste en que es necesario que lo firmes personalmente. Ya traté de persuadirlo, pero no cede.

—Está bien, Lucy, en seguida voy.

Abby llegó a la recepción y se presentó ante el joven.

—¿Es usted Abigail Santos?

—Sí.

—Le traigo este emplazamiento del Juzgado Quinto de lo Familiar.

—¿Qué? ¿Puede ser más claro al respecto?

—Lo siento, yo solo soy un notificador, eso tendrá que verlo con su abogado.

—Después de que ella firmó de recibido, se marchó.

—¿Qué es un emplazamiento? —preguntó Lucy con el ceño fruncido—. No me gusta como suena.

—¡Ay, por Dios! Es de César, está demandando la paternidad y custodia de Alejandra. —Casi se desmaya al solo decirlo.

—¿Qué? ¿Cómo supo dónde estamos? Mónica —cayó en cuenta—, de seguro esa arpía le dijo dónde encontrarte. Es demasiado obvio como para pensar en una coincidencia.

—¿Qué voy a hacer, Lucy?

—Por lo pronto, conseguir un buen abogado. ¿Abby? ¿Estás bien? —Corrió a auxiliarla—. Ven, siéntate aquí, te has puesto tan blanca como un papel.

Abby no podía apartar la mirada de los documentos que tenía en su mano. El conocido palpitar en sus sienes que presagiaba migraña comenzó a intensificarse.

—Será mejor que te lleve al sillón que está en tu despacho para que te eches un

rato. —Lucy la ayudó a ponerse en pie y Abby se dejó conducir como autómatas.

Una vez en la oficina, Lucy la recostó en el amplio sofá, entonces Abby salió del aturdimiento y reaccionó al sentarse de golpe.

—Tengo que conseguir un abogado urgentemente —exclamó con los ojos

dilatados, se levantó, se dirigió al escritorio y comenzó a revolver en los cajones con manotazos frenéticos.

—¿Qué haces? Abby, tranquilízate, todo va a estar bien.

—¡No! No va a estar bien. Ese hijo de... quiere quitarme a mi hija. ¿Y tú me dices que todo está bien? —gritó fuera de sí conteniendo las lágrimas.

—Abby, eso es imposible y las dos sabemos por qué.

—No, él ahora tiene mucho dinero y, en este país, con dinero se compra todo, hasta la justicia. —Al borde del colapso, se llevó las manos al rostro.

—Abby, no es momento de entregarse al pánico. En verdad, ese tipo no tiene posibilidades. ¿Quieres calmarte, por favor? —Lucy no sabía qué más decir o hacer para consolarla.

—¿Cómo me pides eso? Es mi hija, ¡mi hija!

—Creo que deberías hablar con Víctor, quizá él pueda ayudarte —sugirió Lucy.

Como si hubiese sido invocado, Víctor entró en el despacho y, al ver a Abby tan alterada, se preocupó.

—Decirme ¿qué?

—Yo los dejo. —Lucy salió sin más.

Alarmado, Víctor llegó hasta Abby y la cubrió con un protector abrazo.

—Sea lo que sea, estoy aquí. Permíteme ayudarte —le susurró al oído.

Después de su padre, Abby no se había sentido tan amada y resguardada por un

hombre. Le gustaba la sensación de saber que había alguien que la respaldaba y

se preocupaba por su bienestar y el de su hija. Desbordada, no pudo contener el

llanto y se apoyó en el fuerte hombro. Él la consoló con palabras dulces y con ternura le acariciaba la espalda.

—Ahora que ya estás más tranquila, cuéntame, bonita, ¿qué te tiene tan mal?

—Es César, ha demandado la paternidad de Alejandra y quiere quitármela.

—¿Puedo? —Señaló los papeles que, cuando él había entrado en la oficina, ella sostenía con manos temblorosas.

—Adelante.

Víctor leyó el emplazamiento y de inmediato sacó el móvil.

—Hernández, ¿tienes tiempo de pasarte por la oficina?

—¿No puede esperar? Estoy en medio de un desayuno importante.

—¿En cuánto rato crees que puedas venir?

— *Una hora, quizá dos.*

—Está bien, te espero. —Colgó.

—Ven conmigo, bonita, juntos resolveremos este asunto. Recuerda que no estás sola. —La tomó de la cintura, la llevó a los elevadores y después hasta su privado.

—Alba, prepare un té relajante para la señorita Santos y un café para mí. Ah, en cuanto llegue el licenciado Hernández, hágalo pasar.

—Sí, joven. —De inmediato se puso a la tarea encomendada.

Después de beberse el té, Abby se encontró arropada en el sillón con una manta que Víctor había sacado de un cajón y se quedó dormida.

—Bonita, despierta, el abogado está aquí.

Aturdida, Abby abrió los ojos; de pronto no reconoció el lugar hasta que sus ideas se ordenaron y pudo recordar lo sucedido. Víctor le tocaba el hombro con

tierno gesto.

—¿Qué hora es?

—La una y cuarto.

—¿Por qué me dejaste dormir tanto?

—Lo necesitabas. Vamos, Hernández nos espera en la sala de juntas. —La ayudó a ponerse de pie, la besó en los labios y reiteró—: Sabes que no estás sola,

¿verdad?

Abby asintió con la cabeza, estaba realmente conmovida. Dejando de lado el temor inicial y después de la relajante siesta, veía las cosas desde una perspectiva distinta.

—Jaime, ella es Abigail.

—Ah, sí, tu novia, ¿no es así?

—Sí.

—Un gusto, soy Jaime Hernández, amigo y servidor del granuja que tienes por novio. ¿Puedo llamarte Abby?

—Por supuesto.

—Muy bien, Abby, comencemos desde el principio. ¿Tienes el emplazamiento que envió el juzgado?

—Aquí esta. —Víctor extendió el legajo.

Jaime lo leyó a una velocidad récord.

—El hombre alega ser el padre de la niña y te acusa de habértela llevado sin su

consentimiento cuando ella era solo un bebé. Además, exige la revocación de la

custodia para adjudicársela a él.

El teléfono comenzó a sonar, de mala gana Víctor levantó el auricular.

—¡Alba, te dije que no me pasaras llamadas! —ladró.

— *Siento molestarlo, joven. Pero le recuerdo que tiene la comida a las dos con los ejecutivos de la cervecera y si no se da prisa, llegará tarde.*

—Perdón por lo de antes, Alba. Te agradezco que estés al pendiente. Di a Manuel que tenga listo el auto, por favor.

— *Sí, joven Víctor.*

—Gracias. —Colgó.

Consternado, se dirigió a su amigo y a Abby.

—Bonita... —comenzó.

—Lo sé. Es hoy la comida con los de la cervecera —terminó ella.

—Si quieres...

Adelantándose a lo que él iba a sugerir, Abby sentenció:

—No, ni se te ocurra cancelarles. Me costó mucho conseguir que accedieran a esta reunión.

—Te necesito conmigo, solo tú sabes cómo lidiar con esas personas.

—Puedes arreglártelas bien sin mí.

—Yo que tú no estarías tan segura.

—Lleva a Oscar contigo. Te prometo que está a la altura de las circunstancias.

—Está bien, me marcho, de lo contrario no llegaremos a tiempo.

—Di a Oscar que se lleve la carpeta azul que está sobre mi escritorio.

Víctor la besó en los labios, se despidió de su amigo y se marchó.

Abby pasó la siguiente hora respondiendo a las preguntas del abogado y contándole su historia con César desde el principio.

—Es por esa sencilla razón que el señor Castilla no tiene el más mínimo derecho sobre mi hija —concluyó.

—¿Aún conservas los ultrasonidos que prueban lo que argumentas?

—Sí. En ellos se aprecia la fecha y el número de semanas. Como ya dije, es imposible que César sea el padre de Alejandra, porque él y yo tuvimos intimidad

por última vez antes de que él se marchara a Canadá, y eso fue casi tres semanas antes de que Alejandra fuera concebida —argumentó roja de vergüenza.

—Abby, sé que esto es muy difícil para ti, pero te repito, para evitar reveses o sorpresas, necesito que seas totalmente honesta conmigo. Lo que me cuentes, no

saldrá de aquí. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Entonces, ¿no tiene ningún inconveniente en que se lleve a cabo la prueba de ADN?

—No, ninguno. Sé con toda certeza que el resultado será negativo.

—¿Existe la posibilidad de pedir al verdadero padre de la niña que declare?
Sé

que mis preguntas son incómodas, pero es necesario.

—No. Aunque quisiera me es imposible localizar al padre de Alejandra. —Lo que no era mentira, ya que no recordaba casi nada de él.

Abby no entró en detalles sobre esa noche de copas, solo se limitó a decir que

César no era el padre de su hija y el porqué estaba segura de ello. Contó algunos detalles de la relación, así como el hecho de que él la dejó para casarse con otra.

Para todo el mundo era irrelevante lo que ella hizo después de terminar con la relación con él.

—Bien, por el momento con esto tengo suficiente para empezar. Tenemos

nueve días para presentar la contestación, luego el juez llamará al desahogo de pruebas, entonces presentaremos los ultrasonidos y las dos testigos que argumentarán que, en efecto, el señor Castilla estuvo fuera del país y que, al volver, no reanudaron su relación.

El abogado se puso en pie, se despidió de mano y quedó en estar en contacto con ella.

—Cualquier cosa que necesites, no importa la hora que sea, llámame, ¿de

acuerdo?

—Sí, gracias por todo, licenciado.

—Soy Jaime.

—Jaime, gracias.

—Agradece cuando haga papilla al patán ese. —Le guiñó un ojo, tomó su maletín y abandonó la sala.

Abby se quedó unos minutos en silencio. Analizaba a detalle todo lo comentado con el abogado. Jaime parecía tan seguro en ganar que eso la tranquilizó al grado de que volvió a sonreír. De mejor humor, se dirigió de regreso a su planta.

Capítulo XIV

Antes de ir a su oficina, Abby pasó por el lavabo de damas, al entrar escuchó unas estruendosas arcadas. En definitiva, alguien estaba volviendo el estómago.

—¿Estás bien? —preguntó a quien fuera que estuviera del otro lado de la puerta.

—¿Abby?

—¿Eva? ¿Qué sucede?

—No lo sé. Siento que se me va a salir el estómago.

—¿Quieres que te traiga algo? —consternada, Abby apoyó la mano en la puerta.

—No, gracias. Espero que esto se me pase pronto. Seguro fue ese maldito

pollo, desde que lo vi supe que nos llevaríamos mal.

—¿El pollo? No lo creo, todas cenamos lo mismo y solo te afectó a ti. Eso es raro, ¿no crees? En ese caso, Lucy y yo estaríamos igual.

—¿Quieres dejar de hablar de maldita comida? El solo pensar en ello me provoca más arcadas.

Una idea un tanto descabellada pasó por la cabeza de Abby, pero entre más lo pensaba, menos «descabellada» le parecía.

—Eva, ¿no estarás...? —no se atrevió a preguntar.

—¿Qué? ¿Enferma? Es obvio, ¿no?

—No. —Se armó de valor—. Me refiero a que si no estarás embarazada.

Eva no contestó y Abby supo con toda certeza que su amiga se había quedado en *shock*.

—Eva, ¿estás bien?

—¿Cómo voy a estarlo? —Por fin abrió la puerta—. Acabo de caer en cuenta de que tengo un retraso.

—Bueno, eso no necesariamente significa que...

—Claro que sí. Sabes que soy como un reloj. Maldito sea tu primo que no puede mantener su... cosa lejos de mí, ahora voy a tener un bebé. —De pronto la

confusión y rabia se transformaron en una súbita alegría—. ¡Cielos, Abby! Voy a

tener un bebé. ¡Un bebé!

Abby la abrazó emocionada. Eva no pudo contener las lágrimas.

—¡Demonios! Sí que estoy embarazada.

—No te precipites, primero hay que hacerte un *test* casero, luego irás con el médico.

—¿Es en serio, Abigail? No necesito pruebas, de sobra sabes que no soy sentimental. Y mírame ahora, llorando como una Magdalena. ¿Qué más evidencia que esta necesitas?

—En eso tienes razón. Ya casi termina la hora de comer, pero si quieres puedo ir a comprar una —se ofreció.

—¿Harías eso por mí?

—Eso y más, somos amigas, ¿qué no? Aún queda tiempo para ir a la farmacia de la vuelta y comprar una. Además de llegar a la fonda por algo. Estoy segura de que no has probado bocado, yo ya pasé por eso.

—Ni hablar, en este momento no puedo ni pasar agua.

—Tengo una idea. Recuéstate en el sofá de mi despacho, yo me encargo de todo. Por cierto, ¿dónde está Lucy?

—Salió con Samuel.

—¿Y mi primo?

—Se fue con Víctor a la comida con los de la cervecera.

—Oh, sí, lo olvidé. Mejor que no esté, ya tendrás tiempo de darle la noticia como mejor te plazca, y no creo que la oficina sea el mejor lugar para ello.

—Vete de una vez. Cuanto antes sepa, mejor.

—De acuerdo. No tardo.

Tres cuartos de hora después, Lucy entró en el despacho de Abby.

—¿Qué es eso tan importante que convocaste a junta de chicas? —preguntó intrigada.

Abby le extendió la pluma con las benditas dos líneas rosas.

—¡Ay, por Dios! ¿Alejandra va a tener un hermanito?

—No es mía.

—¿Entonces? ¡Ay, no! —Incrédula, se tapó la boca—. ¿Eva? —Reparó en la chica de pálido semblante tendida sobre el sofá—. ¡Eva! —Se puso a dar saltos y

gritos por la oficina como si fuera una niña—. ¡Otro sobrino que malcriar!

—Ni creas, eh. Más vale que vayas pensando en los tuyos porque no voy a permitir que me lo echas a perder con tanto mimo —bromeó Eva. Ya había asimilado la noticia de que iba a ser madre.

—Es maravilloso, amiga. ¿Edy ya lo sabe? La tía se volverá loca de contento cuando lo sepa.

—Eso espero. Ah, y quiero ser yo quien les dé la noticia, así que mantén el pico cerrado.

—Me ofendes, Eva —expresó Lucy digna.

—En verdad, Lucinda Chávez, ni una palabra a nadie —amenazó Eva alzando una ceja.

—¿Ni siquiera a Rita? —Eva la fulminó con la mirada—. Ok. Lo prometo.

Los jóvenes regresaron tarde de la comida, pero con excelentes noticias. Por

fin habían cerrado las negociaciones y el cliente estaba satisfecho.

—¿Qué tal la comida? —preguntó Abby nada más verlo aparecer en su oficina.

Víctor se acercó a ella, la besó en los labios y sonrió complacido.

—Excelente, por fin todo terminó. ¿Qué tal con Jaime?

—Bien. Está seguro de que César no tiene nada que hacer.

—¿Lo ves? Te dije que no te preocuparas. Jaime es un tiburón en los tribunales; hará puré a ese tipo.

—Haces que suene tan despiadado que tengo la tentación de sentir pena por César.

—Eso nunca. Ese tipo no se merece nada de ti, ni siquiera lástima. —La abrazó con más fuerza—. ¿Qué te parece si para celebrar vamos a cenar?

—Me parece una estupenda idea.

—Di a tus amigas que se nos unan.

—Amor, yo creo que solo nos acompañarán Lucy y Samuel; Eva y mi primo tienen una celebración más personal.

—¿Cómo me llamaste? —preguntó Víctor, emocionado. Aún en contra de su voluntad, no pudo evitar sentirse como un chaval enamorado.

—Yo... —Abby se sonrojó.

—Me encanta, quiero oírtelo decir otra vez. —Besó el níveo cuello.

—¿Qué? ¿Amor?

—Ajá. Eso quiero ser para ti, Abigail: tu amor. Quiero que cuando sea un viejo

decrépito, sigas viendo en mí al hombre que te robó el corazón y que es capaz de morir por ti. ¿Qué, por qué sonríes?

—¿Quién se iba a imaginar que La guillotina Alcántara fuera un romántico empedernido?

—Si se lo cuentas a alguien, lo negaré hasta morir. —Rieron felices de estar uno en brazos del otro—. Paso por ti a las ocho.

—Estaré lista.

—Eva, ¿tienes un minuto?

—Claro, pasa.

Edgar entró, cerró la puerta y de inmediato se dirigió a tomarla en sus brazos para darle un beso cargado de intención.

—¿Me extrañaste, preciosa? Porque yo a ti sí.

—Edy, tengo algo que decirte.

—Por la cara que pusiste, me dejas sumamente preocupado. ¿Tan grave es?

—Es... es solo que no sé cómo vas a tomar lo que tengo que decir.

—Lo que sea, dilo ya, mujer, estás comenzando a asustarme. ¿Estás enferma?

—No precisamente.

—¿Entonces? Habla, por favor.

—Es que, bueno, creo que fue la noche de la cena...

—¿Quieres dejar de parlotear e ir al grano?

—¡Estoy embarazada! —gritó molesta, ante la impaciencia de él—. ¿Qué,

ahora sí te quedaste sin palabras?

—Yo... ¿Estás segura?

Eva no respondió, le colocó en la mano la pluma con las dos líneas rosas.

Un tanto aturdido, Edgar se llevó las manos a la cabeza.

—¿Un bebé? Un bebé. ¡Dios, Eva! ¡Un bebé!

—Sí, Edgar, un bebé.

Entonces él comenzó a reír como loco, la levantó en brazos y comenzó a danzar con ella por toda la oficina. Después de dar varias volteretas hasta quedar un tanto mareado, comenzó a besarle el rostro.

—¡Dios, Eva! Soy tan feliz. Un hijo, tuyo y mío. Mamá se volverá loca de contento.

—Lo sé, por eso la he invitado a cenar fuera.

—Lo tenías todo planeado, ¿eh?

—No todo, no sabía cómo tomarías la noticia. Existía la posibilidad de que reaccionaras de forma negativa.

—¿Cómo puedes pensarlo? Es lo mejor que me ha pasado en la vida, tú eres lo

mejor que me ha pasado.

—¿En verdad?

—Totalmente. —Le cubrió las manos de besos—. Te amo, Eva. Gracias por esto. No tienes idea de lo que significa para mí esta maravillosa noticia. —

Depositó un beso en la frente de la mujer que había irrumpido en su vida con la

fuerza destructiva de un tornado para cambiarlo todo desde los cimientos.

Permanecieron abrazados por largos minutos, disfrutando el estar uno en brazos del otro, en silencio y en absoluta armonía.

—Tenemos que casarnos cuanto antes, no quiero que mi hijo o hija nazca fuera del matrimonio.

—¿Qué? No voy a casarme contigo solo por el bebé —expresó consternada.

—No es solo por el bebé y lo sabes.

—No, no lo sé. —Se soltó del abrazo y comenzó a caminar por la oficina.

—Eva, te amo, estamos juntos, funcionamos como pareja, ¿qué más pruebas quieres?

—¿Vas a decir que, aunque no estuviera embarazada, de todos modos, me habrías pedido matrimonio? —lo enfrentó.

—Sí.

—Perdón, pero no te creo. El matrimonio es un paso muy importante en la vida de una persona y no hay que tomarlo a la ligera.

—También lo es el ser padres. —La tomó de las manos—. Eva, el bebé solo adelanta las cosas. Desde hace tiempo estoy convencido de que eres la mujer de

mi vida, por favor, ten un poco más de fe en nosotros.

—Tengo miedo, Edy. —Él la abrazó con ternura—. ¿Y si no soy buena madre?

¿Si no estoy a la altura?

—Nadie nace sabiendo ser padre. Te prometo que aprenderemos juntos.

Juntos, Eva.

—Estoy tan asustada.

—Lo sé; no tienes nada que temer, estamos juntos en esto y recibiremos a nuestro bebé con inagotable amor.

—Gracias, Edy, tus palabras me llenan el alma.

—Entonces, ¿eso es un sí?

—Sí, Edy, me arriesgaré, saltaré el precipicio, contigo.

—¿Siempre juntos?

—Siempre juntos —repitió Eva con lágrimas en los ojos.

Después de cenar, Víctor sugirió ir a por una copa, Samuel sugirió un bar cerca

del centro de la ciudad. El lugar estaba abarrotado y tanto el alcohol como la música corrían con frenesí.

Escogieron una mesa apartada de la barra y la pista de baile. La decoración con

plantas exóticas le daba al lugar un aspecto de jungla y salvaje.

—¿Quieres bailar? —preguntó Víctor a Abby.

—Sí, me encantaría.

Las parejas se dirigieron a la pista de baile y dejaron sus cuerpos fluir al ritmo

de la música.

Víctor inclinó la cabeza para reclamar los labios de rosada tentación, que lo tenían adicto a su dulce sabor. Por un momento, se bastaron uno al otro y el

mundo dejó de existir. El solo contacto de sus cuerpos era motivo suficiente para ser felices. Estaban tan compenetrados que ni siquiera fueron conscientes de la mujer que se les acercó.

—¿Qué significa esto, Víctor? —La rabia deformó el bello semblante de Mónica—. Y tú, Abigail, por lo visto, siempre serás mi piedra en el zapato.

—¿De qué demonios estás hablando? —Víctor tomó a Abby por la cintura en gesto posesivo y a la vez protector.

—¿Ya te contó esta mosquita muerta que tiene una bastarda de mi marido?

Exmarido —se corrigió.

—Ya te dije que Alejandra no es...

—Déjalo, Abigail —intervino Víctor—. No tiene caso gastar saliva con esta mujer.

—Pero, Víctor —protestó—, ¿acaso no te importa? ¡Se embarazó de un hombre casado!

—¡Basta! —ordenó tajante—. Será mejor que te vayas.

—No puedes tratarme así. Tu madre dice que... —comenzó la mujer, impaciente.

—Lo que diga mi madre me tiene sin cuidado. Entiende una cosa, Mónica, esta es mi vida y solo yo decido.

Sin decir más, se alejó y se llevó a Abby con él.

—Víctor, lo que dijo Mónica...

—No tienes por qué darme explicaciones, bonita. Sé la clase de persona que ella es.

—Gracias.

—¿Qué pasó? —Se acercó Lucy con el ceño fruncido—. ¿Qué quería esa mujer?

—Aparte de molestar, nada en particular —respondió Abby, con fastidio.

—Es el colmo. A mí nadie me quita de la cabeza que fue ella quien le dijo a César dónde encontrarnos.

—Lo sé, pienso lo mismo.

—¿Quieres que nos vayamos a otro sitio? —intervino Samuel.

—Me duele un poco la cabeza. —Abby se frotó las sienes—. ¿Podrías llevarme a casa? —Miró a Víctor con súplica.

—Claro.

—Vamos entonces. —Lucy tomó su bolso para marcharse con ellos.

—No, Lucy, quédense, el problema de esa mujer no es contigo; estoy segura de que no te molestará. Además, no quiero arruinarles la noche. Sam —dirigió al joven una sonrisa apenada—, ¿puedes encargarte de que esta linda damita llegue

bien a casa, por favor?

—Por supuesto, jefa, no tienes ni que pedirlo. —Abrazó a Lucy por la cintura.

—Gracias.

Una vez en el auto, Abby se recostó sobre el asiento y cerró los ojos. La luz, por mínima que fuera, le molestaba.

—¿Estás bien? —Víctor la miró con auténtica preocupación.

—No, me está comenzando la migraña y no cargué pastillas.

—Llegaremos a una farmacia de veinticuatro horas.

—Gracias.

Apenas fue consciente de que él detuvo el auto. Minutos después, Víctor le puso en la mano un par de analgésicos y agua embotellada. Al llegar al apartamento, él la llevó en brazos hasta la cama. En cuanto el medicamento comenzó a surtir efecto, Abby estaba exhausta, por lo que se durmió al instante.

Era cerca del amanecer cuando nuevamente abrió los ojos. Con regocijo, descubrió a Víctor acostado a su lado; se había quedado a velar su sueño. Una infinita ternura y agradecimiento hacia ese hombre le inundaron el alma. Cada día que pasaba, lo amaba más.

Ya no tenía dudas, no veía el caso a seguirse engañándose, se había enamorado

de él al instante de verlo en la cena anual, pero había terminado de conquistarla con el día a día y detalles como el de esa noche al haberse quedado con ella para cuidarla.

Víctor dormía profundamente; así, sin ese rictus severo que mantenía casi todo el tiempo, parecía más joven, incluso le recordó al chaval que la había fascinado

aquel verano y que fue dueño de sus fantasías románticas por muchos años.

—Manu —susurró al tiempo que le retiraba un oscuro mechón de la frente. Sin

poder contenerse, le rozó los labios en una suave caricia. Ya no le costaba asociar al duro hombre de negocios con el chico que le dio su primer beso y le hizo sentir deseable.

Un fibroso brazo la rodeó y apretó con fuerza al cuerpo musculoso. En un instante, Víctor devoraba sus labios con urgente necesidad.

—Por despertares como este, vendería mi alma al diablo —murmuró él entre besos.

—Gracias.

—No agradezcas hasta recibir el servicio completo. —Se colocó sobre ella.

—Víctor, las chicas están en casa y...

—Entonces te sugiero que no grites y gimas en voz baja.

—Eres terrible, *guillotina Alcántara*.

—¿Qué te puedo decir? Mi reputación no se ha labrado por comer manzanas.

La siguiente ocasión en que Abby abrió los ojos, estaba en un revoltijo de piernas y brazos con el hombre más fascinante sobre la tierra. Sonrió de forma

bobalicona, pues hacía años que no experimentaba una sensación de felicidad tal. Aunque, pensándolo bien, nunca había sentido esa plena satisfacción sexual.

Se maravilló del inmenso placer que era amanecer en brazos de un buen amante

después de una larga noche auténticamente salvaje.

—Mami, quiero cereal, pero no hay leche. —Alejandra abrió la puerta de la habitación y por un momento se quedó impactada al ver que su madre no estaba

sola, había un hombre con ella.

Abby sintió sus mejillas arder y la respiración se le cortó. Era verdad que la niña ya convivía con Víctor, pero era la primera vez que los veía juntos como una pareja real, como un matrimonio.

En cuanto Alejandra reconoció a Víctor, corrió a la cama y se colgó de su cuello.

—¡Qué bien! Ya no vas a irte, ¿verdad? ¿Te quedarás a vivir con nosotras como el papá de Marbella?

Víctor carraspeó un tanto nervioso. La inocencia de la niña la mantenía a salvo de comprender la engorrosa situación en la que los adultos se encontraban.

—Ale, esas cosas no se preguntan, además, ese es un tema que tenemos que discutir él y yo como adultos. —Abby la miró con ternura y se aferró con mayor

fuerza a la sábana con la que cubría su desnudez.

—Tu madre tiene razón, pero de una cosa ten plena seguridad: nunca las dejaré, ambas son indispensables para mí.

—¿Es eso una amenaza? —lo picó Abby juguetona.

—Yo no amenazo, linda. —Él le sonrió de medio lado, de esa forma que le derretía las piernas como gelatina expuesta al calor del sol.

—Ale, ven conmigo, preciosa, yo te llevaré a comprar la leche. —Como caía del cielo, Lucy apareció en bata y dio un gran bostezo.

La niña de inmediato tomó la mano que la chica le ofrecía y añadió:

—¿Podemos comprar helado de galleta?

—¿Te portaste bien?

—Sí, tía Lucy. Bueno, casi bien —reconoció apenada—, otra vez jalé de la cola al gato de la señora Rosalía. Pero fue sin querer, solo quería acariciarlo.

Los adultos sonrieron y Lucy se llevó la niña no sin antes levantar el pulgar a los amantes en señal de asentimiento.

—Gracias —murmuró Abby al verla alejarse con la pequeña.

—¡Me debes una! —gritó Lucy desde la puerta.

—Víctor, yo... me siento tan apenada. —Respiró hondo—. No sé adónde nos lleve esto, pero tengo miedo. Más que por mí, temo por ella.

—Lo comprendo. —La abrazó con fuerza—. Abigail, sé que es muy pronto y que quizá te parezca un tanto precipitado, pero... —Se pasó la mano por el cabello, un gesto que Abby ya identificaba como síntoma de nerviosismo o ansiedad—. ¿Considerarías la posibilidad de formalizar nuestra relación?

—¿Estás hablándome en serio?

—Totalmente. Estoy seguro de esto. Quiero que las dos vengan a vivir conmigo, formar una auténtica familia y que...

El móvil de Víctor comenzó a sonar de forma insistente, él lo ignoró, soltó una maldición y reanudó el tema, pero el aparato comenzó el repiqueteo otra vez.

—Quizá sea algo importante —sugirió Abby.

De mala gana, él tomó el aparato y, al ver el número, soltó una retahíla de maldiciones.

—¿Qué se te ofrece, madre?

— *Mamá está mal, estoy con ella en una ambulancia camino al hospital* —

contestó, angustiada, Magdalena, la hermana menor de Víctor, hija del segundo matrimonio de su madre.

—¿Qué? ¿Qué sucedió, hermana? —preguntó alarmado.

— *No lo sé, Bertha me despertó para decirme que mamá se había desvanecido*

en el baño y que no reaccionaba. Llamé a una ambulancia y vamos al hospital.

—¿Cómo está ella?

— *Despierta, me pidió que te llamara, dice que quiere verte cuanto antes.*

—¿Puedes comunicármela?

— *No, ahora lleva la máscara de oxígeno y no quiere fatigarse, solo te pide que vengas.*

—Está bien, saldré en cuanto me sea posible.

— *Por favor, no tardes, tengo miedo, la veo muy pálida* —admitió la joven de quince años.

—Tranquila, linda, todo estará bien.

—¿Lo prometes?

—No soy Dios para hacer semejante cosa, pero hay que tener fe.

— *Te quiero, hermano. Por favor, no tardes.*

—Yo también te quiero, pecas. Nos vemos en un rato.

En cuanto colgó, saltó de la cama y comenzó a vestirse.

—¿Problemas? —preguntó Abby, cautelosa.

—Mamá se puso mal y va con Magdalena en una ambulancia camino al hospital.

—¡Dios! Espero que no sea nada de gravedad.

—Yo también. Mi madre siempre ha sido una mujer de salud inquebrantable, esto me tiene descolocado.

—¿En cuál hospital la ingresarán?

—Supongo que, al Centro Médico Alatorre, es adonde ha ido toda su vida, lo que me tranquiliza un poco, pues allí la recibirá mi tío Ramiro, que es uno de los mejores médicos del país.

—¿Eso es en la Ciudad de México?

—Sí, se fueron allá después de la cena de Navidad.

Tomó el móvil y pidió que prepararan el *jet* privado de la empresa.

—En cuanto tengas noticias, llámame.

—Lo haré, linda; reza a Dios por que no sea nada grave.

—Cuenta con ello. —Le tomó el rostro con las manos—. Te amo, Víctor, y pase lo que pase, estaré para ti.

Víctor se quedó impactado, era la primera vez que ella admitía tener sentimientos hacia él. Lo sospechaba por la forma en que ella se entregaba cuando hacían el amor; la conocía lo suficiente para saber que ella no era la clase de persona que deslindaba el sexo del amor, pero recibir la confirmación de sus

labios era bálsamo para su alma.

—Yo también te amo, Abigail. —La abrazó con fuerza—. Ven conmigo, te necesito a mi lado.

—Sí. ¿Cuánto tiempo disponemos? Tengo que hablar con la tía para encargarle a Alejandra y...

—Haz lo que tengas que hacer, yo todavía tengo que pasar por el apartamento para recoger unas cosas. Le diré a Alfonso que pase a recogerte en tres cuarto de hora.

—Perfecto, te veré entonces.

Víctor la besó con urgencia y después se marchó.

Capítulo XV

El vuelo transcurrió tranquilo y sin incidentes, llegaron a la Ciudad de México alrededor del mediodía. Desde el aeropuerto se dirigieron directo al hospital.

—¿Cómo está mamá? —Víctor abrazó a su hermana en cuanto la vio.

—El tío dice que ya está estable. ¿Quieres pasar a verla?

—¿Qué fue lo que pasó?

—Al parecer es el corazón. El tío tenía tiempo insistiendo en que se hiciera unos estudios, pero ya sabes cómo es mamá, cuando dice no, es no. Por cierto, soy Magdalena. —Extendió la mano a la chica que iba acompañando a su hermano—. Tú debes ser Abigail, ¿cierto?

—Sí. Un gusto conocerte, Magdalena.

—Llámame, Magda.

—Solo si me llamas Abby.

—Ya me agrada. —Sonrió a su hermano—. Es exactamente como me la describiste. Nada que ver con... —Se tapó la boca, apenada por la imprudencia

que estaba a punto de cometer.

—Sí, nada que ver con Mónica —secundó Víctor orgulloso y rodeó la cintura de Abby—. Abigail está al tanto de todo.

—Ahora que lo recuerdo, según Bertha, mamá se puso mal después de hablar con esa arpía por teléfono. ¿Tienes idea de qué pudo decirle que la disgustara tanto?

—Yo sí —dijo Abby consternada.

—Esto tiene que terminar cuanto antes —se quejó Víctor—. Voy a hablar con esa mujer y esta vez será algo definitivo. Ambas tienen que entender que no gobiernan mi vida.

—Tranquilo, hermano, estoy de acuerdo contigo, pero en este momento mamá no está en condiciones. En cambio, la bruja sí. Así que cuando hables con ella, dale con todo.

—Será mejor que pases a ver a tu madre solo, no creo que sea prudente que te acompañe —lo animó Abby con una tierna sonrisa.

—Ahora veo por qué te trae comiendo de su mano. Esta chica es un amor.

Cada vez me gusta más —susurró Magda al oído de su hermano, aun así, Abby pudo escucharla.

—A mí también —respondió Víctor.

—Ve tranquilo, me llevaré a Abby a la cafetería, con todo el alboroto traigo el estómago vacío y muero de hambre.

Víctor besó a su hermana en la mejilla y a Abby en los labios, después se dirigió al cuarto que Magda le señaló.

—¿Sabes?, cuando Víctor me habló sobre ti, tenía mis dudas, ahora sé que no exageró. Me da pena lo que voy a decirte, pero creo que es necesario. —
Frunció

los labios—. Mónica es peligrosa, está obsesionada con Víctor y no parará hasta

salirse con la suya; por desgracia, mi madre está endiosada con ella y no se da cuenta de lo que pasa más allá de sus narices. Te lo pondrá difícil, así que si en verdad quieres a mi hermano, tendrás que armarte de paciencia y tolerancia.

—Lo sé y no culpo a tu madre, conozco a Mónica desde antes y sé de lo que es capaz. Desconozco qué le ha contado a tu mamá sobre mí, pero puedo asegurarte

que no sería nada bueno.

En resumen, Abby le contó su historia con Mónica y César, claro que omitió los detalles sobre el padre de Alejandra y la forma en que fue concebida.

—¿Con qué calidad moral se atreve a juzgarte si ella te arrebató el novio y se

casó con él sabiendo que andaba con las dos al mismo tiempo?

—Así que, como verás, la conozco bien —terminó Abby.

—¡Vaya! Es obvio que mi madre cree otra historia.

—No lo dudo.

—Pero no se saldrá con la suya, Víctor no lo permitirá. —La miró con pena —.

Abby, sé que te parecerá extraño lo que voy a pedirte, pero conozco a mi madre

lo suficiente como para anticiparme a sus tretas —hizo una pausa—. Pase lo que pase, no dejes que te aparten de él.

Abby asintió con la cabeza y juntas tomaron asiento en una de las mesas del fondo.

—Ahora, ¿qué te apetece desayunar?

—Solo café, en el avión nos atendieron bastante bien.

—Lo sé, Arturo, el auxiliar de vuelo, prepara unos platillos estupendos.

—Por lo que pude apreciar, sí.

Mientras la joven desayunaba, Abby recibió la llamada de su abogado, quien le

informó que ya se había interpuesto la contestación y solo se estaba a la espera del juez.

Las chicas estuvieron conversando de todo y nada; el tiempo pasó sin sentirlo y

Víctor les dio alcance.

—Por tu cara, supongo que no te fue nada bien —aseguró Magda, triste.

—No. Mamá es muy terca, pero se olvida de que yo también —contestó testarudo.

—Víctor, no quiero que peleen por mi culpa —intervino Abby, angustiada.

—No eres tú, ni siquiera te conoce, es la posición que ocupas en mi vida y lo mismo sería para cualquiera que no sea esa... mujer.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Magda.

—Mónica le calentó la cabeza con quién sabe cuántos cuentos, pero no quise discutir con ella, solo me dediqué a escucharla.

—¿Sabe que estoy aquí? —Abby no pudo evitar exteriorizar sus dudas.

—No. No se lo dije. Antes de entrar a verla, me encontré con mi tío en el pasillo, hablamos largo y tendido y aconsejó que, por el momento, lo mejor es seguirle la corriente.

—Estoy de acuerdo —secundó Abby—. Creo que lo mejor sería regresarme a casa. No quiero que mi presencia aquí tenga consecuencias desfavorables.

—No puedo pedirte que te quedes contra tu voluntad —expresó dolido.

—No es eso, amor. —Abby le tomó las manos—. Cuentas conmigo en todo momento, pero creo que por ahora lo mejor es que me vaya, al menos hasta que

tu madre esté en condiciones de recibirme. Porque déjame advertirte que por

nada del mundo renunciaré a ti. —Víctor sonrió complacido—. Además, tengo que trabajar y también está el asunto de Alejandra. Jaime acaba de llamarme y

dijo que el juez puede solicitarme en cualquier momento, así que tengo que estar preparada.

—No quiero que enfrentes a ese tipo sola.

—No lo estoy, Jaime estará conmigo todo el tiempo, también está Edy.

De mala gana, Víctor la dejó ir, no sin antes hacerle prometer que lo mantendría al tanto de todo, en especial del caso de Alejandra.

Al día siguiente, era lunes. Abby se presentó en la oficina un tanto demacrada después de una larga noche de insomnio. No dejaba de darle vueltas la cabeza y

las dudas la atormentaban.

Se preguntaba hasta el cansancio si estaría haciendo lo correcto al ir en contra de los deseos de la madre de Víctor. Su sentido común le decía que sí, pero su lado sensible sentía remordimientos por dañar de forma indirecta a esa mujer que, buena o mala, era la madre del hombre al que amaba.

Era cerca del mediodía cuando, tras colgar con Víctor, un hombre irrumpió en su oficina.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo es que entraste?

—¿Sabes?, Alcántara debería rectificar la plantilla de seguridad en su empresa;

la verdad, deja mucho que desear, ¿no crees? Incluso, la chica de recepción, esa que es amiga tuya, es un tanto atolondrada, se metió al baño y dejó su frente desprotegido —respondió César cínico.

—Llamaré a seguridad para que te saquen.

Antes de que pudiera levantar el auricular, César la tomó por las muñecas, la estampó contra el ventanal y la acorraló con su cuerpo.

—¿Cuándo vas a entender que eres mía? Alcántara nunca será igual de hombre que yo.

—Veo que Mónica ya te fue con el chisme. —Trató de zafarse.

—Alcántara es un tonto por dejarte sola.

—Abby no está sola.

Cuando César reaccionó, estaba en el piso con la nariz rota. Edgar lo miraba con furia y los puños apretados.

—¿Y tú quién eres? ¿Otro más de sus amiguitos? —La miró acusador—.

¿Sabe Alcántara que también te acuestas con este tipo?

—Edy, tranquilo, no vale la pena. —Abby lo detuvo antes de que saltara sobre el intruso—. Sal inmediatamente de aquí y no vuelvas.

—No dirás lo mismo cuando te quite a tu hijita —amenazó poniéndose en pie.

—Te he repetido hasta el cansancio que Alejandra no es tu hija.

—Eso lo dices para molestarme. ¡Por Dios, Abby!, ya me castigaste bastante,

¿no crees? El infierno vivido con Mónica ya me redimió de todos mis pecados,

lo juro.

—Por última vez, márchate y déjanos en paz.

—Ya la escuchaste —tronó Edgar con voz autoritaria.

—Mira, grandulón, esto es entre Abby y yo...

—Si no te largas ahora, yo mismo te sacaré a rastras. —Se acercó dispuesto a

cumplir su amenaza.

—Esto no ha terminado. —Señaló a Abby con dedo acusador y se marchó.

En cuanto César se fue, Abby se dejó caer en el sofá.

—¡Dios, estoy temblando!

—¿Qué pasó? ¿En qué estabas pensando cuando lo dejaste subir?

—¡Yo no lo dejé pasar!

—¿Entonces?

—Dijo que se coló, incluso hizo algún comentario despectivo respecto a la plantilla de seguridad en la empresa.

—¿Cómo es eso posible?

—No lo sé y la verdad me asusta el pensar qué hubiera pasado si no llegabas a aparecer.

—Tranquila, ahora mismo averiguaré cómo fue que entró y daré órdenes para que se le prohíba el paso. —Descolgó el auricular—. ¿Lucy?

— *Sí.*

—Soy Edgar, estoy en la oficina de Abby, necesito que te quedes con ella en lo

que arreglo un asunto con el jefe de seguridad.

—¿Pasó algo? ¿Abby está bien?

—César estuvo aquí y se puso un tanto pesado.

—¿Qué? ¿Cómo entró sin que...?

—Eso es lo que pretendo averiguar ahora mismo. Ven de inmediato. —Colgó.

Lucy entró minutos después con una humeante taza de té.

—¿Estás bien? —preguntó al tiempo que le extendía la bebida caliente.

—Gracias a Edgar, sí. —Le contó lo que había pasado y cómo su primo intervino.

—Sigo sin explicarme cómo entró.

—Yo igual, Lucy.

Edgar llegó hasta el cuarto de cámaras y pidió hablar con todos y cada uno de los elementos que conformaban la plantilla.

—Carlos, esto es grave —bufó, molesto, al jefe de Seguridad—, un hombre se coló en la empresa y nadie se dio cuenta. ¿Qué crees que dirá Víctor cuando lo sepa?

—Ahora mismo revisaremos todas las entradas y también los videos para saber

qué pasó.

Después de un rato, dieron con el enigma; César se había colado junto con unos obreros de la compañía de luz, se había introducido en las escaleras de emergencia, después fue a los baños de caballeros donde cambió su ropa y esperó hasta que Lucy se movió de su lugar para infiltrarse hasta el despacho de Abby.

Lleno de rabia, Edgar sacó el móvil.

—¿Vic, estás ocupado?

Víctor había contestado la llamada de inmediato.

— *Voy saliendo del hospital, ¿qué sucede? ¿Está todo bien por allá?*

—No en realidad. Sucedió algo que tienes que saber. —Procedió a relatar los hechos entre maldiciones dichas del otro lado de la línea—. Carlos cree que el tipo conocía la distribución del edificio y adónde dirigirse, pues llegó sin problemas a la oficina de Abby. Fue una suerte que tuviera unos papeles que entregarle y en lugar de enviar a Rosy, como es mi costumbre, decidiera llevárselos en persona.

—¡Maldición! Voy a matar a ese tipo. Pásame al inútil de Carlos.

Carlos soportó estoico el sermón del patrón y explicó las acciones a realizar para reforzar la seguridad.

— *Pásame con Edgar.*

—Quiere hablar contigo. —Carlos le tendió el aparato.

—¿Sí, Vic?

— *Voy a arreglar todo para regresar cuanto antes, mientras tanto, cuida de ellas por favor. Las dejo en tus manos.*

—No tienes ni que decirlo, cuenta con que Abby y Alejandra estarán bien.

— *Gracias, te debo una.*

—¿Una? Amigo, si te cobrara todas las que me debes, estarías en deuda lo que te reste de vida. Por cierto, ¿cómo sigue tu madre? ¿Estás seguro de que lo más

sensato sea regresar?

— *La fiebre ya remitió, y madre está con humor de pelear, lo que significa que no está tan mal. Además, el tío ya le hizo los estudios y su corazón esta*

tan fuerte como un roble. Al parecer es una fuerte infección en los riñones, por fortuna ya la tienen controlada.

—Qué bien.

— *Ni tanto, Mónica llegó esta mañana y, créeme, entre las dos no han perdido la oportunidad de atacarme con la misma cantaleta.*

—¡Uf! Suerte con ello, amigo.

— *Solo estaba esperando un pretexto para largarme del infierno, y un intruso*

en la empresa es motivo más que suficiente. Eso sin tener que mencionar a Abby y desatar otra riña campal.

—Vic, hay un detalle más.

—¿Qué?

—Cuando el tipo y Abby discutían, ella le dijo algo que me puso a pensar.

—¿Y? ¿Qué fue?

—Es concerniente a mi sobrina. Te lo diré con toda seguridad cuando estés acá. Estoy convencido de que mi linda mujercita sabe algo al respecto.

—¿Eva?

—¿Cuál otra?

—*¿No puedes adelantarme algo?*

—No, será mejor que te lo diga cuando, lo que sospecho, sea confirmado.

Suerte con los vuelos, escuché que hay problemas con el clima.

— *Ruega al cielo porque me permita salir del infierno. Nos vemos a la brevedad.*

—Hasta entonces, amigo.

Sin perder tiempo, Edgar se dirigió a la oficina de su adorado tormento.

—¿Y Eva?

—Está en el sanitario, otra vez —respondió la secretaria de Contabilidad.

—Gracias, iré a buscarla.

En cuanto se acercó al tocador de damas, Eva salió con la piel cenicienta y ojeras bajo los ojos.

—¿Estás bien, cariño?

—Tú —lo señaló molesta— ni me veas, que por tu culpa estoy así. Espero que

estés contento, llevo toda la mañana vaciando el estómago y no me puedo bajar

del barco.

—En verdad siento lo que estás pasando, linda, créeme que daría lo que fuera por ser yo quien sufriera los malestares.

—¡Ja! Eso dicen todos los hombres porque saben que jamás pasará.

—Ven, preciosa, déjame llevarte. —La tomó en brazos y la llevó hasta el amplio sofá de su propio despacho—. ¿Quieres que te pida un té? ¿Dime qué deseas, linda?

—Que te hagas la vasectomía.

Edgar soltó una carcajada, adoraba el ácido sentido del humor de esa mujer.

—Lo siento, preciosa, pero tendremos al menos cuatro.

—Serán perros, porque niños lo dudo.

De pronto recordó el asunto por el cual la había buscado.

—Eva, hay algo que tengo que preguntarte y requiero que seas realmente honesta.

—Vaya, estás asustándome.

—¿Quién es el padre de Alejandra? Y no me digas que el ex porque hace un rato estuvo aquí y Abby le soltó que mi sobrina no es hija suya, y yo creo que dijo la verdad cuando admitió que César Castilla no es el padre de la niña.

—¿César estuvo aquí? ¿Cómo...?

—Sí, Eva, pero ese no es tema ahora, quiero que me digas quién es el padre de

mi sobrina.

—No puedo. Juramos no revelarlo nunca.

—Eva, es importante.

—Lo siento, pero no puedo traicionar la confianza de Abby. Ese es un secreto que no me corresponde revelar. Si tanto te urge saberlo, pregúntale a ella.

Edgar sintió la frustración recorrer su cuerpo. Entonces, el licenciado Hernández tocó a la puerta a pesar de que esta se encontraba abierta.

—¿Qué tal, Edy? Me habló Vic para decirme que el ex de Abby se coló por acá

y quiere que tramite una orden de alejamiento. Necesito toda la información que

puedan proporcionarme.

—Claro, pasa.

—Eva. —Saludó con la cabeza a la chica acostada en el sofá—. ¿Aún con los malestares?

—Sí, el médico dice que pasarán después del tercer mes.

—Lo bueno es que ya no falta tanto, amor. —Edgar le besó las manos, luego se puso en pie—. Le diré a Rosa que se quede contigo en lo que acompaño a Jaime

para que hable con el jefe de Seguridad.

Los hombres se dirigieron al cuarto de cámaras y, treinta minutos después, a la oficina de Abby.

—Hola, Jaime. ¿Qué, nuestra cita no era mañana? —preguntó Abby nada más ver al abogado.

—Sí, estoy aquí por otro asunto. Víctor me contó lo de tu ex y me pidió que tramitara una orden de alejamiento.

—¿Se lo contaste? —molesta, cuestionó a su primo.

—Tenía que hacerlo. Víctor tiene derecho a saberlo, no solo porque es tu pareja, sino también porque concierne a la empresa.

—Tienes razón. Lo siento. —La ira inicial había mermado—. Tomen asiento, por favor, ¿gustan café, té, agua?

—Un café, gracias —repitieron los hombres al unísono.

—Maya, tres cafés, por favor —pidió a través del intercomunicador.

—Abby, ¿ya antes te había acosado? —Jaime prefirió ir directo a lo que le interesaba.

Abby no necesitó que el abogado dijera nombre para saber a quién se refería.

—Tanto como acosar no, pero cuando Alejandra nació, se apareció varias veces en el hospital hasta que pedí que le negaran el paso. Luego, en casa de mis amigas, lo intentó otras tantas, obvio que ellas no le permitieron pasar. Aun así, en una ocasión se las ingenió para verme.

—¿Qué pasó?

—Se coló por el portero eléctrico cuando un inquilino salía. Sabía que estaba sola y solo esperó el momento oportuno.

—¿Te agredió? ¿Ha llevado la violencia al grado físico?

—Si someter y querer besarme a la fuerza cuenta como ello, sí.

—Bien. —El abogado no dejaba de tomar notas de lo que creía importante.

El móvil del litigante anunció un nuevo mensaje de su asistente, se disculpó y lo abrió en seguida para descubrir que era una notificación del juzgado encargado del caso de Abby.

—Es de Ava, al parecer el juez cita a una audiencia mañana para el desahogo de pruebas por nuestra parte. Aprovecharé para pedir la orden de alejamiento.

—¿Mañana? Es muy pronto, ¿qué no? —Abby se retorció las manos.

—Este juez es famoso por ser implacable, así como eficiente; es una suerte que

nos tocara en el caso. Abby, sé que ya lo hablamos, pero si pudieras darme más

detalles sobre el padre de Alejandra, esto nos ayudaría a...

—¡No puedo! —soltó al borde del llanto.

Sus apabullados nervios estaban al borde del colapso. Respiró hondo y decidió

ser franca, a fin de cuentas, los abogados eran como los confesores, si se quiere la absolución, se tiene que contarles todo.

—Me avergüenza y es muy difícil para mí lo que voy a contarte. —Tomó una gran bocanada de aire—. Como ya lo sabes, la noche de la cena de fin de año en

la empresa Luminus Prime, me enteré de que mi supuesto «novio» estaba prometido con la hija del jefe, bueno, el caso es que mis amigas y yo nos fuimos a un bar cercano y... allí me excedí de copas, conocí a un hombre y... —se sonrojó— fui con él. No puedo decirte quién es el padre de la niña porque ni yo

misma lo sé. —Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Gracias, Abby, agradezco tu confianza. —El licenciado se puso en pie conmovido por la joven—. Me pondré a con el papeleo. Te llamaré más tarde para ultimar detalles. —Extendió la mano, se despidió de ella, luego de Edgar y

se marchó.

Edgar quedó consternado; el ver a su prima tan afectada solo le inspiró a tomarla en sus brazos y brindarle el consuelo de un hermano mayor.

—Tranquila, linda. Todo va a estar bien.

—Soy una mala mujer, ni siquiera sé quién es el padre de mi hija. —Sollozó.

—Abby, no te crucifiques por eso, eres humana y por lo tanto imperfecta. A nadie le queda duda de que eres una buena mujer, una madre excelente, y es muy

injusto que te sanciones toda la vida por una noche en que te permitiste bajar la guardia. Además, piensa que gracias a ese error, por el que tanto te castigas, es que existe mi sobrina.

—Gracias, Edy. —Lo abrazó por la cintura y se pegó a su pecho.

Permanecieron juntos unos minutos más hasta que Edgar decidió llevarla a casa de su madre.

—Abby, en verdad, no estás en condiciones de trabajar. Necesitas descansar y prepararte para la audiencia de mañana. Vamos, no discutas, te llevaré a casa.

—Está bien, solo organizo unos pendientes con mi equipo.

—Mientras iré a echarle un vistazo a Eva, la dejé en el sofá y no se sentía nada bien.

—Pobre, lo está pasando mal. Yo sé de eso.

—Veré si la convenzo para que se vaya con nosotros.

—Suerte con ello.

Capítulo XVI

En cuanto Edgar dejó a las chicas en casa de su madre, cogió el móvil y, con dedos temblorosos, marcó.

—Vic, ¿a qué hora llegas? Me urge hablar contigo.

—*¿Qué sucede? ¿No puedes decirme por teléfono?*

—No. Tiene que ser en persona.

— *Estamos peleando con los del aeropuerto; no están concediendo permisos para el despegue debido al clima.*

—Espero que se resuelva pronto. En cuanto abordes, llámame e iré por ti; no importa la hora que sea.

—*¿Tan grave es? Estás comenzando a preocuparme.*

—Tranquilo, no es grave, solo importante. Te veo luego.

Víctor llegó al aeropuerto de la ciudad de Monterrey alrededor de las cuatro de

la madrugada, y, fiel a su palabra, habló a Edgar, quien ya lo estaba esperando.

—¡Cielos!, tu cara no augura nada bueno —Víctor intentó bromear para aligerar el ambiente que de pronto se cargó de expectación.

—Ven, entremos en la cafetería, allí podremos hablar sin problema.

Edgar, con semblante serio, se encaminó al lugar, escogió la mesa más apartada e hizo un gesto a su amigo para que tomara asiento. Una mesera se acercó de inmediato a tomarles la orden, pues eran los únicos clientes a esa hora.

—Un expreso —pidió Víctor.

—Un café de olla. —Edgar entregó la carta a la muchacha—. Y que no se nos interrumpa, por favor.

La chica se marchó y, minutos después, les llevó sus bebidas.

—¿Y bien? Deja ya de tanto misterio y suéltalo.

Edgar soltó el aire con exasperación y trató de poner orden a sus ideas.

—No sé por dónde empezar.

—Podría ser por el principio —sugirió Víctor agrio, comenzaba a fastidiarse de tanto secretismo por parte de su amigo.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos al día siguiente de la cena que organizó Abby para la compañía? —preguntó Edgar al fin.

Víctor lo había llamado para pedirle que se reunieran en su apartamento, una vez allí, le puso una copa en la mano y, furioso, su amigo había comenzado:

«—¿Te acuerdas de esa chica por la que duré años obsesionado?

—¿La que conociste aquella noche en el bar de La Condesa y te abandonó en medio de la noche? —Edgar había contestado con otra pregunta.

—Es Abigail.

—¿Qué? ¿Y me lo dices así sin más?

—No sé qué juegucito se trae tu prima entre manos, pero negar lo que pasó entre nosotros es algo retorcido y perverso.

—Un momento. —Edgar había sacudido la cabeza para ordenar sus ideas y encajar las piezas del rompecabezas—. ¿Quieres decir que...? ¿Estás seguro?

—Sí. La noche en que descubrí que Patricia me engañaba, nos fuimos a un bar en la colonia Condesa, ¿recuerdas?

—Sí, dijiste que ibas al baño y no supe de ti hasta el día siguiente.

—El caso es que la chica con la que me fui al hotel es Abigail.

—¿Estás seguro?

—Después de saborearla toda la noche, ¿tú qué crees?

—No me digas eso, es mi prima y es asqueroso. ¡Puaj!

—Tu preguntaste.

—¿Entonces? ¿Por qué nunca me dijiste que esa chica era Abby? Recuerdo que estabas al borde de la locura por ella.

—Porque no tenía ni idea de que esa impresionante criatura era tu prima, no la reconocí como trenzas pelos de elote. ¿Crees que habría pagado investigadores

sabiendo que ella estaba al alcance de una llamada a tu madre?

—Tienes razón, aunque en esa fecha todavía estábamos distanciados a causa del pleito entre mi tío y mamá, ella te habría podido decir sin problema alguno dónde localizarla.

—Cuánto tiempo perdido, ¿y sabes qué es lo más loco de todo esto?, que ella estaba más cerca de mí de lo que podría pensar. Pero eso no quita el hecho de que anoche me ignoró.

—¿Qué quieres decir?

—No te hagas el tonto, Edy, estabas allí cuando nos «presentaste»; viste cómo ella fingió no conocerme. ¡Por Dios, si pasamos toda una noche juntos! —
masculló furioso.

—Ou, ou, ou, espera, ahora entiendo. —Soltó una carcajada irónica—. Vaya que el mundo es pequeño. Amigo, mi prima no está fingiendo nada. Sé que esto es un golpe a tu autoestima masculina, pero en verdad no recuerda lo acontecido

esa noche.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Hace tiempo mi madre me contó que Abby salió de juerga con sus amigas y que se pasó de copas, se les desapareció a las chicas y no supieron nada de ella hasta el día siguiente. Mi prima no recordaba nada de lo sucedido, según sé, de

lo último que tiene consciencia es que estaba en el sanitario de damas, a partir de ahí dice que todo es una nebulosa de confusión. De hecho, ese es un tema tabú;

se supone que yo no sé nada de esto, si mi prima supiera que mamá se fue de lengua, seguro se moriría de pena. Al parecer, el exceso de esa noche es la razón por la que no toma ni gota de alcohol y no sale con hombres. Según mi madre, es

un estigma que Abby carga con vergüenza y arrepentimiento. Para mi prima hablar de esa noche es recordarle que por una vez se portó como una...

—¿Cómo puede pensar eso? Fue maravilloso.

—Esa es tu versión, amigo, no la de ella. Piensa con lógica, Abby es una mujer

recta de intachable conducta, de pronto se entera que su «novio» va a casarse con otra. Influenciada por sus amigas, se va de juerga a un bar, bebe de más y

termina en su casa desmemoriada. Tengo entendido que las horas posteriores a que entró al bar son un pañuelo en blanco. Y no conforme con eso, descubre que

está embarazada del imbécil que la engañó, ¿cómo crees que se siente respecto a eso?

—No lo sé, es demasiado para asimilar.

—¡Exacto! ¿Me permites darte un consejo?

—Claro.

—¿Es imprescindible que ella sepa que eres tú el hombre con el que se fue esa noche y lo que hicieron juntos, solo para satisfacer tu ego de macho? No lo creo, eso únicamente la avergonzaría y crearía tensión entre ustedes, de lo contrario, si haces caso omiso, puedes empezar de cero y conquistarla a partir de allí. Darle la oportunidad de que te conozca y, ¿por qué no?, se enamore. Entonces ya verás si

conviene contarle la verdad o te llevas el secreto a la tumba.

—Eso sería tanto como mentirle y no puedo hacerlo.

—¿No puedes o no quieres? Piensa, amigo, no le estás mintiendo, solo omites algo que podría ocasionar mucho daño y por nada.

—Quizá tengas razón...».

Edgar regresó al presente y se encontró con la mirada expectante de su amigo.

—De sobra sabes que sí recuerdo esa larga conversación. ¿Cuál es el punto?

—

gruñó Víctor un tanto impaciente.

—Cuando el imbécil ese, su ex, se apareció por la empresa, Abby le soltó que

Alejandra no es su hija. En un principio, pensé que solo se lo dijo para molestarlo y quitárselo de encima, pero esta tarde Jaime volvió a insistir en que Abby le diera más detalles sobre el padre de mi sobrina...

—¿Y? ¿Qué dijo? ¿Sigo sin comprender a dónde quieres llegar?

—Ella comenzó a llorar abatida y reconoció que no sabe quién es el padre de la

niña; solo dijo que lo conoció en un bar y que estaba tan bebida que no lo recuerda. ¿Te suena?

Víctor palideció al instante y comenzó a sudar frío. Un nudo le oprimió la garganta.

—¿Quieres decir que...? —apenas si pudo murmurar.

—Sí.

—¿Mi hija? —Sonrió conmovido al recordar esa dulce carita—. ¡Alejandra es mi hija!

—Espera, ¿adónde vas? —Edgar también se puso de pie.

—A buscarla.

—¿Estás loco? ¡Son las cinco de la mañana! Al menos aguarda hasta que salga el sol. —Lo jaló para que volviera a sentarse—. No creo que este sea el mejor momento para ir a su puerta y enfrentarla.

—¿Cómo puedes pedirme eso? ¿Acaso no ves que la duda me está carcomiendo? Si Alejandra es mi hija, eso lo cambia todo y Hernández tiene que saberlo.

—¡Hernández! ¡Eso es!, tenemos que llamarlo —comenzó Edgar, y sacó el móvil.

—Dijiste que esperaríamos hasta que salga el sol.

—No con él. Si mal no recuerdo, la audiencia es a las nueve así que, conociéndolo, debe estar por levantarse para pasar por el *gym*, luego irse a ese lugar en donde te sirven lechugas y comida para conejos, para después

ducharse

e irse a la oficina.

—Tienes mejor aprendida su rutina que Ava —se burló Víctor—. Con suerte, en una de esas, te ofrece su puesto.

—No lo creo, yo no tengo esas dos poderosas razones por las que Jaime no le permite la renuncia. —Hizo gesto con las manos para referirse a los enormes senos de la secretaria del abogado—. Además, olvidas que, desde que regresé, vivo con él mientras terminan la nueva casa.

—Por cierto, ¿cómo va eso? ¿Ya se la mostraste a Eva?

—No, quiero que sea una sorpresa. Ahora con lo del embarazo tuve que meterle presión al arquitecto, quiero que esté lista antes de que nazca mi bebé.

—Qué ironías tiene el destino. —Víctor dio un sorbo a su café—. Hace unos días, te jactaste en recordarme la apuesta que hicimos a los veintitantos de que el que engendrara primero un hijo recibiría del otro cinco mil dólares. Ahora tendrás que desembolsar en lugar de recibir, porque resulta que tengo una hija de cinco años.

—¡Eso es injusto!

—No te quejaste cuando lo mencionaste hace unos días, creyéndote vencedor.

Edgar gruñó y por fin marcó el número de Jaime.

—¿*Qué quieres Edgar?* —respondió el abogado, somnoliento—. ¿En tu casa no te enseñaron que molestar a las personas en horas no adecuadas es una falta de respeto?

—Sí, pero el caso lo amerita. Estoy con Víctor en el aeropuerto, vamos para la

casa, así que más vale que levantes tu sucio trasero de la cama y actives el modo

«abogado eficiente».

—¿De qué demonios estás hablando? ¿O *tra vez están bebidos?*

—No. Tenemos nueva información en el caso de Abby. Una que le dará un giro inesperado a todo.

— *Sigo sin entenderte. En fin, aquí los espero.*

Capítulo XVII

Víctor llamó a Abby por enésima vez y con el mismo resultado; saltaba el buzón.

—Tranquilo, amigo. La veremos en la audiencia —comentó Edgar mientras terminaba de anudar la corbata. Se habían duchado y alistaban para ir al juzgado.

—Quisiera hablar antes con ella. No sé cómo reaccionará al enterarse de todo.

—Roguemos al cielo por que mi prima lo tome a bien. Ahora, vámonos o no alcanzaremos a estar a tiempo, recuerda que ahora pasaste a ser el testigo estrella.

Abby, la tía Eugenia y sus amigas llegaron a los juzgados después de pasar a dejar a Alejandra en el colegio.

Eva sacó su móvil para ver la hora.

—¡Vaya! Tengo varias llamadas de Edy —comentó extrañada de que el aparato

no hubiera timbrado, entonces se percató de que lo tenía en modo silencioso.

Regresó la llamada, pero en ese momento el susodicho apareció acompañado de

Víctor y el abogado.

—¿Cuándo regresaste? ¿Cómo siguió tu madre? —Abby abordó a Víctor nada más verlo.

—Primero déjame besarte. —La abrazó con fuerza.

—¿Qué tienes? Actúas como si fuera a irme.

—Tenemos que hablar.

—Lo siento, Vic, ya no hay tiempo. Es hora —interrumpió Jaime y tomó a

Abby del brazo—. Una cosa más; pase lo que pase, se diga lo se diga, confía en mí, ¿de acuerdo?

La joven asintió y juntos se encaminaron a la sala asignada. El secretario anunció al juez, todos se pusieron en pie y de inmediato comenzó la audiencia.

—El estado analizará la presentación de pruebas, comience abogado defensor

—concedió el juez.

—Su señoría —expresó Jaime muy en su papel—. Además de presentar los

ultrasonidos y estudios realizados durante el embarazo de la señorita Santos, así como los papeles del parto y registro de nacimiento de la niña, llamo al estrado al señor Víctor Alcántara y Corcuera.

—Proceda, abogado.

Abby giró la cabeza hacia donde, minutos antes, Víctor permanecía sentado. Él

se puso de pie y, con paso decidido, se dirigió a ocupar el asiento señalado.

Edgar, Eva, Lucy y Eugenia permanecían sentadas en primera fila, justo detrás de su amiga.

Confundida, Abby apenas si escuchó los cuchicheos de las mujeres, pues al igual que ellas, también se preguntaba qué pretendían Víctor y su abogado.

—Jura decir la verdad y nada más que la verdad —cuestionó el secretario.

—Lo juro. —Alzó la mano diestra.

—Señor Alcántara —comenzó Hernández—, díganos la razón por la cual solicita a este juzgado la desestimación de la demanda promovida por el señor César Castilla.

—Porque soy el padre de la niña. —La sala se llenó de murmullos.

Complacido, miró a los ojos de una conmocionada Abby.

—¡Eso no es posible! ¡Miente! —gritó Cesar iracundo desde su lugar.

—Tranquícese, señor Castilla, o de lo contrario ordenaré que lo saquen de la sala —amenazó el juez.

—Estoy convencido de ello, tanto que no tengo el más mínimo inconveniente en someterme a un test de paternidad —aseguró Víctor sin perder la calma.

—Esto sí que no lo esperaba —comentó el juez—. ¿La madre lo reconoce como el padre de su hija?

—Sí —mintió Víctor.

Abby estaba por protestar cuando el abogado le recordó su promesa de confiar en ellos.

—¿Es esto verdad, señorita Santos? —cuestionó el juez.

La joven permaneció en silencio, el litigante la tomó del brazo y le reiteró en voz baja:

—Confía en Víctor, él sabe lo que hace.

—Sí, lo reconozco como el padre de mi hija —dijo al fin.

—¡Eso no es verdad, es solo una treta! —gritó César iracundo.

—Por última vez, o se calla u ordenaré que lo saquen. Abogados, acérquense

—pidió el juez—. Se autoriza la realización del test de paternidad. A ambas partes se les avisará el lugar, así como el día y la hora para dicha prueba. El caso se pospone hasta que estén disponibles los resultados por parte del laboratorio que resulte seleccionado. —Falló e inmediatamente abandonó la sala.

—¿Qué tontería es esta, Abigail? —Cesar la tomó con fuerza del brazo cuando ella, aturdida, caminaba hacia Víctor.

Abby estaba todavía conmocionada que ni siquiera opuso resistencia.

—Ninguna tontería. Ahora, suelta a mi mujer —amenazó Víctor con voz calmada, aunque la vena que latía en su sien desmentía su pasible semblante.

Apartó a Abby de su ex, la tomó de la cintura y la pegó a él en gesto posesivo —.

Nos vemos en el laboratorio. Mientras tanto, mantente lejos de mi familia.

—¿Estás amenazándome?

—Yo no amenazo. —Se llevó a Abby fuera de la sala.

—¿Qué rayos pasó allí dentro? ¿Explícame cómo piensas sacar positivos los resultados? ¿Acaso piensas sobornar al laboratorio? —preguntó Abby sin entender.

—No, me haré la prueba solo para comprobar lo que ya sé.

—¿De qué estás hablando? —Lo miró como si no lo conociera.

—Te lo diré en sencillas palabras: un bar en la Condesa, una despampanante rubia envuelta en lentejuelas escarlatas, piernas largas realzadas con tacones de infarto y un encuentro en el pasillo de los sanitarios, ¿te suena?

—¿Qué? —Abby palideció—. ¿Cómo sabes...? ¡Ay, por Dios! ¡No puede ser!

—incrédula, se tapó la boca.

—Lo es. El tipo con el que te fuiste del bar al hotel soy yo.

Abby se dejó caer en la banca, sentía sus piernas flaquear y la cabeza comenzó a darle vueltas y las sienes a palpitarle.

—Será mejor que los dejemos solos —sugirió Edgar, y se llevó a los demás con él.

—Gracias —murmuró Víctor.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué callarte algo tan importante? ¡Dios! Me siento tan estúpida —soltó Abby por fin.

—Imagínate cómo me sentí cuando te vi en la cena anual y no me reconociste.

No es nada halagüeño que la mujer con la que tuviste el mejor sexo de tu vida no te recuerde. Eso sin contar que, al día siguiente de tan magistral noche, te esfumaste sin dejar rastro. ¿Tienes idea de cuánto te busqué?

—¿A mí? ¿Por qué?

—¿Por qué? Abby, creí que esa noche habíamos conectado más allá del sexo ocasional. Incluso te pedí que te fueras unos días conmigo a Cancún.

—¿En verdad? ¿Y qué te respondí?

—¿Tú qué crees? Imagínate mi desconcierto cuando desperté solo en la habitación y no tenía modo alguno de localizarte. Jamás creí que te escurrirías antes del alba y sin dejar rastro. Seis años después vengo a enterarme de que esa noche concebimos una hija y que la madre resultó ser mi novia de la adolescencia.

—Víctor, sé que es absurdo intentar defenderme, pero esa noche estaba tan bebida que no tengo plena conciencia de lo que pasó. Ni siquiera sé cómo llegué

a casa.

—¿Estás acusándome de haberme aprovechado de ti? Yo también estaba muy bebido, ¿recuerdas? Por supuesto que no, qué tontería —expresó lleno de frustración.

—No te estoy acusando de nada. Fui contigo por voluntad propia. Eso sí lo recuerdo bien. El bar estaba oscuro y, aunque no podía ver tus rasgos con claridad, me sentí atraída hacia ti desde el primer instante.

—¿Qué es exactamente lo que recuerdas? —preguntó dolido—. No solo me olvidaste una vez, Abigail, sino dos.

—Yo... —Se sonrojó—. Creo que este no es el mejor lugar para hablar de ello.

—Tienes razón. —La tomó del brazo y la arrastró al interior de una sala vacía

—. Ahora dime la verdad, Abigail.

—Yo... —comenzó apenada—. Recuerdo entre brumas que estaba en los sanitarios, al salir choqué contra ti, ¿o tú conmigo?

—Fuiste tú. Prosigue. —Se cruzó de brazos y recargó la cadera en una mesa.

—Me invitaste un trago y yo... —Un nuevo recuerdo se desbloqueó en su memoria. Sorprendida, abrió mucho los ojos—. ¡Dios mío! ¡Me lancé sobre ti como una cualquiera! —expresó abatida—. ¿Qué debiste pensar de mí? —Se llevó las manos al rostro, sumamente avergonzada.

—Salí del sanitario y vi entrar al de damas a la criatura más hermosa que he visto en mi vida. Esperé como un tonto a que esa diosa escarlata reapareciera.

Estaba algo bebido y temía que fuese cosa de mi imaginación, luego la puerta se

abrió y pude verte a detalle, comprobar que no eras un delirio creado por el alcohol, y pensé en la suerte que tenía por haber encontrado una mujer tan perfecta.

—Víctor, no sigas.

—Viniste hacia mí con esas piernas tan largas y... uf. Enloquecí —continuó él, ignorándola—. Entonces te invité y fui dichoso cuando aceptaste. Después de probarte, me prometí nunca más dejarte ir, tenías que ser para mí, pero solo me

engañé, pues al abrir los ojos te habías esfumado. De no ser por esto, habría creído que todo fue un sueño. —Sacó una pulserita de plata con un dije en forma

de A.

—¡La pulsera que me dio papá! Pensé que la había perdido en el bar.

—No, la dejaste en mi habitación de hotel; la misma donde pasamos la noche,

donde tú y yo nos amamos hasta el amanecer... ¡Maldición! —gritó furioso, la rabia e impotencia que sintió entonces, cuando despertó solo para descubrir que

ella se había ido, regresaron.

—No sigas. —Abby se tomó la cabeza entre las manos.

Como si se hubiera abierto una compuerta, las imágenes comenzaron a fluir en su cabeza con un poco más de claridad.

—¿Por qué, Abigail? Tanto te repugna lo que pasó entre nosotros esa noche.
—

Sonrió con amargura.

—No. —Comenzó a llorar—. Es solo que no puedo con la culpa. Ahora lo recuerdo con más lucidez. —Río un tanto histérica—. Es impresionante cómo funciona la mente humana, ¿no es así? Un verdadero misterio.

—¿Qué quieres decir? —Apretó la mandíbula.

—Que ahora lo entiendo todo. —Se limpió las lágrimas—. No te olvidé, nunca

lo hice, simplemente reprimí los recuerdos porque me horrorizaba de mí misma.

Nunca fuiste tú, sino yo.

—¿Por qué? No entiendo, ¿tan terrible te pareció? —Víctor no podía creer que

la mejor noche de su vida, para ella fuera todo lo contrario.

—No. En mi absurda amnesia solo hui de todo lo que tenía que ver con la culpa y la vergüenza. Qué cobarde, ¿no? —Sonrió irónica—. Recordaba

perfectamente el tacto de tus manos, el olor de tu piel, las caricias, los besos. Lo maravillosamente bien que me hiciste sentir. Los gloriosos orgasmos que me provocaste, incluso recuerdo tu cicatriz por la operación de apendicitis.

—Vaya, es un alivio saber que no huiste de mí por ser un pésimo amante. —El marcado sarcasmo fue para Abby como una bofetada—. ¿Entonces por qué lo hiciste?

—¿No adivinas?

—En realidad, no.

—No soy mujer de una sola noche. —Se puso en pie y comenzó a caminar—.

Acababa de enterarme de la manera más humillante que mi «novio» estaba comprometido con la hija del jefe. Se supone que debía sentirme destrozada; en

lugar de eso, disfruté como nunca en los brazos de un desconocido; un hombre que me hizo sentir viva y, por una vez, quise dejar de ser la anodina y tímida chica para convertirme en una mujer sensual y desinhibida.

—Eso me quedó claro desde el primer instante, fuiste apasionada, incandescente.

—Víctor, no...

—Abby, nunca pensé que fueras esa clase de mujer, tu inocencia y dulzura te delataban. Lo que no entiendo es por qué huiste.

—Soy una egoísta que solo se preocupó por sí misma. Temía tanto que, por la mañana, a la luz del pleno día, vieras mi verdadero yo y me rechazaras. Lo siento, no pensé en nada más que alejarme.

—Te fuiste sin darme oportunidad a nada.

—Lo sé. Ahora recuerdo que desperté a tu lado y me horroricé de lo que había hecho, esa no era yo. Aún sentía los efectos del alcohol en mi cuerpo, el placer que me habías proporcionado me hizo sentir, por primera vez en mi vida, sexualmente satisfecha y eso me asustó aún más. Me levanté del lecho revuelto,

recogí mi ropa y, sin querer, miré al espejo y me llené de vergüenza por mi aspecto. Solo podía pensar en alejarme de ti antes de ver reflejado en tu cara el mismo asco que yo sentía hacia mí.

—No llores.

—No puedo evitarlo.

—Lo que pasó entre nosotros fue especial, más allá del sexo ocasional, tan fue así que concebimos una hija. —Por fin la abrazó.

—Lo siento mucho, en verdad. —Lloró en el amplio pecho masculino.

—Yo también; tanto tiempo perdido lejos de ti y de mi hija. El destino nos gastó una mala broma, pero al final volvió a reunirnos.

—¿Desde cuándo sabes lo de Alejandra?

—Hace un par de horas. En realidad, fue Edy quien lo descubrió.

—Con razón ayer actuaba tan raro. Volviendo a mi pregunta inicial, ¿por qué no me dijiste quién eras cuando nos conocimos, quiero decir, cuando nos reencontramos, en la cena?

—Porque en un principio creí que te burlabas de mí, que estabas divirtiéndote con no sé qué especie de jugo retorcido. Al día siguiente, hablé con Edgar y él

me dijo que no se trataba de ninguna treta, que en verdad no recordabas nada de

esa noche, que era para ti motivo de dolor y vergüenza, incluso me aconsejó dejar las cosas como estaba y empezar de cero.

—¿Cómo supo...? Mi tía.

—No te enojas con ella, de no haber sido por esa indiscreción, Edgar no habría

podido atar cabos.

—¿Por qué, Víctor? ¿Por qué te callaste algo tan importante?

—Porque quería que me amaras por mí, por lo que soy. Edgar tenía razón, si me presentaba ante ti como el hombre con el que tuviste un desliz, me habrías evitado como la peste y cerrado toda posibilidad de estar juntos, ¿acaso me equivoco?

—No —admitió apenada—. Qué bien me conoce mi primo, porque eso es exactamente lo que habría hecho.

—Y yo no podía permitirlo. Desde el instante en que te divisé al otro lado del salón, con tu vestido medieval en escarlata, pensé en lo irónico que es el destino; volvía a reunirme con la mujer de mis sueños y ella llevaba el mismo color que

cuando nos conocimos. En ese instante, me juré que haría que me amaras a cualquier precio. Tenías que ser para mí.

—Y lo conseguiste. —Se acercó a él—. Te amo, Víctor, Manu, o quien quiera que seas.

—Eres mía, Abigail Santos. —La besó con pasión—. Nos casaremos cuanto

antes e iniciaré los trámites para que Alejandra sea reconocida como mi hija.

Merece llevar mi apellido, quiero que sepa que tiene un padre y que si no estuve a su lado todo este tiempo, no fue por falta de amor.

—Es increíble el llamado de la sangre, desde el primer instante, noté una química entre los dos, jamás me pasó por la cabeza que pudiera tratarse del vínculo padre e hija.

—La adoré aun sin saber la relación que nos unía. ¡Mi hija, Abby! ¡Alejandra es mi hija! —Una solitaria lágrima escapó y rodó por su mejilla—. Vayamos por

ella, necesito estrecharla entre mis brazos.

—Está en el colegio, se asustará.

—Claro que no, ¿qué niño se asusta porque lo saquen de clases?

—Está bien, vamos por ella.

La niña recibió la noticia con verdadera emoción; por fin tenía un papá. Para celebrar, Víctor invitó a todos a un elegante restaurante. La cena transcurrió entre risas y buena conversación.

Alejandra estaba tan contenta con su padre que no lo soltaba para nada, incluso, cuando llegaron al apartamento, lo llevó con ella hasta su cama y se durmió aferrada a él.

Abby contemplaba la escena conmovida; cada vez que Víctor intentó separarse de la niña, ella despertaba y lo abrazaba con más fuerza.

—¿Quién te manda ser tan irresistible? —susurró con burla.

—¿Qué te puedo decir? Es mi don —dijo al tiempo que acariciaba el cabello

de la niña—. Es preciosa, heredó la belleza de su madre.

—Y el encanto de su padre.

La niña por fin se quedó dormida y Víctor pudo zafarse del tierno abrazo.

—¿Cómo es posible amar tanto a alguien que acabas de conocer?

—Lo mismo pensé yo cuando la vi por primera vez.

—Tienes que ponerme al día con los relatos y todo lo que me he perdido estos años.

—Ya tendremos tiempo, por lo pronto, vamos a la cama, estoy cansada.

—¿Es eso una invitación, señorita Santos? ¿Acaso está intentado seducir a su jefe? —sonrió complacido de poder quedarse cerca de sus dos mujeres.

—Solo si con ello puedo conseguir sus favores en la oficina —bromeó.

—¡Dios, estoy perdido! —exageró.

Capítulo XVIII

A la mañana siguiente, Abby llegó a la oficina de excelente humor; la amenaza de César sobre su hija ya no representaba problema alguno. Víctor y ella estaban juntos, y Alejandra era la más feliz con ello. Por fin, la vida era perfecta.

— *Abby, te llaman del colegio de Ale* —informó Lucy al otro lado de la línea.

—Gracias.

—¿ *Señorita Santos*? —preguntó una voz vacilante.

—Sí. ¿Está bien Alejandra?

—Desde hace rato la niña se quejó del estómago, está pálida y con vómito. No se alarme, ya la revisó la doctora del instituto y dice que es una infección simple, pero necesito que pasen a recogerla.

—Claro, voy para allá.

Sin perder tiempo, Abby tomó su bolso y salió del despacho.

—¿Qué sucede? ¿Todo bien? —preguntó Lucy al verla andar de prisa.

—Es Alejandra, se ha puesto mal del estómago y tengo que ir a recogerla.

Cualquier cosa, me localizas en el celular, ¿de acuerdo?

—Ok.

Un tanto aprensiva, Abby entró con pasos veloces a las instalaciones del instituto. El malestar de la niña se escuchaba peor de lo que era.

—Vamos a casa, linda. —La estrechó en sus brazos y le llenó la frente de besos.

—¿Y papi? —Alejandra la tomó de la mano—. ¿Por qué no vino?

—Se quedó en la oficina, lo verás más tarde —comentó mientras se dirigían al aparcamiento. De pronto sintió un fuerte tirón; alguien pretendía arrebatarse a la

niña—. ¿Qué haces aquí? —preguntó al tiempo que abrazaba a la niña con todas sus fuerzas—. Lárgate o comenzaré a gritar.

—¿En verdad crees que ese jueguito entre Alcántara y tú dará resultado?

Vengo por mi hija y me la voy a llevar, quieras o no.

César jaloneó a la niña, pero Abby no la soltaba. Desesperada, comenzó a gritar. En un instante, el conserje y un maestro estaban junto a ella para auxiliarla.

—Váyase o llamo a la policía —amenazó la madre superiora. Ante el jaleo provocado, habían acudido varias personas más.

Acorralado, César comprendió que lo mejor era marcharse.

—Esto no ha terminado, Abigail. Pagarás por todo.

Aún conmocionada, Abby lo vio alejarse. En su afán de proteger a la niña, la sujetaba con excesiva fuerza.

—Mami, no puedo respirar.

Solo entonces Abby pudo reaccionar y aflojar el amarre con el que sostenía a su hija.

—¿Se encuentra bien? ¿Les hizo daño? —preguntó la madre superiora, preocupada ante la palidez de la chica—. ¿Quiere que llame a alguien? No creo

que sea prudente que tome el volante en esas condiciones, venga, vamos a mi privado.

La mujer, de edad mayor, condujo a la madre e hija. Abby prefirió llamar a Edgar, pues sabía que Víctor se lo tomaría a mal.

—¿Edy? Te necesito, ¿puedes venir al cole de Ale?

Edgar llegó echo un energúmeno, no estaba de acuerdo con la decisión de Abby,

sobre ocultarle a Víctor lo sucedido. Una vez en el auto, siguió con el sermón.

—Sigo pensando que ocultarle a Víctor lo que pasó no es buena idea.

—No quiero preocuparlo.

—Abby, él tiene derecho a saber lo que ese imbécil está haciendo. Alejandra también es su hija, y si no se lo dices tú, lo haré yo.

—Lo sé. Te prometo que se lo diré.

—¿Cuándo?

—No presiones, Edy.

—¿Abby? —La miró con los ojos entrecerrados.

—Está bien, se lo diré en la cena —aceptó contrariada, pero no lo hizo, ya que,

según ella, no encontró el momento adecuado.

Después de pasar una noche intranquila, Abby estaba sumamente estresada por

haberse quedado dormida y no escuchar el despertador, apresuró a Alejandra pues se les había hecho un poco tarde para el colegio; se metieron en el auto y

puso rumbo al instituto. Encendió el radio con la estación que daba las noticias y, de pronto, sintió el frío de algo metálico en su cuello.

—Vas a conducir por donde yo te diga y sin rechistar, ¿entendiste? A la primera de cambio, jalo el gatillo y tanto tú como tu linda hijita se van al infierno.

La voz y el aliento alcohólico de César en su oído causaron en Abby un estremecimiento que le recorrió el cuerpo hasta causarle calosfríos.

Conmocionada, solo atinó a asentir con la cabeza.

Alejandra, asustada comenzó a llorar.

—¿Quieres callarte, escuincla del demonio? Si te portas bien, nada malo va a pasar.

«Piensa, Abby, por Dios, piensa». Por más que intentaba, su cerebro estaba en blanco y el hecho de llevar un arma apuntando a su cabeza no ayudaba en absoluto. Sin quitar la vista del camino, dijo a su hija:

—Tranquila, pequeña, mami arreglará esto, ¿de acuerdo?

Alejandra no podía dejar de llorar, por lo que César la obligó a tomar un jugo de botella que contenía un poderoso somnífero.

—Listo, con esto dormiré todo el camino y no molestaré —se jactó.

—¿Adónde nos llevas? ¿Por qué haces esto si ya te he repetido hasta el cansancio que Alejandra no es tu hija?

—Haces demasiadas preguntas. Para en ese lugar —ordenó—, cambiaré a la niña al asiento de atrás y yo me colocaré en el lugar del copiloto, ah, y ya lo sabes, un solo movimiento en falso y jalo el gatillo.

Estaban cerca de la salida de la ciudad, Abby sabía que una vez fuera de la urbe sería más difícil conseguir ayuda. César no le quitaba ojo de encima, por lo que aprovechó el momento en que él sacaba a la niña para cambiarla al asiento

de atrás, para, de forma disimulada, poner su teléfono en vibrador y marcar a Víctor. Dejó el aparato bajo el asiento justo a tiempo antes de que su captor tomara asiento junto a ella y volviera a apuntarle con el arma. En silencio rogó al cielo para que Víctor supiera leer entre líneas y pudiera ayudarlas.

El móvil de Víctor sonó y, al aparecer la imagen de Abby en la pantalla, sonrió.

—Hola, linda, ¿qué tal se encuentran las dos mujeres de mi vida?

En lugar de escuchar el cálido saludo con el que su novia solía agasajarlo, entre algo de ruido, pudo distinguir la voz de Abby, se oía distante y un tanto difusa, pero por fortuna podía entender lo que decía.

Le llevó un par de minutos comprender qué estaba pasando y lo que Abby había hecho, por lo que permaneció en silencio y atento a todas las señales que

ella, con lo que parecía una simple conversación con su captor, estaba revelándole.

Enumeró los puntos: primero, César se las había llevado y estaba armado.

Segundo, iban por la salida norte, al parecer, rumbo a la frontera. Tercero, Alejandra estaba dormida, por lo tanto, no estaba consciente del drama que estaban pasando.

Enfurecido y alterado, salió de su privado, se encaminó al elevador para ir al aparcamiento por su Ferrari Portofino y ponerse en marcha cuanto antes. Quizá,

con un poco de suerte, lograba darles alcance.

En el descenso, se encontró con Edgar que accedió al ascensor dos plantas abajo. Silenció el micrófono de su móvil para no delatar a Abby ante su raptor y, sin perder tiempo, puso a Edgar en antecedentes. Los dos salieron volando del edificio rumbo a la salida norte de la ciudad.

Abby cada tanto revelaba, entre líneas, algún que otro detalle sobre la ruta que estaban tomando.

—Sin lugar a dudas, se dirigen a la frontera, ¿acaso espera sacarlas del país?

—pensó Edgar en voz alta.

—Sin sus pasaportes, lo dudo —alegó Víctor esperanzado—. Aunque, por desgracia, en este mundo se puede conseguir de todo con dinero.

Un sonido que cualquier usuario de móvil conoce bien y muchos temen, sonó del otro lado de la línea, al parecer el aparato de Abby comenzaba a quedarse

sin batería. Entre maldiciones, Víctor sintió como la frustración e impotencia se adueñaban de sí.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó César contrariado.

Por un momento, Abby sintió que la sangre se le helaba en las venas, trató de aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir y, como restándole importancia, dijo:

—Es mi móvil que se ha quedado sin batería.

—¿Dónde está?

—Creo que lo guardé en el bolso. —Fue lo único que se le ocurrió.

Sin pedir permiso, César agarró el bolso color carmín y comenzó a revolver dentro del mismo.

—No está —vociferó molesto.

—Quizá se cayó, no sería la primera vez que el móvil se sale y termina vagando perdido por el auto. —El sonido volvió a repetirse, y Abby rogó al cielo que el aparato se apagara antes de que César descubriera que había llamado a Víctor—. Mira, allí está la estación de servicio Las Palmas. —En lo más profundo de sí, esperaba que la pila alcanzara para revelar su última ubicación

—. ¿Podemos parar? Necesito ir al sanitario urgentemente.

Un tercer bip sonó y César dio con el aparato. Abby contuvo el aliento atenta a las reacciones de él. Aliviada contempló que el móvil se había apagado y César

lo guardaba en la bolsa de su chaqueta.

—Está bien, para el auto, pero te recuerdo...

—Sí, ya lo sé; no necesitas recordarme que el que tiene el arma eres tú.

—Buena chica, me alegra ver que has recuperado el sentido común. Esa es la Abby que me gusta.

«Sumisa y asustadiza», pensó ella con tristeza al recordar cómo era antes, cuando estaba idiotizada por él y sus mentiras.

Como era de esperar, César la acompañó hasta la entrada del sanitario de damas y se apostó allí para vigilar como si se tratase de un centinela. Abby procuró entretenerse lo más que le fue posible, pues su captor la presionaba desde afuera con la amenaza de que si no salía, entraría a buscarla. Esperaba que esos quince minutos robados al camino, sirvieran de algo.

Víctor conducía como loco apelando a la gran velocidad que su deportivo de lujo

podía alcanzar. Consciente de que cada minuto era decisivo en relación a la vida de sus dos amores, casi pierde la razón cuando la llamada con Abby se cortó.

—Al menos pudimos ubicar su última parada y no estamos lejos —expresó Edgar al tiempo que tomaba una gran bocanada de aire para calmarse. Sabía que

Víctor estaba fuera de sí y que a él le correspondía pensar con la cabeza fría para evitar que su amigo cometiera una imprudencia que podría resultar fatal.

Al cabo de unos minutos, visualizaron la estación de servicio.

—Mira, es el auto de Abby —señaló Edgar.

Víctor detuvo el vehículo, ambos bajaron con rapidez y se dirigieron de prisa al automóvil para encontrarlo vacío. Buscaron dentro de la tienda y en los alrededores, pero no había ni rastro.

—Vic, hablé con una empleada de la tienda de paso y dice que vio a una chica

que concuerda con la descripción de Abby; se marchó en una camioneta negra con otra mujer, un tipo y una niña. ¿Y qué crees? La descripción de «la otra mujer» concuerda con Mónica.

—¿Qué?

—Lo que oyes, al parecer ese patán no está solo en esto.

Víctor pateó con todas sus fuerzas un bote de basura para disipar un poco de la frustración que lo invadía.

—¿Y ahora? ¿Qué hacemos? Sin el celular de Abby, ¿cómo vamos a encontrarlos? Podrían estar en cualquier parte. —Se pasó la mano por el cabello.

—La dependienta dijo que marcharon al norte. Piensa, amigo, conoces mejor que nadie a esa loca, ¿qué crees que planea?

Víctor meditó las palabras de Edgar, pero no se le ocurría nada. De pronto, como si de un rayo se tratase, llegó la inspiración.

—Ya sé adónde se dirigen.

—¿En verdad?

—Sí. El señor López tiene una empresa minera cerca de aquí.

—¿Y?

—Que esa minera tiene helipuerto.

—Comprendo.

Sin perder tiempo, se montaron en el auto con un nuevo rumbo.

Capítulo XIX

Abby sentía cómo la desesperación, poco a poco, se apoderaba de sí.

Reflexionó que a ese paso nunca las encontrarían. Alejandra seguía dormida, al

menos no era consciente de lo que estaba pasando. César y Mónica ultimaban los

detalles sobre su salida del país.

Llegaron a un helipuerto junto a unas torres y estructuras metálicas. Abby dedujo que estaban en una especie de minera o algo similar.

—Baja del auto. —Mónica jaloneó a Abby sin dejar de apuntarle con la pistola.

—¡Maldición! —gritó César furioso—. Viene la policía.

—¿Qué? —Mónica colocó la mano en su frente para tapar el sol y tener mejor visión. Cuando divisó las patrullas, el pánico se apoderó de ella. Si su padre se enteraba de lo que había hecho, se pondría furioso; ya había amenazado con desheredarla si volvía a protagonizar algún escándalo que comprometiera el buen nombre de la familia, y aparecer en todos los titulares acusada de ser cómplice en un secuestro era algo que su padre jamás le perdonaría.

Sin perder tiempo, corrió hacia el helicóptero y ordenó al piloto que se marcharan antes de que llegaran los policías.

César no quería irse sin Abby y Alejandra; durante unos minutos, deliberó sobre sus posibilidades, entonces se percató de que la traidora de Mónica pretendía fugarse y dejarlo cargar solo con las consecuencias de sus acciones.

Corrió hacia el aparato y subió justo cuando este comenzaba a elevarse.

—¿Qué haces? —Mónica intentó bajarlo, pero César se aferró hasta subir por completo.

—Si piensas que vas a dejarme cargar solo con el pato, estás loca.

Comenzaron a forcejear, el piloto les pidió que se tranquilizaran y tomaran asiento porque estaban distrayéndolo.

Víctor llegó, junto con los policías y agentes, al vehículo en el que Abby aguardaba con la niña en brazos. En cuanto lo vio, ella comenzó a llorar de alivio. Sin soltar a su hija, se dirigió a él. Víctor la recibió entre besos y abrazó a sus dos amores con tal fuerza que la pequeña comenzó a quejarse.

—Alejandra está despertando.

—¿Qué pasó?

—César la drogó para que no diera la lata.

Víctor soltó una sarta de palabrotas, después besó a Abby en los labios y a Ale

en la frente.

—¿Papi?

—Tranquila, mi amor, todo está bien, chiquita. —La niña le tendió los brazos y

se aferró a él cuando la cargó.

—El hombre malo me asusta.

—Ese tipo no volverá a molestarlas, yo me encargaré de ello.

—¿Lo prometes?

—Lo juro, mi niña. —Le llenó el rostro de besos.

Abby los contempló embelesada, le encantaba verlos juntos. Como leyéndole el pensamiento, Víctor le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia

ellos.

Edgar hablaba con los agentes mientras uno de ellos boletinaba la huida de los secuestradores a bordo de un helicóptero. De pronto, un estruendoso sonido se propagó en el aire. Uno de los policías subió a bordo de una patrulla y se dirigió al norte cerca de los barrancos.

Unos minutos después, el radio del agente Marcos sonó.

—¿Sí, Medina?

— *Es el helicóptero, señor.*

—¿Qué pasó?

— *Se ha desplomado y se precipitó hacia el barranco. Todo está cubierto en llamas; dudo que haya sobrevivientes.*

—¿Qué? —Abby no pudo evitar escuchar, se separó del abrazo protector de Víctor y se dirigió al agente—. ¿Están seguros?

—Por desgracia, sí. —El agente pasó la mano por su cabello—. Señorita Santos, ¿puede decirnos quién viajaba en el helicóptero?

—Solo tres personas; el piloto, César Castilla y Mónica López.

—Tenemos que avisar a los deudos y pedir los servicios de periciales para que

determinen las causas del siniestro.

El agente Marcos se encaminó a con sus compañeros y siguieron con las pesquisas. Unas horas después, Víctor y compañía salían de las instalaciones de

la PGR[6].

—Vayamos a casa —dijo Abby, cansada del ajetreo propio de los servicios judiciales.

Alejandra había sido revisada por el médico, quien determinó que el somnífero

que le habían administrado no dejó consecuencias.

Abby permaneció varias horas en consignación prestando declaración y contestando a las preguntas de los agentes. Cuando por fin salió de la sala de interrogatorios, Alejandra se había quedado dormida en brazos de su padre.

Al abandonar la institución pública, estaban agotados tanto física como mentalmente.

—Dice Eva que, en cuanto puedas, la llames —comentó Edgar, apenado, nada más ver a Abby—. Sé que estás cansada, pero mi mujer está como loca, por más

que le dicho que las dos están bien, no deja de repetir que se lo digo solo para que no se altere y le haga daño al bebé.

—No tienes que explicar, conozco a mi amiga. —Tomó el móvil que su primo le ofrecía y, después de responder al exhaustivo interrogatorio de su la pelirroja, colgó—. Eva debería trabajar aquí, ni los propios agentes cuentan con tal poder

de intimidación.

—Ni que lo digas —asintió Edgar, y todos comenzaron a reír.

Edgar se despidió de ellos al alegar que necesitaba dar un paseo para desestresarse un poco y que después se iría a casa de Eva en taxi.

—Este no es el rumbo de mi casa —expresó Abby al darse cuenta.

—No, tienes razón, porque no vamos a tu apartamento. A partir de ahora, mi hija y tú se quedarán conmigo.

—¿Qué? ¿Estás seguro? Vivir juntos es...

—Abby, vamos a casarnos dentro de poco y, después del susto con lo de César y Mónica, me di cuenta de que la vida es tan corta que no hay por qué perder el tiempo.

—Te amo —soltó Abby con sentida emoción.

—Y yo a ti.

Epílogo

—Se supone que el día de la boda de una mujer debe ser lo más especial y feliz en su vida y, en lugar de eso, tengo que librar una batalla épica con este atolondrado vestido que no pone nada de su parte en cooperar —se quejó Eva.

—Vamos, chica, te ves divina y esa barriga tuya es de lo más tierno. —Lucy acarició el abultado vientre de su amiga cubierto en gasa color marfil.

—Eso dices porque no eres tú la que la lleva. Te ves radiante y el vestido te queda genial. Samuel se irá de espaldas cuando te vea. Ese diseño de perlas en tu corsé es maravilloso.

—¿Tú crees?

—Estoy de acuerdo con Eva —intervino Abby—. Las dos están preciosas.

—Sí, claro, el burro hablando de orejas largas —comentó Lucy al tiempo que, con una sonrisa, admiraba a su amiga—. Estás deslumbrante, Abby, pareces un

ángel en resplandeciente luz blanca y el corte de tipo sirena, ¡ *wow!*, con esas curvas, estás de infarto.

—¿Listas? Ya llegó la limosina y los novios esperan. —La tía Eugenia entró en

la habitación en la que las tres novias ultimaban detalles en su arreglo.

La iglesia estaba abarrotada, los presentes aguardaban el arribo de las tres novias. Alejandra y Marbella, ataviadas con iguales vestidos de gasa color marfil con un lindo listón aguamarina en la cintura, llevaban una canasta llena de pétalos de rosas, los cuales esparcían en el amplio pasillo.

Víctor, Edgar y Samuel aguardaban en el altar por sus futuras esposas. La ceremonia fue muy emotiva. Al terminar se dirigieron al banquete que se llevaría a cabo en un exclusivo jardín de eventos.

Después de bailar el vals, las novias se encontraron por casualidad en el cuarto de baño.

—Qué curioso, como en los viejos tiempos, ¿no? —comentó Lucy al darse cuenta.

—Sí, pero ahora nadie convocó a junta.

—Eva, cuéntanos, ¿qué era esa sorpresa que te tenía Edy? —pidió Abby.

La aludida sonrió con una expresión feliz en el rostro.

—Me llevó a las afueras de la ciudad, a la casa más hermosa que jamás he visto. ¿Pueden creer que pensó en todo, hasta en la habitación del bebé?

—¿Esa era la sorpresa? ¿Una casa? —Lucy abrió los ojos asombrada.

—Sí, y es bellísima.

—Felicidades, Eva. —Abby la abrazó con verdadera emoción.

—¿Y tú? ¿Qué te regaló Víctor?

—Una casa a las afueras de la ciudad, ¿y saben que es lo mejor de todo? —
Eva

y Lucy la miraban atentas a su respuesta—. Que mi vecina será una tal señora Echeverría.

—¿Qué? ¿La de las columnas blancas? —preguntó Eva incrédula.

—Sí.

Se abrazaron emocionadas.

—¡Seremos vecinas! —repitieron al unísono.

—¿Y tú, Lucy? ¿Dónde vivirás?

—Samuel y yo decidimos quedarnos con su madre el tiempo que le quede, ya después Dios dirá.

—Eres un alma buena, mira que cuidar de una suegra enferma no es fácil.

—No, pero la señora Artemisa es un amor, me ha ganado. Me duele tanto que sus días estén contados por ese maldito tirano que es el cáncer. —Un par de lágrimas brotaron de los ojos dulces de Lucy.

—No estés triste, amiga, piensa que al menos tuviste la dicha de conocerla en persona y tendrás bellas historias sobre ella para contar a sus nietos; de ti dependerá mantenerla viva en sus mentes y corazones.

—Gracias, Abby, tus palabras me hacen mucho bien. Solo espero que Dios le conceda el suficiente tiempo para conocer a este. —Se tocó el vientre.

—¿Tú?

—¿Acaso?

—Sí. Y, antes de que me reclamen por qué no se los dije, sepan que me enteré esta mañana.

—¿Por eso cambiaste tu hora con la peinadora? —Inquisidora, Eva la miró.

—Sí, tenía que ir a recoger los análisis al laboratorio y llevárselos al médico para que me diera su diagnóstico.

—¿Es por eso que lloraba tu suegra cuando te abrazó a la salida de la iglesia?

—Lucy asintió—. Y yo que pensé que era por la emoción de la boda.

Felicidades, chiquilla. —Eva la abrazó con verdadero afecto.

—Es maravilloso, las tres amigas juntas en todo, hasta en los embarazos — dijo

Abby con una sonrisa pícaro.

—¿Qué?

—¿No estarás?

—Sí. Ya lo sospechaba, pero ayer lo confirmé; se lo diré a Víctor esta noche.

Esa será mi sorpresa de bodas.

—¿De cuánto? —preguntó Lucy.

—¿Seis semanas? ¿Y tú?

—¿De ocho?

—Me da gusto saber que el pequeño Edy no estará solo. —Eva acarició con infinito amor su redondeada barriga.

—¿Edy?

—Sí, es un varón. Edgar está loco de contento.

—Ya lo creo —sonrió Abby.

—¡Ay! —se quejó Eva, que desde la mañana tenía molestias.

—¿Qué pasa?

—Nada, es solo que... ¡Uff! —El dolor en el vientre la dobló—. Por lo visto, este bebé es igual de imprudente que su padre, mira que ocurrírsele nacer justo ahora. —Respiró agitada.

Mientras tanto, en otra parte del jardín, un par de diablillas cuchicheaban al tiempo que se acercaban a la mesa del pastel.

—¿Lo ves, Marbella? El Santa del centro comercial era real, le pedí un papá y me concedió toda una familia —expresó Alejandra complacida.

Entonces las niñas pasaron el dedito por el pastel embetunado de tres pisos.

Cuando este se tambaleó y volcó del otro lado de la mesa, salieron corriendo para esconderse tras unos arbustos.

—Van a matarnos por esto —expresó Marbella moviendo las manitas.

—No, a matarnos no, pero sí que nos darán un buen castigo.

El alboroto causado por el pastel derribado, rápidamente fue sustituido por la novia en labor de parto.

Víctor y Abby llevaron a la pareja, ya que Edgar estaba tan o más nervioso que

la misma Eva, por lo que no le permitieron manejar.

Era poco común entrar a una sala de espera en un hospital y encontrarse con dos novias, tres novios y unos cuantos invitados elegantemente ataviados.

Edgar estaba despeinado, con la pajarita desacomodada y la camisa fuera de los pantalones, parecía como si lo hubiera aporreado el tren. No dejaba de pasear de un lado al otro.

—¿Familiares de Eva Echeverría? —preguntó una enfermera.

—Yo soy su esposo —se apresuró Edgar.

—Ambos están en perfecto estado. A la señora la están trasladando a su habitación; en unos minutos, podrán pasar a verla.

—Gracias.

—El bebé ya se encuentra en el área de cuneros, por si gustan pasar a verlo.

Después de saber que todo estaba bien, Dinorah decidió llevarse a las chiquillas a su casa. Una vez en el auto, Marbella dijo a su entrañable compañera de travesuras:

—¿Sabes que le pedí yo?

—¿A quién?

—¿Al Santa? ¿A quién más?

—¿Qué le pediste?

—Que siempre estemos juntas.

—¿Crees que te lo concedió?

—No lo sé, solo el tiempo lo dirá...

Veinte años después...

—¿Se puede saber qué hiciste esta vez? —Alejandra llegó a la penitenciaría de

los Ángeles hecha una fiera—. Marbella, esta es la tercera ocasión que vengo a

sacarte de este lugar.

—No fue mi culpa, lo juro —se defendió, con la cabeza gacha.

—Eso dijiste la última vez y ya sabes lo que pasó...

¿Quieres saber qué sigue? Nos vemos en la siguiente entrega:

Dos en busca de fama

Fin

Agradecimientos

A todos los lectores que con sus comentarios alentadores siempre están ahí para reiterarme el porqué vale la pena escribir.

A mi familia, que son el motor en mi vida. Mis lindas hijas, que son mis maestras y aliciente para ser mejor persona cada día.

A Lola Gude y su maravilloso equipo, por creer en mí y hacer posible llegar a ti.

A Olga Hernández y Mimi Romanz, por sus acertados comentarios y sugerencias.

Y en especial quiero agradecerte a ti, que ahora estás leyendo esto; gracias por darme la oportunidad de llegar a tu corazón.

Un abrazo de oso.

Fabiola Arellano



Si te ha gustado

Te juro que me amarás

te recomendamos comenzar a leer

Testigo por accidente

de *Paulina Maggi*

Prólogo

San Carlos de Bariloche, invierno 2014

La calle bullía de actividad. Tres agentes de policía rodearon y delimitaron la escena que se desarrollaba ante sus ojos; varios fotógrafos se amontonaban tras

las vallas de contención con sus cámaras listas. Había comenzado a nevar con fuerza hacía tan solo unos minutos; la nieve cubría sus gorros de lana y sus hombros con una fina capa blanquecina. De vez en cuando, limpiaban sus lentes

quitando las partículas blanquecinas que se adherían, y el silencio era roto por el chasquido de las cámaras que tomaban fotografías, a las espaldas de los oficiales que estaban en medio de la calle, a la entrada principal de un edificio verde musgo de quince pisos y al balcón del piso siete, desde donde había caído el cuerpo.

Detrás de los fotógrafos, se estacionaban diversas camionetas blancas con grandes antenas parabólicas sobre el techo y los periodistas hablaban con micrófono en mano frente a las cámaras, informando los últimos

acontecimientos.

La policía aún no había dado declaraciones. Los camarógrafos se dedicaban a grabarlos mientras hablaban entre ellos o hacían planos del balcón del séptimo piso o trataban de buscar un ángulo adecuado para captar el cuerpo oculto debajo de una manta blanca en medio del asfalto congelado.

En el vestíbulo del edificio, se distinguían oficiales forenses entrando y saliendo. Los medios de comunicación llevaban algunas horas dando la noticia.

Algunos vecinos de la cuadra se habían acercado al ver tanto revuelo mediático,

sin importarles que el frío comenzaba a calar sus huesos; otros se habían detenido y sostenían en alto sus teléfonos celulares intentando captar alguna

imagen que alimentase su morbo, para luego compartirla en las redes sociales.

Pocos minutos después se había acercado un grupo de cuatro chicas con un gran ramo de flores y velas. Se aproximaron lo más posible al cuerpo hasta que

un oficial las detuvo; las cámaras captaron el momento justo en que una de ellas, la más alta, encendía las velas.

Los periodistas mantenían un flujo constante de comentarios y especulaciones frente a las cámaras con los pocos datos que conocían.

«Por lo visto se tiró del balcón pasadas la una de la madrugada. El portero del edificio llamó a la policía...».

«El cuerpo continúa tirado en la calle. Los oficiales lo cubrieron con una manta blanca. Se puede apreciar un gran charco de sangre...».

«No se sabe si la víctima estaba sola cuando cayó...».

«Hemos visto entrar al edificio a varios equipos de agentes y a la policía científica para analizar la escena del crimen. Ampliaremos...».

Los agentes se acercaron a los periodistas y les pidieron con autoridad que se hicieran a un lado para dejar pasar a la ambulancia que acababa de llegar. Las cámaras no perdieron el tiempo y captaron toda la secuencia de los paramédicos

en el momento en que metían el cuerpo en una gran bolsa negra y lo subían al vehículo.

Durante las siguientes semanas, la prensa dejó de lado las noticias de política, inseguridad y desastres naturales para centrarse en cubrir todas las hipótesis sobre la muerte de Carola Larson. Las pantallas se llenaban de imágenes de su

dulce y perfecto rostro. Los pocos datos que se conocían se extendieron como un

virus por las redes sociales. La discusión con un hombre, el trayecto que hizo sola a su casa, los gritos que había oído una vecina y, finalmente, su trágica caída.

El hombre con quien se la vinculaba sentimentalmente prestó declaraciones y

se internó en un centro de rehabilitación de drogas. La policía se mantenía hermética. Fueron detrás de todos los que habían estado con ella aquella noche,

pero no consiguieron nada importante en sus testimonios.

La vecina que había escuchado gritos previos a su caída se hizo famosa a lo largo de esas semanas saliendo en los medios y otorgando entrevistas a revistas

de noticias; pero, entonces, los detectives a cargo de la investigación demostraron que la testigo mentía y que, en la noche de la muerte de Carola Larson, su vecina estaba borracha hasta la médula. Esta desapareció de la prensa

en un parpadeo.

Al final, se llegó a la conclusión de que Carola Larson se había suicidado.

Algunos que la llegaron a conocer salieron a dar testimonio y dijeron que ella era una chica débil, desequilibrada e inestable, que no lograba llevar de forma adecuada el enorme estrellato que había alcanzado en su carrera como actriz y que se había codeado con personas inadecuadas que la habían corrompido, llevándola por el camino de las drogas, convirtiéndola en una adicta.

Sus fanáticos y seguidores realizaron un tributo a su celebridad en la puerta del edificio y, luego, nada más se dijo de Carola Larson, quien quedó en el olvido.

Selecta

Te juro que
me amarás

Reunión
Jueves 9:00

Fiesta de
Alejandra:
reprogramar.

Almuerzo con
Eva y Lucy

Plamar a la
gullotina
Alcántara :/



Fabiola
Arellano



En la despiadada guerra del amor todo vale.

Abby es la típica chica que siempre ha hecho lo que se le pide sin cuestionar; antepone las prioridades y necesidades de los demás a las suyas, algo cotidiano en su día a día. Enamorada de César, se deja manipular por él hasta el día que descubre que se va a casar con Mónica, la sobrina del jefe.

Desbordada de tristeza, Abby se deja convencer por sus amigas y, por una única noche, se suelta la melena.

Víctor, hartado de ser perseguido por una mujer que se ha obsesionado con él, vuelve a México para rehacer su vida, pero nada será como

lo esperaba...

El destino y el tiempo cruzarán sus caminos, aunque las sombras del pasado también regresarán y con inesperados secretos por desvelar.

Fabiola Arellano nació en Aguascalientes México, en 1979. Estudió Informática, aunque su verdadera pasión siempre ha sido escribir. Trabajó en la

radio, en el departamento de creatividad, diseñando campañas publicitarias y haciendo guiones para comerciales. Más tarde fue asistente de producción de un

programa matutino en *Televisa Aguascalientes*, y posteriormente estuvo en la comisión de filmaciones. Y fue allí donde una compañera y amiga le preguntó si

alguna vez había pensado en escribir como profesión. Y a partir de ahí inició su carrera como escritora.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Fabiola Arellano

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase

a

CEDRO

(Centro

Español

de

Derechos

Reprográficos,

<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-65-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

[1] Expresión utilizada para referirse en forma de sarcasmo a los moteles de paso, utilizados normalmente para encuentros furtivos de parejas.

[2] Canta autor mexicano fallecido en 2016, famoso por sus grandes éxitos, conocido también como «el Divo de Juárez».

[3] Juego de suelo. Consta de un tapete con círculos de colores. Producto de la marca Hasbro.

[4] Famoso rancho mexicano llamado «la chingada». Está ubicado en el estado de Jalisco.

[5] Término utilizado para referirse a un hombre que está bajo el dominio absoluto de una mujer, ya sea su madre, esposa o amiga.

[6] Procuraduría General de la República.

Índice

[Te juro que me amarás](#)

[Nota editorial](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Fabiola Arellano](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)

Document Outline

- [Te juro que me amarás](#)
- [Nota editorial](#)
- [Prólogo](#)
- [Capítulo I](#)
- [Capítulo II](#)
- [Capítulo III](#)
- [Capítulo IV](#)
- [Capítulo V](#)
- [Capítulo VI](#)
- [Capítulo VII](#)
- [Capítulo VIII](#)
- [Capítulo IX](#)
- [Capítulo X](#)
- [Capítulo XI](#)
- [Capítulo XII](#)
- [Capítulo XIII](#)
- [Capítulo XIV](#)
- [Capítulo XV](#)
- [Capítulo XVI](#)
- [Capítulo XVII](#)
- [Capítulo XVIII](#)
- [Capítulo XIX](#)
- [Epílogo](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Si te ha gustado esta novela](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre Fabiola Arellano](#)
- [Créditos](#)
- [Notas](#)